AUTOR

Tabaré Oddone

ARTE DE TAPA

Tabaré Oddone

Sobre imágenes

bajadas de Internet



 **Tapa**

****

 **Contratapa**

Nota del Autor:

Esta Crónica fue basada en un hecho real. Algunas situaciones de la niñez y del transcurso de la vida bancaria tienen inmerso algo de ficción, no tanto. Para resguardar a las personas los nombres han sido cambiados.

Lo sucedido en el Comcar es tal cual le sucedió al protagonista de esta historia.

 Registro de propiedad intelectual

 Código de registro: **1510285641052**
 Fecha de registro: **28-oct-2015 22:11 UTC**

**…………………………………………………………….**



(1)

**La Tortura**

Hay muchas formas de torturar al ser humano.

Existen especialistas, verdaderos profesionales en torturas.

Algunos se han volcado por el lado físico, otros por el psicológico.

Ambas formas son aberrantes y despreciables.

Una de ellas es que a una persona corriente como tú, le quiten la libertad y no sepas por qué.

Imagínate que hoy, te levantas y alguien decidió que debías estar tras las rejas en la peor cárcel, con los peores “pichis” que han sido retirados del sistema.

*69 noches y 70 días* te relata una historia real de una de las peores torturas que un ser humano le puede realizar a otro: robarle la libertad.

**La Libertad**

Cuando eres una persona normal, común, corriente, tu vida corre por un carril en la autopista de la vida que se podría decir es de velocidad media. Si bien tienes que ir atento a las curvas, desvíos, autos que se cruzan inesperadamente, algún que otro imprudente conductor que se tira con amarillo, otro que no respeta los cruces peatonales, o alguno más audaz que se arroja contramano, tu vida transcurre con algunas calenturas pero que en definitiva son más o menos manejables. Si en tu caso eres medio tano, gallego, o uruguayo de sangre caliente, o simplemente una persona a la que le molesta mucho la falta de sentido común, tu colesterol seguramente subirá, o aparecerán problemas con la elevación de tu azúcar en sangre, tal vez tu corazón acusará alguna que otra taquicardia, te subirá la presión arterial, te faltara el aire, tu cabeza comenzará a sentir pulsaciones y tu cara acusará una especie de fuego molesto y empezarás a perder el control de tu vida.

En mayor o menor medida, a casi todos nos ha pasado algo de esto en alguna oportunidad d nuestras vidas. Y la verdad que es jodido, molesto y te corre del eje acostumbrado.

Algunos tienen la suerte de sortear estas situaciones con una puteada realizada en el momento justo y otros con una sonrisa. Pero también están los que no hacen ni una cosa ni la otra. Como solemos decir, *“se la comen”*. Y esto es peor, porque por educados y buenas personas que son, no descargan su ira y ésto suele jugarles una mala pasada.

Pero en realidad nada de esto es tan específicamente estructurado, que se pueda meter en una cajita y recorrer el mundo de aquí para allá con ella a cuestas con la fórmula exacta y perfecta.

*Debido a esta imperfección es que empiezan las consultas a tu médico de cabecera, con planteos comunes, de pequeños dolorcitos de cabeza, de un dolor en el pecho que lo sentiste una sola vez y que lo consultas aprovechando que lo encuentras en la calle o en el restaurante al que ambos suelen ir.*

*Tu médico acostumbrado a este tipo de boludeces, te pide lo vayas a ver al siguiente día, temprano y sin turno. Luego de una breve charla, de tomarte las pulsaciones, la presión, te manda algunos exámenes como para que no le rompas más las “medias”. Y justo ahí es donde descubre que realmente estás para el reverendo culo. Te manda más exámenes, vos empezás a asustarte, te pregunta si comes con mucha sal, si comés mucho, que tipo de comida comés, si hacés deporte, si sentiste este dolorcito alguna otra vez anterior. Finalmente, mira las 500 hojas de exámenes que te llevaron tres semanas de ir y venir de una clínica a otra, de un laboratorio a otro y de un especialista a otro. No te dice nada, mira y te mira. Sospechás una sonrisa que ni siquiera hizo. Y vos empezás a calentar el aceite cada vez más, tu cara parece un tomate y largás bocanadas de fuego, tu cabeza parece estallar, y tu pecho se hincha hasta sentir la real sensación de quedarte sin aire.*

*Y es ahí, justo ahí donde tu médico te dice sonriendo: “bueno loco no tenés nada, pero empezá a comer con un poco menos de sal, comé muchas verduras y frutas, tomá tres litros de agua por día y hacé deportes, mínimo tres veces por semana. Tomate esta pastillita a la mañana y ésta a la noche. Lo tuyo es un poco de cansancio, estrés de trabajo, nada serio. Tenés un poco elevado el colesterol, alto los triglicéridos, apenas pasadito en el azúcar en sangre, la presión un poquito alta y estás medio pasadito de kilos, pero… nada serio. Seguí las instrucciones y veme en unos tres meses para hacerte un control de rutina”.*

*Salís del consultorio y no sabés si putearlo o agradecerle, tus piernas te tiemblan y sentís casi enseguida todo junto otra vez, taquicardia, dolor en el pecho, dolor de cabeza y la puta madre decís mirando al cielo nublado de ese puto día: ¡¿para qué mierda vine a verlo a este pedazo de pelotudo?!, ¡¿por qué no me dijo antes todo esto si hace más de veinte años que lo visito?!.*

*Llegás a tu casa y le comentás muy preocupado y todo rápido a tu mujer lo que acaba de decirte tu amigo el médico y ella mirando la novela o bien ocupadísima en el Facebook te dice: “es normal gordo, es normal, a todo el mundo le pasa lo mismo hoy en día”. Y ahí nomás vas a la cocina, buscás el cuchillo enorme ese que te regalo tu íntimo amigo para los asados y pensás en cortarle al menos las pestañas o las uñas, pero lo dejas otra vez en su lugar y te vas a pegar un baño de agua bien caliente para ver si bajas un poco de la nube tan alta a la que acaban de subirte.*

*Al final, terminás diciéndote, a qué amigo tuyo no le ha pasado algo por el estilo.*

Pero…si un día, el menos pensado de los días, hoy, precisamente hoy, vienen los milicos y te llevan preso sin darte ni una explicación, el mundo se te pone culo para arriba. ¡Qué verduritas, ni frutas, ni ejercicios, ni nada por el estilo!

Te olvidás de tu médico, de las puteadas que le propinaste y tu vida empieza, ahí sí, a ser otra, en el preciso momento que te esposan delante de todos tus compañeros de trabajo, te levantan bien alto del suelo, “*te prepean”* y ninguno te responde cuando les preguntás ¡¿por qué?! Ninguno te da pelota. Ninguno

-¿Qué pasa?, ¿por qué me llevan?, ¿son necesarias las esposas?

¿A quién le hablás amigo?, ¿a quién?...

Hoy, justo hoy, vinieron a robarte lo más preciado que un hombre ostenta: su libertad.

Llegan, golpean fuerte, empujan, se meten, te manotean y te llevan entre dos monstruos de dos metros cada uno y cuerpos de fisiculturistas, sin tocar las patas en el piso. Y te largan ahí nomás en un calabozo maloliente y escriben, y se hablan, y pasan al lado tuyo, y se ríen, y te dicen que sos una mierda andante, sólo con la mirada.

Yo soy Guillermo, tenía un poco de colesterol y un poco de presión elevada, el médico me había dicho que cuidándome y haciendo algo de ejercicio estaría bien.

Yo soy Guillermo y hoy justo hoy, me han robado *mí libertad* sin decirme por qué…

Capítulo 1

**El dolor en lágrimas**

*Lloré, lloré tanto aquella vez que creí que mi cuerpo se hundía dentro de mí.* *Mis ojos, de por sí algo saltones cada vez se parecían más los de Marty Feldman.*

*Fue un día parecido a mi nacimiento, lluvioso, inesperadamente frío que también quise que la libertad fuera mía, sólo mía. Como todos los días de mi vida. Como había nacido para ser. Libre, de nacimiento a muerte. Pero no fue.*

*En un abrir y cerrar de ojos me estaban llevando esposado. Mi vergüenza era tal que ya ni roja mi cara se mostraba, se escondía bajo un buzo que alcancé a manotear de la silla más cercana de uno de los escritorios del banco. Hasta el día de hoy no sé de cuál de mis compañeros era. Ninguno me lo dijo nunca. No sé si por pudor o por vergüenza y yo jamás me animé a preguntar. Hoy está guardado en mi pequeño placar de viejo soltero, lavado y planchado como si hubiera sido un trofeo de guerra. Cada tanto lo miro y recuerdo el momento. Ese momento que me quemó la vida sin pedirme permiso.*

*Sólo pude sobrellevar ese infierno al que me habían metido tan de pronto, rezando mucho, todos los días y recordando, recordando mi vida como bancario que fue una de las etapas laborales más bonitas que me puedan haber sucedido y repasando mi vida desde el comienzo, como queriendo encontrar en ambas, recuerdos y la verdadera razón de estos malditos e infernales 69 noches y 70 días que me encontré privado de mi libertad…*

Ni cuando murió mi padre ni cuando se fue, ya viejecita mi madre, lloré tanto como ese día. Tampoco cuando la vida me fue esquiva en los negocios y tuve que enfrentar lo que yo mismo años atrás siendo bancario había tenido que hacer con otros. Cuando mis cheques no cubrían mis deudas. Cuando se me había acabado el efectivo y los cheques diferidos, que son un engaño terrible pues te pasean por imaginarios y alargados plazos hasta convencerte que lograrás vencerlos. A pesar de que te convencen, jamás lo lográs. Y tuve que vender o mejor dicho mal vender mi negocio, que con tanto sacrificio lo había comprado.

Esta vez sí que fue diferente y recordaba cada momento cuando decidí apostar todo a algo que en realidad desconocía en su verdadera esencia, pero que en mi vida de bancario veía que se hacía buena plata. Y me entusiasmé, no puedo negarlo. Creí que sería fácil. Yo tenía una buena educación económica -financiera, era prolijo con mis gastos, nunca me excedí ni cometí errores pues con los de otros me alcanzaba ara aprender. Luchaba todos los días de lunes a viernes por espacio de 8 horas y a veces algunas más. Sabía del dolor del fracaso, pero evidentemente, mirando a través de un gran vidrio. Nunca lo había experimentado en carne propia.

Yo conocía cada movimiento de los clientes que entraban al banco pero

jamás había estado del otro lado del mostrador.

Muchas veces pensé que más que por un vidrio en ocasiones mi imaginación me paseaba a través de un viejo y sabio espejo.

Espejo que me hacía viajar imaginariamente e internarme en las mentes de los personajes. Solía reflejarme con claridad las personalidades de cada cliente que ingresaba al banco, diciéndome: *“mira con atención y detente en ese, el que lleva su cabeza en alto y esboza una alegre sonrisa,* *ese cliente de caminar tranquilo, ese, no tiene problemas económicos, ingresa* *sólo a traer dinero y se da el lujo de tomar casi todas las veces un cafecito con el Gerente, tras una charla de alargados minutos, su vida está resuelta económicamente, tiene tiempo que le sobra para hacer sociales”*. Y así uno tras otro el viejo espejo me indicaba*: “el cabizbajo y de hombros caídos, viene a solicitar ayuda, a través de un préstamo, o más libretas de cheques diferidos que alargarán su* *ya triste agonía; el* *de ojos* *brillosos, con una sonrisa a medio fingir y con varios papeles en la mano viene preparado para solicitar una tarjeta de crédito y como su caminar es rápido y muestra cierto nerviosismo para que lo* *atiendan, seguro, será en el futuro un mal pagador* ; *la viejita que se acerca con caminar cansino y se sienta pacientemente a esperar que la llamen, dalo por hecho que viene a cobrar algún giro del exterior que le envía su hijo o hija”.* Esos hijos de la patria destrozada e infértil que se fueron a buscar mejores rumbos por el en mundo, tratando de encontrar un *Paisito* que los cobijara y les diera una nueva oportunidad. Porque en Uruguay, la pobreza siempre fue digna pero siempre se intentó subir un escalón más en la imaginaria escalera económica. Y este aspecto estaba muy enraizado en mi pueblo y con más fuerza aún, en la clase media. De ahí que se buscaba inquietamente re inventarse aunque sea lejos de casa.

Recuerdo que algunos uruguayos, volaron a Australia, donde pedían mano de obra calificada y mano de obra común. Otros preferían Canadá como destino de futuras promesas económicas. Algunos a los Estados Unidos, arriesgando su ingreso por izquierda pues visas no se conseguían. Hubo quienes prefirieron Latinoamérica buscando las mejores opciones que el mercado ofrecía, y además preferentemente donde se hablaba el mismo idioma. Los principales focos en aquel momento eran Venezuela y México. Brasil siempre en la cuerda floja, también ofrecía mejores posibilidades que el Uruguay, aunque el gran escollo fuera el idioma. Argentina fue otro de los países elegidos ya que en aquél momento todavía las patas del diablo no le había empezado a caminar sus terrenos.

Recuerdo bien que usualmente había como códigos pre establecidos en la atención de los clientes. Códigos escritos en ningún lado y que en realidad se apoyaban en buenas costumbres que venían de muchos años atrás cuando se le daba mucha importancia a la atención personalizada.

Cuando los clientes eran viejitos, cualquiera de nosotros daba la vuelta y salía fuera del mostrador para atenderlos. La edad que pesaba en sus hombros, la cantidad de gente que en esos días se acumulaba en las sucursales financieras, el constante ruido provocado por el normal desarrollo de la actividad, los abrumaba y desconcertaba. Además era como que no se podía evitar ver en ellos a nuestros padres o abuelos, *apichonados* y perdidos, en medio de tanta gente y tecnología moderna.

Y parecía que estaba viendo aquél imaginario espejo que también me supo transmitir: *“que los que pasaban al fondo, a la última caja, sólo venían por cambio de moneda extranjera; el que vestía chaquetilla blanca a de algún color tenue seguro era médico y su atención, por serlo, era preferencial”.* Solíamos atenderlo primero que a todos y lo más rápido posible. “*¡No vaya a ser que el tipo tenga que hacer una operación de urgencia y lo estén esperando!”,* se nos decía. Quizás justo al que en ese momento atendíamos era dentista, que el mismo disfraz llevaba. Pero órdenes eran órdenes. Y la gente respetaba y aceptaba con agrado y amabilidad semejante gesto hacia los “*doctores”*.

Cada uno de los diferentes personajes, tenía su característica que lo definía casi por completo. Hasta puedo recordar que aquel *mágico espejo* nos alertaba y nos facilitaba la tarea de tener *calado* *al jodedor*, al tipo de falsa sonrisa de Mona Lisa que siempre intentaba cagar a algún cajero más se podría decir por deporte, que por necesidad. A ese lo teníamos tan *junado* que el dato corría a través de los integrantes de la *“cámara compensadora”* con lujo de detalles. Ni el FBI era capaz de llevar un registro tan detallado del *jodedor*. Le conocíamos todos los movimientos, horas y hasta las diferentes formas de estafa que intentaba realizar. Ese, era fija que se comía horas de cola. Y quienes alguna vez fuimos cajeros, nos encargábamos con cierta felicidad de “*hacerlo parir”* lo más posible.

Y recordaba nuestros *métodos de tortura,* aquellos que aplicábamos a esos hijos de puta y sinvergüenzas que nada les importaba más en sus vidas que cagar a un pobre trabajador. Pero había mucha unión entre los cajeros de los distintos bancos, así que ese personaje en pocas palabras pasaba a ser un *“paria bancario”.*

¡Si habré ido a la cámara compensadora!

La *cámara compensadora o clearing*, era un lugar donde se intercambiaban los cheques de cada banco. El lugar era el Banco Central o su representante en el interior del país, el Banco de la República. Era una mesa larga donde se reunían a cierta hora de la tarde, -luego del horario de cierre-, todos los representantes de cada banco. Cada uno de ellos llevaba todos los cheques que había recibido ese día de cada uno de los otros bancos y mediante una planilla con tres copias se realizaban las operaciones de canje. El Banco Central o República hacía las veces de coordinador. Al finalizar se compensaban los valores en los papeles y al otro día cada banco depositaba o retiraba de la cuenta que cada uno tenía en el Central o en el República para que dicha operatoria quedara debidamente balanceada.

Pero el tema en realidad era que el Gerente te designara para que fueras como representante. Y a mí me tocaba casi siempre. Y yo feliz de la vida.

La “cámara” era como viajar en el tiempo, exagerando un poco, pero a su vez para que se hagan una idea de lo bueno que resultaba.

Imagínense trece bancos, trece representantes que llevaban trece cuentos o acontecimientos sociales de importancia de la ciudad, exigidos *por cuenta y orden del jefe de la “cámara”*, representante él, del Banco República. Este personaje gozaba de un manejo bancario brillante, a tal punto que la compensación de fondos para él era como un juego, por eso se divertía haciéndonos llevar a cada uno de nosotros, un cuento o alguna noticia que valiera la pena. Si no llevabas, pasabas a ser atendido último y te atrasabas un montón. Además el jefe de cámara tenía a su vez- según decía-, una cábala para que la cámara diera bien y rápidamente. Antes de empezar y en seria ceremonia se dirigía a un mueblecito de chapa, lo abría, metía la mano al fondo y sacaba una botella de Grapa, le pegaba “*dos besos*” importantes, la guardaba bien al fondo y daba por comenzada la sesión. A partir de ahí y ante un riguroso control que había realizado de quienes habían ido llegando primero empezaba.

-¿Cuento o acontecimiento social?, solía decirlo con una seriedad gerencial.

Y de acuerdo a lo que eligieras empezabas a largar rollo. Ni bien terminabas te tomaba y controlaba los cheques. Los *cuentos o chusmeríos* no podían ser largos. Y así iba uno por uno. El que no llevaba ninguno de los dos, lo salteaba y quedaba para lo último.

Ningún Gerente se explicaba porque todos querían ir a la “cámara”, lugar que normalmente resultaba tedioso. Pero no con este jefe,- que cariñosamente le decíamos *“el Mono Dani”-,* no con este jefe*.*

En la “cámara” te enterabas de cuánto puterío pasaba en Paysandú y con lujo de detalles. Eso sí, que no se te fuera a ocurrir contar un mal cuento o que el chusmerío fuera inventado, porque por dos sesiones quedabas último.

Capítulo 2

**Nacido buscando la libertad**

Mis padres habían comprado una vieja casa justo atrás de la estación de trenes. Era en las alturas de la ciudad. Mi padre era un laburante, así que poco a poco la fue refaccionando, ayudado por la economía forzosa que imponía mi madre en la casa. Yo me di el lujo de nacer un 17 de julio en un frío invierno, como queriendo, de entrada nomás arrimarme con firmeza a la libertad, como preludiando la del 18. Cuando llegaste al mundo llovía a cántaros,-me contaba mi madre-, insinuando el trabajo que desde el primer día le había dado. Pobre vieja, pero sólo lo decía para ver cómo se abrían grandes mis ojos, cada vez que me lo contaba, porque en realidad nunca lo sintió de esa manera. Me quería y demostraba tantas veces como fuera necesario su cariño de madre mayor. Nada le importó ese día frío y lluvioso caminar y caminar hasta el hospital. Con su cansada panza que casi la doblaba, se fue despacito hasta llegar bastante agitada y muy mojada, para que yo diera mi primer grito de vida.

-Llegué justito, decía, si ni siquiera hubo tiempo para prepararme. Entré, y enseguidita nomás las enfermeras me llevaron a la sala de parto, sin entender muy bien cómo había hecho para llegar hasta allí desde tan lejos y en un día tan inapropiado. Y ella les decía: “es que el niño quería llegar, y no tuve más remedio que encontrar fortaleza en mis entrañas”. Mansa, pero fuerte la vieja. De buena leña. Se la bancó solita y en un día de perros. Y a escasos cinco minutos de que la higienizaran, salí buscando aire y libertad.

Mi hermana era muy chiquita y se quedó con una tía que vivía justo al lado de mi casa. Mi padre no estaba. Se encontraba trabajando. Y en aquellos momentos no existían los teléfonos celulares, y en casa ni de los comunes, aquellos que le metías el dedo y hacías girar el disco con números. Lejos estaba para darle una mano a la vieja. Así que solita de su alma me tuvo, como pudo y de la mejor manera que lo supo hacer. Cuando llegó papá de su trabajo y se enteró de la noticia por una vecina antes que entrara en la casa, quedó primero paralizado, luego pegó un grito y un salto que asustó a quienes llegaban apurados a felicitarlo. Agradeció a media mano y salió corriendo bajo la lluvia hacia el hospital. Apresurado y con palabras entrecortadas por la emoción, el frío y la mojadura preguntó a la enfermera de turno donde estaban los recién nacidos. Cuando vio mi negra carita redonda no lo podía creer. Se había perdido el nacimiento de su segundo hijo por ese trabajo de mierda, por hacer unos mangos más en horas extras. No había podido estar junto a su querida mujer que siempre con esa eterna sonrisa dibujada en su rostro y por segunda vez, lo convertía en el hombre más feliz del mundo. Mi madre siempre fue una mujer de lento andar y una pronta mano para dar, con un rostro que nada decía de su enorme fortaleza de mujer de campo.

Eran tiempos difíciles, pero mi padre trabajando y haciendo algunas changas fuera de hora, ayudado por una buena distribución de los ingresos que solía hacer la vieja, se puede decir que la llevábamos bastante bien.

Mi hermana tal vez se puede decir que se llevara la peor parte porque mis padres cuidaban los mangos para invertirlos en ladrillos y pintar la casa.

 Cuando yo llegué, lejos de estar acomodados económicamente, al menos no sufríamos la presión de meter dinero en ladrillos o pintura y privarnos del pollo o gallina, dignos integrantes del estofado de los domingos. Mi madre solía amasar agrandando el menú con unos tallarines, ñoquis o ravioles, de los que siempre quedaba la suficiente cantidad para el cierre del día, en la cena dominical.

A mí me fascinaba el lugar donde estaba ubicada nuestra casa, muy por el contrario a mi visión actual. Hoy, cada vez que paso por donde era mi barrio, me entra una depresión que quiero salir corriendo. Las casas viejas mal mantenidas, las calles llenas de baches interminablemente profundos, baldíos de pastos altos, perros sin dueños paseándose a la deriva, bichicomes endurecidos por la costra de tierra y de barbas amarillentas con olor a meada. Ni hablar si se te ocurre pasar de noche por el lugar. Luces mortecinas hacen aún más fantasmal el paisaje, con un increíble parecido a esas estaciones de trenes abandonadas del lejano oeste de las películas norteamericanas. Pero a mí me gustaba mucho ese pequeño rinconcito del mundo donde cada día volaba mi imaginación.

Cuando uno es niño ve las cosas diferentes, tal vez eso sea lo más bello de la niñez: en esos días de pantalones cortos mi barrio y mi ciudad no eran grises. Por el contrario, eran una paleta de pintor. Y la disfrutábamos a más no poder.

A la mañana, solíamos levantarnos tempranito tipo nueve de la mañana. Bueno, tempranito para un niño que todavía va a la primaria. Mi madre me tenía preparado el café con leche en una taza enorme, pan fresquito recién comprado en la panadería de la esquina y manteca de campo. Esta manteca cuando mi madre la compraba, solía *hacerle el lavado* que se le llamaba. Primero la pisaba bien, luego la dejaba con agua y sal gruesa, uno o dos días. Ella decía que de acuerdo al color que tenía la manteca más días la dejaba en reposo, luego la enjuagaba varias veces y estaba lista para comer. Cada tanto papá traía dulce de leche de la casa de unas viejitas que le pagaban con materia prima, algunos arreglitos que él les hacía en la casa. El dulce de leche por supuesto era hecho por las ancianas, demás está decirlo. Era bien marrón y brilloso. Esas mañanas, los desayunos eran *especialmente* deliciosos, más aún que de costumbre.

Una peinada, que más que eso era una *lambeteada*, una cepillada de dientes y ya estaba en condiciones de juntarme con los otros amigos del barrio. Aparecía primero que todos el dueño de la pelota y de a poco y medio dormidos los otros, y ahí nomás y sin muchas reglas íbamos jugando al fútbol de potrero. Cuando nos aburríamos o cuando el dueño de la pelota no aparecía, porque seguro alguna cagada se había mandado, nos dedicábamos a la otra gran pasión: “*la ladronada”.* Unos hacían de policías y otros de ladrones, a veces cambiábamos de actores y unos eran indios y otros vaqueros, generalmente los lunes o martes que aún teníamos fresca en nuestra cabeza las películas del oeste que solíamos ver en el cine Avenida. Y ahí nomás nos poníamos un sombrero, cargábamos las pistolas de plástico en la canana y si tenías un antifaz también era bienvenido.

En la estación de ferrocarril normalmente solía haber algunos vagones en reparación y eso era para nosotros lo que completaba el escenario [*hollywoodense*](https://www.google.com.ar/search?q=hollywoodense&spell=1&sa=X&ei=k2jeVNucB8yuyASU8YDYCA&ved=0CBoQvwUoAA&biw=1024&bih=598). Éramos realmente “El Llanero Solitario”, “El indio Toro”, “Castorcito”, “Red Ryder” o “Roy Roger”. Otros de los juegos que solíamos armar era el de “los Trompos”. Yo tenía uno que mi padre me había hecho, fino, lustroso y bien puntiagudo. De esos que se usaban para partir los otros. Nunca me dieron las fuerzas para partir ninguno, por más que lo intentara una y otra vez. Nos reíamos a más no poder de mi mala motricidad. Mi trompo dos por tres volaba por los aires peligrosamente y era el desbande de botijas esquivando la filosa punta que bajaba rápido buscando víctimas. En cambio con las figuritas era un maestro total. Ninguno de todos los amigos del barrio me ganaba. *Ni a la tapadita ni a la arrinconada*. Tenía una calidad que al final nadie quería jugar en mi contra porque los pelaba y dejaba sin figuritas. El único álbum del barrio que siempre terminaba completándose era el mío.

En las bolillas terminaba casi siempre empatado, salvo cuando venía “el Colorau”. Ese sí que tenía un culo de la puta madre para las bolillas. De entrada nomás hacía *hoyito* y empezaba el muy ladino, pegue a una, pegue a otra y se las metía en una bolsita que su madre le había hecho para guardarlas. Y se llenaba la bolsita, se llenaba cada vez más, hasta que se quedaba con todas. Tenía una puntería y una fuerza en su dedo gordo que más de una vez te las partía y tenías que pagar doble. Qué calentura me agarraba. Me acuerdo que una vez me agarré a piña limpia porque no paraba de ganar y me dejó más pelado que culo de mono. Volví a mi casa con cara larga y con mi bolsita vacía. La calentura me duró varios días.

El experto con el yo-yo era “el Cabeza”. Se las sabía todas. Lo paraba en medio de la velocidad que llevaba y lo volvía a estirar, traer, dar vueltas. ¡Qué lo parió ese sí era un capo total! ¡Cómo lo admiraba yo!

La mancha, la escondida o la pelota envenenada casi siempre la dejábamos para el final cuando estaba bajando el sol, a la tardecita. La pelota de trapo era la protagonista del juego de la pelota envenenada y acá nos *paliciaba* y disfrutaba, “Brutus”, el más grande de todos, no por edad sino por génesis. ¡Cómo te pegaba el desgraciado cuando te embocaba! Te dolían hasta las muelas. ¡Pero cómo disfrutábamos toréandolo!

En horas de la mañana a las once y media mamá me llamaba para que *me pegara un baño* debidamente refregado por ella, porque siempre venía con tierra hasta en los ojos. Comía y me iba caminando a la escuela, que me quedaba a escasas 6 cuadras de mi casa.

Y a la tardecita se cortaba la jugada a las siete y media. Baño refregado, hacer las tareas, cenar y a la cama. En aquél entonces nadie tenía televisor en el barrio así que el sueño venía acompañado con una escasa lectura de algún librito de aventuras o revista de Patoruzito, Isidorito, Batman, Superman o el Llanero Solitario. Cuando papá cobraba me traía *una especial*, “El Fantasma”. Esa revista salía más cara, pero yo moría por coleccionarla. Admiraba con devoción a ese personaje, protegido vaya a saber por qué fuerzas ocultas y con pigmeos como amigos y protectores de su identidad, habitantes todos de una espesa e impenetrable selva. Además el autor le adicionaba la incógnita de la inmortalidad y eso en mi pequeña mente de niño me hacía volar por los aires, preguntándome una y mil veces ¿cómo sería? ¿qué había que hacer para lograr ese estado eterno?¿cómo era posible que las balas nunca lo dañaran?¿cómo hacía para nunca lo vieran aparecer?...

Yo siempre fui chiquito, muy parecido a mi mamá y bastante tranquilo. Salvo en muy pocas ocasiones donde algún que otro *boludón* más grande me decía “cucaracha” o “enano”, *se armaba la gorda* en los recreos de la escuela*.* Chiquito y todo yo metía puños y patadas por donde salieran. La mayoría de las veces más que salir, entraban, y en esas ocasiones, llegaba a casa con la nariz golpeada y el guardapolvo todo manchado de marrón tierra, verde pasto y rojo sangre.

Mi madre era una Santa. Me tenía una paciencia única y siempre me alimentaba de más para ver si crecía, pero pobre vieja, no se enteraba que yo había heredado sus genes y hasta hoy que tengo 60 años sigo siendo de muy escasa estatura.

Con mi hermana siempre tuvimos una hermosa relación, la cual sigo manteniéndola ahora de viejo. Me vivía tapando mis metidas de pata y siempre salía en mi defensa. Era muy estudiosa y siempre se sacaba 10 en todas las materias. En la escuela, fue abanderada de la Bandera Uruguaya. Yo de la bandera de Peñarol, por vago.

Me encantaban los recreos. Ahí sí que me sentía cómodo y disfrutaba a más no poder de esos minutos de compañerismo a todo sudor y tierra. Enseguida armábamos una pelota con lo que tuviéramos a mano, cosa que casi siempre se nos facilitaba porque *“El Loro”* llevaba unas medias viejas de su madre, la rellenábamos con papeles, le dábamos forma y era una pelota de fútbol perfecta. Chorreábamos sudor por todos lados, las caras coloradas y cuando nos arrimábamos a la canilla para tomar agua, de pedo nos enjuagábamos la izquierda para usarla de vaso y chupar hasta quedarnos sin aliento.

En el momento del descanso antes de ingresar a clase, comíamos “*los bollos”.*

¡Ah!, que recuerdo hermoso. Los bollos… Los bollos eran algo así como lo más exquisito que mi mente de niño pequeño puede recordar. Mamá siempre o me compraba dos o me daba plata para que comprara en el kiosquito de la escuela que funcionaba a beneficio de una especie de cooperadora, y a puro pulmón atendido en rotación por las mismas maestras. Con lo que ganaban de las ventas de bollos, golosinas, tortas caseras y algunos alfajorcitos, las maestras compraban útiles o vestimenta para los niños de escasos recursos. Con dos de aquellas “bollos” quedabas petiso hasta el mediodía. Era como un pan redondo con sabor dulce. Pero para nosotros era lo más sabroso del mundo.

Entre semana a muchos de nosotros, las viejas nos preparaban pan con dulce de leche en una bolsita cerrada. El pan era casero y el dulce también, lo que por supuesto resultaba más económico que los bollos. Nos encastrábamos todo cuando sacábamos los panes de los envoltorios, pero la lengua era una buena solución para rescatar los pequeños restos pegajosos de las manos.

Después otra vez abundante agua, como para bajarlos hasta la panza, íbamos al baño, nos lavábamos las manos, una mojadita rápida de la cara y la cabeza para quitarnos un poco el volcán que nos provocaran tantas corridas y en silencio marchábamos al aula. ¡Guay! con pegar un grito o hacerse el loco, porque directo te mandaban a la dirección. A las maestras se las respetaba como si fueran nuestras madres. Y actuaban como tal, porque tanto te tiraban del pelo si te mandabas una cagada, como te curaban y mimaban si te caías y te lastimabas.

Tengo un hermoso recuerdo de mi paso por la primaria, tanto de mis compañeros como de mis maestras y directora.

A decir verdad, nunca me faltó inteligencia para comprender las consignas pero tampoco nunca hacía las tareas o si las hacía las terminaba tan apurado para ir a jugar que siempre me faltaba algo. Las maestras ya me tenían calado y me vivían retando. Recuerdo una maestra en especial, de pelo teñido de rubio, uñas pintadas de rojo brillante, grandota y gorda de gran papada, de tacos altos que era un amor. Era la única que me ayudaba siempre. En lugar de retarme me hacía hacer la tarea de nuevo en clase y al hacerla tranquilo, no cometía errores. Siempre me ponía buena nota. Si mal no recuerdo fue la maestra de cuarto año. El resto de los años los iba pasando como podía. Ayuda de aquí, ayuda de allá, completaba el año. Siempre por vago, nunca porque me faltara inteligencia y capacidad para resolver y entender las diferentes materias. Mi hermana, pobre, se desvivía por ayudarme. Los mapas eran tarea exclusiva de ella y alguna que otra tarea también, luego yo las copiaba y listo. Aunque lógico y como debe ser todo tiene su precio y su tiempo. A medida que avanzaba en los años escolares, la brecha se me estrechaba, hasta que decidí darle bola y ponerme las pilas e ir resolviendo mis compromisos por mis propios medios. Y no me fue mal. Quinto y sexto año terminaron con una nota por demás aceptable y ojos grandes de las maestras al no entender muy bien lo que había sucedido en mi interior para provocar semejante giro de timón. Jamás nadie lo supo, recién ahora se los cuento a ustedes, y a pesar de mis años aún me sonrojo y se me pone la piel de gallina. Al ingresar a Quinto, entró con pase de otra escuela una rubia petisita, tan hermosa y tan dulce que mi cabeza acompañó con agrado el abrir enorme de mis ojos y juntos se volcaron hacia el costado derecho. Mi sorpresa fue tan grande e impactante que mi mente revuelta no daba crédito de enterarse que existía en la ciudad, semejante hermosura.

Me agrandé interior e inconscientemente lo más que pude, lo recuerdo perfectamente y mi vida sí que dio un gran vuelco. Le pedí a mis padres que me anotaran como socio del Club para aprender a nadar y ni bien lo hicieron, tomé la determinación-ya que la cuota de socio incluían todas las actividades que se desarrollaban en el club- y me inscribí en las clases de Judo que daba el sensei Oscar y en la de fútbol de salón que dirigía el profesor Julián. Mi meta era lograr lo más pronto posible un cuerpo bien formado y saber defenderme ante eventuales re encuentros con el *boludón de turno*. Nada de eso logré, sólo aprendí a nadar y a jugar como para defenderme un poquito y divertirme en el futuro con el deporte más popular del mundo. En judo creo que duré escasos tres meses, pero aunque parezca mentira todo ayudó para que me pusiera a estudiar, ordenarme y ser todo lo responsable que siempre debía haber sido.

Mis padres estaban contentos y agradecidos al deporte, que aunque en corta duración finalmente terminó siendo un regulador de mi mente y me balanceó positivamente en mis estudios. Eso sí, continué siendo el petiso de siempre. Entonces decidí encarar de ahí en más mi vida por el lado intelectual y de la simpatía.

Cuando terminé la escuela primaria, ya era conocido en todo el recinto por maestras, directora y alumnos. Fui “*Guillermo,* *el petiso inteligente y simpaticón”*. Había mejorado mi magra imagen en tan sólo dos años, motivado por aquellos ojos azules, cabellos rubios y dulzura sin igual.

Capítulo 3

**Cosas de Banco**

Un día, estando yo en la caja se me acerca un compañero y muy suavemente me deja un papelito con un número. ¡Fija, cheque extraviado o robado! Y justo al poco rato entran dos jóvenes a cobrar el cheque y se dirigen a mi caja. Uno va directo hacia ella y el otro se queda ubicado un poco más atrás. Los policías estaban comunicados del acontecimiento y en estado de alerta. La seña consistía en levantar lo más discretamente la vista hacia el policía para que este proceda a detenerlos. Al recibir el cheque y hacer el movimiento convenido, los muchachones nerviosos y sabiendo el riesgo que corrían, se chocaron con la gente que hacía cola y empezaron a correr. En nuestra sucursal justo hacía guardia un joven y atlético policía, que recuerdo bien clarito, se apretó el revólver contra la pierna y empezó a correr y seguirlo calle arriba por Leandro Gómez. El otro escapó corriendo por calle Montevideo y subió contramano por Sarandí. El guardia que estaba en la caseta dio aviso a la central y salieron dos móviles *alto el suelo* y con la sirena a pleno.

El público que estaba en la sucursal quedó petrificado. No se movía para ningún lado. Sólo miraba atento y con cierto temor. Es que no era común que sucedieran estos acontecimientos en los bancos de Paysandú. Pasaron unos 15 a 20 minutos y el asunto quedó resuelto. Los jóvenes malhechores fueron detenidos, el cheque rescatado y el policía maratonista hecho pelota llegó y se sentó de una, casi sin darse cuenta que todos aplaudíamos su accionar.

Recuerdo otro acontecimiento que por suerte terminó bien. El policía que hacía guardia en la garita, estaba limpiando su arma y en un descuido se quedó dormido. El arma cayó al piso y se escucharon tres disparos.

Todos quedamos boquiabiertos y pensamos lo peor. ¡Se mató el guardia, dijo una de las compañeras, blanca de susto!

El Gerente era el único que tenía la llave de la puerta de la garita, que se abría solamente desde afuera y en el estupor, no la encontraba. Hasta que apareció y fue corriendo a abrirla. El pobre guardia sí que estaba blanco del susto. La garita es pequeña y las balas habían repiqueteado en el interior dejando clarísimas las huellas de su recorrido. El Gerente le permitió al policía que bajara, tomara agua, se lavara la cara y se quedara un rato abajo, hasta que se repusiera.

-¡Me dormí, no sé cómo, pero me dormí y se me cayó el arma cargada que estaba limpiando!, dijo aun temblando el guardia. Enseguida preparamos café

y logramos entre todos que se calmara. Eso sí, no se salvó del sumario que le hicieron casi en forma instantánea al suceso. No obstante, el Gerente interfirió con el jefe de policía y si bien la pena fue registrada, pudo seguir como custodia en nuestra sucursal.

A la semana casi de este acontecimiento, cuando aún resonaban en nuestros oídos los disparos, sentimos una explosión muy parecida a la de un arma. El Gerente esta vez, sí que corrió rápidamente y abrió la garita, pero el guardia estaba tranquilamente en su lugar y no sabía decir de donde había venido semejante ruido.

Esta vez, era el techo de la cocina que se había desmoronado. Por suerte ninguno de nosotros andaba por allí en ese preciso momento.

-Gerente, dijimos, nos vamos a morir de un infarto si seguimos así. Y todos, incluyendo los guardias, largamos una risa tranquilizadora.

Normalmente a primera hora, a poco de entrar comenzaba a sonar el teléfono para pedir los saldos de cuenta corriente. Eran años difíciles para algunos comerciantes y corrían contra el tiempo, si los cheques no habían ingresado por *“clearing”*, tenían un día más de respiro. Pero el tema es que esto se hizo una costumbre acosadora y sin respiro. Entonces nos pusimos de acuerdo entre los empleados que solíamos atender el teléfono que de acuerdo quien llamara le decíamos o no el saldo. La clasificación que realizamos pasaba por lo desatentos que algunos eran. Llamaban, no saludaban, no preguntaban con quién hablaba y pedían en forma autoritaria el saldo. Además de tanto llamar les conocíamos las voces. Así que cuando levantábamos el teléfono y se escuchaba: *- ¡dame el saldo de la cuenta 0281!*, en forma instantánea le contestábamos: *- usted se ha comunicado con el Hospital Escuela del Litoral, en que podemos ayudarlo?* El cliente cortaba sin más.

A los dos segundos volvía a llamar y antes que hablara, atendía otro de nosotros diciéndole: ¡bomberos voluntarios!…Y ya no llamaba más. Así curamos a varios clientes que mal suponían debíamos correr para atender a sus caprichosas y maleducadas formas de solicitarnos información.

A pesar que en el grupo éramos varios jóvenes entre 17 a 20 años, nunca jugamos con el dinero. Siempre tuvimos claro, no esconderlo ni hacer ningún tipo de broma con la plata. Para nosotros el efectivo eran latas de arvejas, ni más ni menos.

A los dos años ingresó una compañera nueva. No sé si les conté que el nuestro fue el primer banco mixto. Imagínense lo que le esperaba a la pobre gurisa no?

La volvimos loca pobre, pero siempre con buena onda. Era muy bonita y tenía un cuerpo hermoso, propio de una chica de 19 años. Morocha, alta y de ojos muy vivaces. El banco tenía dos líneas telefónicas. No se nos puede haber ocurrido mejor cosa dentro de los recibimientos de rigor que prepararle una broma que nos auto convencimos, tenía que quedar en la memoria de cada uno de nosotros. La llamamos de un teléfono al otro en forma oculta y con la anuencia del Gerente y nos hicimos pasar por periodistas de la revista “Gente”. Por esos días, la revista de moda enviaba a sus fotógrafos y noteros a recorrer las playas del litoral argentino-uruguayo en procura de descubrir nuevas bellezas del interior de Argentina y Uruguay*. ”La negra”,* como le habíamos puesto de sobrenombre, contestó con una sonrisa de oreja a oreja. Serios, la encuestamos por largos 20 minutos y la pobre entró como un caballo. Saltaba y nos contaba a todos que la habían llamado de la revista “Gente”, que el próximo sábado le harían una sección de fotografías al borde de alguna pileta, y en las playas de Paysandú, que según los informes que poseían, tenía grandes posibilidades de ser finalista y ganar un viaje para dos personas con todos los gastos pagos a Buzios, Brasil, por 7 días y además ser representante por un año como modelo de la revista.

Su cara era una juguetería, no paraba de hablar, hasta que nosotros nos dimos cuenta que la broma había pegado justo en el lado flaco de nuestra compañera y nos entramos a poner serios. Y ella…también. Nos miró a mí y a mi compañero de bromas y nos quería matar. Gritaba: ¡me han mentido, cómo me pudieron engañar de esa manera, yo que siempre soñé con ser modelo!…y empezó a llorar. La abrazamos y le pedimos mil disculpas. Evidentemente se nos había ido la mano con la bromita de ingreso.

Al rato todo volvió a la normalidad a tal punto que mi compañero Mariano, dijo: -“ya vengo”.

Salió, demoró escasos 5 minutos y volvió con un billete de lotería y le dijo:

-“negra, ponete este billete de lotería en el bolsillo de atrás del pantalón, es de todos nosotros”

-¿Pero porque me lo das a mí, y porque lo tengo que guardar en el bolsillo de atrás del pantalón?

-Y…negra querida, con ese culo que tenés, si no sacamos la lotería, no la sacamos nunca más.

Y todos, incluyendo ella, nos largamos a reír a más no poder. Y de ahí en más “la negra” guardaba todos los fines de semana rigurosamente el billete de lotería en *“la caja fuerte asignada”*. Mirá que tenía un culo perfecto…, pero nunca desquitamos ni siquiera el valor del billete.

Fue en una tarde de verano, de esos veranos que hacen sudar hasta las pestañas. Un día insoportable realmente, y en la cocina donde almorzábamos o eventualmente tomábamos la merienda no había aire acondicionado, sólo un ventilador de techo de grandes paletas, una gran mesa y banquetas. Tipo 17,30 hs empezamos a llegar a merendar y Mariano tenía preparada su broma del día. Se tomó el trabajo de echarle azúcar a cada paleta del ventilador y lo apagó. Mariano por supuesto llegó antes, comió rápido y se paró a charlar con nosotros, ubicado justo junto a la puerta. Carlos que era bastante gordito empezó a sentir calor, mira para arriba y ve que el ventilador estaba apagado.

-Con razón hace un calor insoportable acá, si el ventilador está apagado. Mariano, por favor prendelo.

Y Mariano lo prendió. Y los granitos de azúcar saltaban con placer y maldad pegándose en las sudorosas cabezas, cuellos y brazos logrando un hermoso carnaval multicolor de risotadas y ganas de patearle el culo al creador de semejante ocurrencia. Mariano por las dudas se retiró apurado a terminar la caja,-según dijo-, para poder ayudar en contabilidad.

Capítulo 4

**Cuando fui el pequeño Dioniso**

Yo fui hijo de padres ya mayores y hubo muchas cosas de relaciones, es decir del acercamiento en cosas esenciales o vivencias en el día a día, que se hacían difícil para mí. Difíciles porque no había mucha comunicación que yo pudiera tener, conversar o preguntar ni a mi madre ni a mi padre. Pero en general eso era algo casi común, aunque no hubiera mucha diferencia en años entre padres e hijos. Por aquellas épocas la familia era un tanto verticalista: el padre autoridad máxima de la casa, la madre compañera del cabeza de familia, que no trabajaba afuera, pero lo hacía en su casa , encargándose además de supervisar las tareas y todo lo que correspondiera a la buena educación de los hijos. Lo que el padre decía era ley y todos obedecíamos. No había discusiones o charlas entre el grupo. No por malos ni déspotas, sino porque no se conocía otra forma de vida que no fuera esa. Los chicos no participaban de las charlas de los mayores. La comunicación era prácticamente nula entre unos y otros.

Aun así *El Lito y la Chola* se esmeraron y esforzaron por darnos una muy buena educación a mi hermana y a mí. Educación pública por supuesto, que era excelente en aquellos días y además conservaba intactos los ideales de su creador José Pedro Varela: gratuita, obligatoria y laica.

Y mis padres eran admiradores de esos principios. *El Lito* siempre me decía: “la ignorancia mijo, -cómo decía el maestro Varela-, no es un derecho, es un abuso”.

La secundaria fue motivadora para mí. Logré hacerme de varios amigos casi enseguida que entré. Me quedaba lejos de casa. En la otra punta de la ciudad, pero me iba en bicicleta y como casi todo era bajada, llegaba en un ratito. Un poco colorado, más bien morado-porque yo soy de piel algo obscura, pero contento de esa nueva libertad adquirida que iba de la mano con la imagen de mayoría de edad que te daban los pantalones largos. Eso sí el regreso era bravo, ni una puta bajada, todo subida. Me tenía que parar en los pedales más de una vez, porque si no la bicicleta que era un poco grande para mi estatura, me hacía “*la gran cangrejo”*, se me iba para atrás y el suelo me recibía enseguida con los brazos abiertos y duros. Me pasó cinco veces y a fuerza de golpes, magullones y rodillas hecha mierda, le agarré la mano. Mi hermana cursaba a la mañana y yo que siempre fui más remolón, a la tarde. Al principio nos intercalábamos el uso de la bicicleta hasta que papá logró comprarme una para mí porque decía que quedaba de mal gusto y mal visto que un varón anduviera en bicicleta de mujer. Imagínense mi cara cuando recibí en mi cumpleaños semejante regalo. Ese día y el otro y el otro anduve tanto sin sacarle el culo al asiento que después no me podía sentar. La silla del comedor me quemaba, parecía que tenía mil agujas calientes puestas de punta. Recuerdo que mi madre me compró Dr Selby´s, una pomada curativa que servía para cualquier percance en estas circunstancias. Mejoré muchísimo, pero igualmente me llevó una semana la amistad entre el culo y el asiento.

Ahora con bicicleta nueva, era el primero en llegar al liceo. Todos mis compañeros a medida que iban cayendo al aula, me la pedían que se las prestara un ratito en los recreos. Tuve que hacer una lista de espera y presentarla en secretaría, porque había que pedir permiso para que te dejaran hacer cualquier cosa que se apartara de lo normal. Y esto era algo justamente especial, muy especial, pero igual me animé a solicitar *“que se autorizara a mi año a realizar en los recreos un pequeño recorrido en bicicleta en el patio interno del liceo”*. No era común que se hiciera y menos aún que te autorizaran. Pero el director lo permitió en esta oportunidad por la especial situación que se le planteaba: una bicicleta nueva –a la que pocos tenían acceso en aquellos días-que el dueño no tenía problema alguno de compartir con sus compañeros. Así que lista en mano yo iba llamando uno a uno para que dieran unas vueltitas en la nueva bici en el patio interno, bajo la mirada de todos los otros chicos y la supervisión de un secretario. Me sentía contento e importante a la vez. Por unos instantes era dueño de la atención de casi todos los de mi clase y de alumnos de otros cursos.

Para cursar segundo año, me anoté a la mañana. Me quedaba mucho mejor para repartir los horarios entre la ida al club y poder jugar con mis amigos del barrio. Por suerte unos diez chicos que éramos los más amigos, también lograron convencer a sus padres y cambiarse para ese turno, lo que como consecuencia no fue para nada traumático.

Había cuatro materias que odiaba en la secundaria: química, física, historia y geografía.

Historia y geografía soy consciente que eran dos materias que sólo necesitaban tiempo de estudio. Pegarse a la silla y no levantarse hasta no saber la lección como correspondía. Así que fue lo que hice y no me dieron más problemas.

Pero física y química esas sí que me costaban. Encima teníamos en las dos, profesores varones, que gozaban al vernos trastabillar ante la mínima pregunta. Eran unos verdaderos cínicos, odiados por el liceo entero. Estas dos materias las aprobé gracias a la constancia de mi querida hermana. En realidad fue la verdadera profesora de las dos, porque a esos viejos de pelos duros de tanta gomina, nunca les entendí un carajo. La calentura y el odio por ellas me dura en el recuerdo.

Las clases de música eran una joda total. El profesor era varón también pero era lo opuesto a los otros dos. Los cuadernos, lápices, gomas volaban por arriba del piano mientras él con ojos cerrados se empeñaba a enseñarnos el ABC de la música: do, re, mi, fa, sol, la, si, do, que salían de su garganta modulada y de cada tecla del gran piano negro brillante de la sala de música. Lo bueno era que a pesar de tanto despelote, todos teníamos buena nota y pasábamos de año sin muchos requisitos.

Al llegar a cuarto año, pasó a ser prioridad aprobar todas las materias para disfrutar el viaje de fin de año a full. Planificamos y trabajamos para juntar pesito a pesito para poder hacer un viaje que nunca más fuera olvidado. Hicimos una votación entre todos los compañeros de clase para elegir destino. En principio todos teníamos clarísimo que queríamos ir al mar y de campamento, así que en cuanto a eso no hubo problema de discusiones. El destino sí que se tornó difícil decidirlo. Éramos 35 alumnos y había quienes querían ir a Parque del Plata, otros a Atlántida, otros a Piriápolis, otros a algún lugar más lejano, que sea agreste y con características de playas oceánicas como las de Santa Teresa. Fuimos a votación y ganó Santa Teresa. Así que tuvimos que trabajar muchísimo para poder disfrutar de una semana a puro mar, más aun sabiendo que tres compañeros no disponían de dinero para el viaje. Fuimos todos, no quedó ni uno afuera y además invitamos al profesor de Literatura y a la profesora de Educación Física como acompañantes. A ellos también les regalamos el pasaje y toda la estadía. Vendimos rifas, pollos asados, empanadas, alfajores y hasta hicimos 4 bailes para recaudar fondos. Nos alcanzó perfecto. Pasamos unos días maravillosos en la última semana de noviembre con un calorcito agradable y con la fortuna de nuestro lado. Justo ese año y durante los meses de octubre, noviembre y diciembre nos visitaba por aquellos lugares una corriente de aguas cálidas. Así que el mar fue nuestro por los siete días planificados.

Para mí tuvo un aditamento especial, algo risueño, algo vergonzoso. Al segundo día de plantar bandera en el lugar, me agarré un pedo apoteótico. Me reía mucho y no podía parar de hacer cuentos, primero para morirse de risa y después para esconder la cabeza unos trescientos metros bajo tierra. Nunca había tomado una gota de alcohol hasta ese momento y lo poco que tomé me cayó como dinamita. Mis compañeros se rieron tanto de mi estado de embriaguez que a partir de allí y por ocurrencia del profesor de literatura, pasaron a decirme el *“pequeño Dioniso”* *(Dioniso o Baco, dios de la vendimia y el vino).*Todavía algún que otro compañero de aquellos años idos, me pega el grito: ¿qué hacés *pequeño Dioniso*?, y no puedo más que reírme con ganas, recordando aquél vergonzoso momento. Durante el resto del viaje tomé únicamente refrescos o agua mineral. Me curé en salud.

Sobre el final de año, últimos días de diciembre, tenía que elegir la orientación de los dos años siguientes de preparatoria y sin dudarlo me incliné a humanística. Y en primer año nomás entendí que debía reforzar mis conocimientos para hacer la carrera bancaria, que en realidad era lo que siempre me había gustado. Así que puse pies en polvorosa y me inscribí en máquina (dactilografía) y contabilidad, dos materias claves para poder ingresar a cualquier banco, que varios institutos privados se ocupaban de enseñar.

Me resultó fácil y ni bien terminé de cursar los dos años de preparatoria me anoté en todos los bancos que había en mi ciudad dejando mi currículum vitae, esperando ser llamado ante el primer concurso que saliera a luz. Mientras tanto practicaba todos los días máquina y contabilidad para no perder el ritmo.

A los seis meses, ingresaba como bancario siendo el más joven de todos. Mis padres y mi hermana estaban super orgullosos y comentaban mi logro a todos los vecinos y amigos. Es que en aquellas épocas ser bancario era una profesión muy bien paga y también muy bien vista en la sociedad.

Capítulo 5

**Lo mejor: *la destalonadora***

Al ingresar al banco siendo tan joven y con la mente cero kilómetro captaba los movimientos contables con mucha rapidez. Empecé atendiendo al público y casi enseguida fui sobresaliendo por mi simpatía y buena disposición, algo que había heredado de mi madre. Mi padre era buenísimo, pero era más parco para el trato.

A pesar de mi simpatía y buena disposición no pude zafar de las bromas que se acostumbraban a hacer en aquella época.

Por supuesto estaban todos complotados, incluyendo el Gerente y el Contador. En el primer día nomás, me mandaron a otro banco a buscar la *“destalonadora de cheques”.* El Gerente de mi banco se había comunicado con el otro Gerente: -“mirá que te lo mandamos a Guillermo, el botija nuevo a buscar la destalonadora”.

Y yo fui. Hasta contento fui que el Gerente mismo me lo pidiera. Para mí era un orgullo y me sentía importante. Al llegar al otro banco me presentaron a todos los compañeros, llamaron al Gerente y cuando apareció, me dio la mano saludándome cordialmente y me explicó que justo se la habían prestado al Banco República porque se le había roto la de ellos.

-Ni bien me la devuelvan te la mando Guillermo, me dijo. Yo no podía creer, el Gerente en persona atendiéndome, llamándome por mi nombre y con una gran amabilidad. Saludé a todos y pegué la vuelta. Cuando cruzo la calle, me encuentro con un amigo. Me saluda y me dice: - ¿qué andás haciendo a la una de la tarde y con esa pinta?

-¡Hoy es mi primer día en el banco!…

- ¿Y ya andás en la calle?

- Lo que pasa es que el Gerente me mandó a buscar la *“destalonadora de cheques” y…*

*-* Pero si serás boludo Guille. La *destalonadora de cheques* no existe. Es una joda que te hicieron.

-Pero mirá que el mismo Gerente me dijo…

-Amigo, amigo querido. ¡No existe! A los cheques se les sacan los talones a mano, jua jua jua y se fue riendo como por una cuadra.

Cuando llegué al banco me estaban esperando. Yo entré medio serio y con algún rastro de enojo, pero todos mis compañeros se destornillaban de la risa. Y por supuesto, aflojé y me reí junto con ellos.

Mi primer día contaría en su haber con una sana broma de todos mis compañeros como la que nosotros años después le hiciéramos a “la negra”.

Fueron pasando los días y realmente había mucho trabajo, sobre todo porque nuestro Gerente empleaba una estrategia publicitaria manteniendo el cambio de moneda extranjera en forma muy conveniente para los clientes. Y así, nuestro banco siempre tenía grandes colas. Y una cosa trae a la otra. Aperturas de cajas de ahorro, de cuentas corrientes, plazos fijos, solicitudes de préstamos personales y para las pequeñas empresas, etc, etc.

A la semana más o menos, se arrima el jefe (contador) y me dice:-“Guille, necesito que mañana me hagas un favor importante. Traete una muda de ropa vieja que se pueda ensuciar sin problemas.”

Al otro día marché para el trabajo y esperé las órdenes del jefe.

Como a la hora, se arrima el jefe y me dice: “Guillermo, en el fondo, en el baño, te dejé una pila de carbónicos para lavar. Traje jabón líquido y un cepillito bien suave para que les pases con cuidados porque si no se rompen. Cuando estén limpios los pegás a los azulejos bien mojaditos y se escurren solos”.

Y me fui al fondo, me cambié de ropa y le entré a dar.

A las dos horas, yo, el baño, la cocina, los azulejos, mis manos, mi pelo, mi cara, todo estaba negro, y los carbónicos recién lavaditos chorreaban por los blancos azulejos, haciendo dibujitos surrealistas.

Mis compañeros, por nuevo y por joven me habían jugado otra de las bromas que se acostumbraba hacer a todos los ingresantes en todos los bancos.

Faltaba la última, que sobre el pucho nomás me lo hicieron saber. Al cobrar el primer sueldo, se pagaba un asado para todos -éramos unos siete, si mal no recuerdo- y la *ensillada* (la bebida), la ponían entre todos.

Esta fue la más linda de todas, porque cuando llegó fin de mes, no podía creer lo que cobraba. Para un chico joven era un *fangote* de plata.

El primer regalo que me hice fue un reloj sumergible Citizen, que toda la vida quise tener. Si habrá sido bueno el relojito que me duró 20 años.

Y recuerdo que le di plata a mamá para la casa y le hice algunos regalos a mi hermana.

Me había recibido de bancario con apenas 17 años y estaba feliz.

Capítulo 6

**Mi primer tirada a una pileta sin agua**

Un día me levanté con las ideas enredadas y tomé una decisión que me venía dando vueltas en mi cabeza hacía mucho tiempo. Dejé el empleo de bancario con un retiro voluntario de buena cantidad de efectivo que ofrecía mi banco, para meterme de cabeza en un nuevo emprendimiento. No me pregunten qué pasó por mi mente en esos momentos. ¡Y no era tan joven! Pero son esos revoleos que la vida “*te da de regalo”* y vos como un boludo y sin pensar te enganchás. Yo que sé que mierda te pasa por la cabeza en ese momento, para meter la pata tan hasta el fondo del agujero de barro. Hasta hoy me lo pregunto y no encuentro respuesta a semejante cagada que me mandé.

Tenía muchos años en mi haber, pues había empezado de jovencito en la carrera bancaria y en el momento del destete había escalado hasta el cargo de contador *(en los bancos se usaba el término de contador para los jefes contables, segundo puesto en jerarquía después del Gerente).*Había ingresado con apenas 17 años como cadete y había logrado hacer una buena carrera. Dentro del Banco tenía un buen prestigio, a tal punto que cuando se me zafó la chaveta y se me dio por abandonar el trabajo y retirarme con el efectivo ofrecido, el Gerente General me ofreció un cargo de mayor jerarquía con traslado a donde yo pidiera con tal que no me fuera.

Pero no, evidentemente yo tenía una fija en mi cabeza y esa fija era ser comerciante. Pobre de mí.

Los dueños de la fábrica de aberturas de aluminio más conocida y prestigiosa de Paysandú, vendían su negocio porque estaban algo viejos y no deseaban seguir luchando más tiempo en el campo de batalla de los comerciantes. A ellos les había ido muy bien y lograron con esfuerzo imponerse en el mercado y armarse de un buen número de clientes que de entrada nomás te aseguraban que el negocio era realmente bueno. Y me lo ofrecieron, por estima, por buenos vecinos y por conocerme de tantos años como bancario, sabiendo que mi meta era proyectarme y mejorar mis ingresos en un futuro cercano. Tal vez le recordaba con mis años y mi forma de ser a su único hijo muerto hacía ya más de 7 años en un fatal e inesperado accidente de tránsito.

Mi familia me ayudó, me apoyó lo suficiente como para que me largara a ese mundo desconocido y escabroso del comerciante. Así que poco me costó la decisión y me tiré, casi me atrevería a decir que con los ojos cerrados y sin saber exactamente si había agua en la piscina. El miedo en aquél momento no era precisamente por el nuevo camino sino más bien por el viejo. En Uruguay estaban cerrando bancos de mucha importancia a nivel internacional. De trece que había en mi ciudad, de pronto quedaron siete y el futuro en la actividad bancaria no se presentaba para nada halagüeño.

Dos años luché como un león. Por momentos pensé que se me iban las fuerzas, pero mis hijos, chicos aún, cuando llegaba hecho trizas a mi casa, me inyectaban inocentemente y sin saber, una buena dosis de alegría y optimismo lo suficientemente grande como para recomenzar al otro día. Sobre todo, me refiero al último período de esos malditos meses. Mi mujer trataba de alentarme a pesar de visualizar un final fatal y todas las noches me esperaba con la estufa a leña prendida y una copa de Malbec, que sabía me gustaba y relajaba buenamente.

Pero Uruguay no daba. No pagaba a ganador. Los sacrificios, las horas y las ganas no sumaban. La caja siempre terminaba siendo escasa. Tuve que empezar a hacer lo que nunca desee hacer: suspender personal primero, para que se ampararan en el seguro de paro, y luego con lágrimas en los ojos, despedirlos. Sólo me quedé con el más viejo de todos. Un buen hombre de unos sesenta años que había nacido fabricante de aberturas-empleado. Conocía mucho el oficio aunque por los años que tenía era demasiado lento. Y yo me puse los overoles de cada uno de los otros integrantes ahora ausentes. Sólo cada tanto contrataba por hora algún joven para que me ayudara con algunos transportes especiales o demasiado pesados.

Mis compañeros bancarios me ayudaban en todo lo que podían. A los que presentaban cheques por caja los conversaban y les pedían si no podían hacerlo en unos días más. Generalmente los acreedores no ofrecían resistencia. Lógicamente que nada podían hacer cuando los cheques entraban por *“Clearing”*. Ahí entraba yo a correr por la ciudad entera tratando de juntar pesito por pesito y más de alguna vez hasta pedirle prestado a algún amigo. No era vida. El grado de estrés que me provocaba no me dejaba ver con claridad el destino del negocio. Y mi vida comenzaba a ser un calvario.

Pocos amigos me ayudaron y muchos me criticaron. La ciudad donde nací y crecí siempre fue un calco exacto de mi País: *gris*. Ese color que no es, así la sufrí. Así la sufrimos mi familia y yo. Las noches se me hacían cada vez más extensas y mi cabeza viajaba a mil. Me planteaba una y mil soluciones posibles que no eran. Los amigos que al principio me habían dado una buena inyección de optimismo y gustosos habían disfrutado del lechón, regado con buen vino que ofrecí con motivo de la inauguración del nuevo emprendimiento, se empezaron a retirar. Miraban para otro lado cuando me veían en mis maratónicas carreras diarias para tapar los agujeros de mí ahora cada vez más *pequeño barquito.* Me hundía profundamente y estaba completamente sólo. Parecía ser que al comerciante que no le va bien, lo confunden con un leproso en mi ciudad. Y como dice la canción” fueron desapareciendo de a uno…”. Y quedé solito de mi alma, con un negocio destruido por la malaria, con deudas a pagar y varios observadores de ese circo romano. Cada vez más me parecía a un gladiador, luchaba día a día, sabiendo que al otro, o al otro, caería rendido y comido por los leones.

Entonces con mi señora tomamos la difícil decisión que no habíamos querido tomar hasta el momento: vender la casa. La habíamos hecho con gran sacrificio. Una casa confortable, techo a dos aguas, espaciosa con patio grande, mucha madera y de la buena, tres dormitorios, una gran estufa a leña, una cocina comedor como toda la vida soñé, un living que permitía vislumbrar el buen gusto que con todo nuestro amor, le habíamos intentado estampar. Pero ahora en este puto momento, se nos derretían las velas. Pero no nos quedaba otra solución. Y ahí comenzó otra odisea: vender la casa en un precio justo, evitando a los *“amigos”* que abusándose de mi situación, ofrecían menos de la mitad del valor de mercado. Lloré como un niño perdido, lloramos con mi mujer a más no poder. Mis tres hijos pequeños aún, no entendían nada, sólo nos miraban con caritas tristes y nos abrazaban.

Y yo en ese momento pensé que esta era la cruz que debía portar sobre mis hombros. Jamás me imaginé, nunca se me pasó por la cabeza siquiera, que este momento que vivía, sería sólo un granito de arena al lado de lo que me tocó vivir muchos años después durante *69 noches y 70 días*.

**Capítulo 7**

**Mariano un amigo para recordar**

La vida como bancario a pesar de haber estado tantos años, la recuerdo con una alegre nostalgia. Fueron años buenos. Con buenos compañeros, de un vivir sin sobresaltos y con superaciones lentas pero seguras. Esos recuerdos de buenos momentos te abrazan y se te meten en la piel para toda tu vida. Tal es así que aún hoy recuerdo y me río con ganas de las bromas que solíamos hacer con mi amigo Mariano, quien hasta el día de hoy sigue en esta profesión, cercano a entrar al jubileo si la política uruguaya no le juega una mala pasada y alarga los años de 60 a 65.

Recuerdo un día que decidimos juntos que fuera un cliente el que recibiera la bromita del día. Luisito Salvareza siempre solía caer a media tarde cuando había menos gente. Era flaquito, chiquito, algo enjuto, de lentes *culo de botella,* de pelo enrulado, una onda *Woody Allen sanducero*. Buen tipo, amable, agradable, pero medio *hincha pelota.* En realidad lo apreciábamos un montón, pero cada tanto y como para desquitarnos de su pesadez, le tirábamos una red y el pescado caía sin resistencia, para gozo nuestro. Ese día presenta un cheque para cobrar por caja de una suma considerable. El mostrador de atención al público nos daba poca cosa más abajo de las tetillas y era bastante ancho, lo que me permitía más que suficiente, hacer la broma.

Le digo: - Luisito, no tengo tanto efectivo en caja, esperame un poquito que bajo al sótano a buscar más dinero. Y tapado por el gran mostrador hago como que bajo, doblando las rodillas poco a poco, hasta desaparecer de su vista. El efecto de subida, sólo consistía hacer el movimiento contrario.

¡Pobre Luisito!, lo tuve como 5 minutos esperando que bajara al “sótano” a buscar su plata y yo acurrucado debajo, muerto de la risa. Mariano directamente se había alejado porque no aguantaba más la risa de verme semi arrodillado debajo del mostrador y a Luisito esperando la carroza…

En otra oportunidad, al mismo cliente le hicimos llevar 4 fotos tipo carnet a color para el “*nuevo”* registro de firmas, cosa que por supuesto no existía.

Pasaron los años, entraron nuevos compañeros, se fueron otros a nuevas sucursales o directamente a nuevos rumbos, pasó mucho agua debajo del puente y los recuerdos siempre quedan como prendidos en el alma, de tanto vivir juntos más de ocho horas diarias, de lunes a viernes, de tanto trato con los mismos clientes casi a diario.

Mariano y yo nos conocíamos todos los números de las cuentas corrientes de los clientes. ¡Y eran muchos! Al revés y al derecho como solíamos decir. Si nos preguntaban el número decíamos el nombre, si nos preguntaban el nombre decíamos el número.

Unos de los primeros clientes era dueño de un conocido bar – confitería, que siempre andaba *doblando con las puertas*. Su *“no-vida”* comercial era por lo menos complicada. Todos los días llegaba a cubrir los cheques del clearing con lo justo. Su capacidad pulmonar de aguante en *cuentas al borde del abismo* estaba prácticamente acabándose. Pero tapaba el agujero y seguía. Así pasó años, transpirando y con genio fruncido. De un humor de pelea de gatos adentro de una bolsa de arpillera. Lo ayudamos una y mil veces. Le aguantamos todo lo que humanamente se puede aguantar, hasta que nos cansó. Fue en ese momento que todos decidimos quitarle el apoyo. Cuando llamaba pidiendo el saldo de su cuenta, le hacíamos el jueguito del teléfono roto. Y el tipo se tenía que arrimar al banco para solicitarlo personalmente. Suponemos que se terminó dando cuenta, pues empezó a tratarnos luego de un tiempo de manera más amable y nosotros por “*arreglar ese maldito teléfono”*.

*Pésame general en Uruguay…:* habíamos quedado aniquilados en las eliminatorias para el mundial, y encima contra Venezuela y Bolivia, las selecciones más *berretas* de toda América. La amargura y el comentario se retorcían a cada rato y con cada uno de los clientes que se arrimaban al banco. Nadie lo podía creer. Lógicamente había que sacarle provecho a esta triste situación para hacer entrar a Omar, que nada sabía de fútbol ni nunca supo. Uruguayo que no le gusta el fútbol es raro sí, no hay ninguna duda, pero todavía quedaban algunos especímenes. Y nuevamente Mariano se largó a su cruzada.

 - Omar a qué hora juega Uruguay?

 - *¡Pahh! ¡vos sabés que no se bien la hora, sé que juega sí, pero no sé a qué hora, che!*

Todos llorábamos por la eliminación de la celeste, y Omar no se había ni enterado. Estuvo monumental y fue lo único que nos sacó por un rato tremenda amargura.

Otra que recuerdo fue cuandoun grupo de ladrones intentaron robar el banco durante un fin de semana. Entraron, bien equipados, pero no pudieron con la vetusta caja fuerte que teníamos. Era de las buenas, esas que se hacían antes bien reforzadas, hasta por las dudas. Lograron entrarle un centímetro y medio y el grosor era de 7 cm de hierro acerado. Dejaron todo el equipo y huyeron, sin éxito. El lunes cuando llegamos nos encontramos con semejante sorpresa. Fue el comentario de todo Paysandú. A todo esto, ni bien abrimos, el Gerente dio cuenta a la policía técnica que empezó con las investigaciones. Da la casualidad que los ladrones justo a una cuadra de la Jefatura habían robado una de las garrafas que utilizaron en el intento de robo. Investigaciones por aquí, investigaciones por allá, finalmente todo quedó como semi apagado y sin más novedades. A los pocos días como era costumbre, se nos ocurre hacer un asadito en el parrillero del banco, a la vuelta del recinto principal, como si fuera un garaje. Entre el jolgorio del truco sumado a unos vinitos el asado se extendió hasta tarde en la noche. Y para ir al baño había que entrar al banco. Tipo una de la mañana al Gerente-que tenía llave- se le ocurre ir y resulta que un milico lo vio en el recinto vidriado y al salir, *lo estaquearon* contra la pared y con varios policías apuntándole. No hubo explicación que valga, de que era un asado, de que era el Gerente, de que tenía la llave y había entrado al baño…¡Nada de nada! No hubo forma. Al ratito nomás sale otro compañero del parrillero a la vereda y… ¡también estaqueado!. Tanto afirmar lo dicho, sumado a los olores del asado, terminaron por convencer a los milicos. Y cuando salimos todos los demás del parrillero, ¡terrible sorpresa y julepe nos llevamos! El susto que se llevó el Gerente esa noche, cuando le pusieron el revólver en la espalda, ¡hasta hoy lo recuerda!.

En la sucursal, tuvimos un cliente VIP que lo atendía exclusivamente el Gerente. Pero a diferencia de otros VIP, solía tener un muy buen trato con todos nosotros. Todos los años para el 24 y el 31 de diciembre, estacionaba su Mercedes Benz enfrente a la puerta del banco. Como se solía hacer en aquel entonces, trabajar medio turno, a eso de las 10 de la mañana se cerraba el banco. Entonces recién en ese momento golpeaba la puerta de blindex y bajaba con ambas manos repletas. Varias bandejas de saladitos, sándwiches, bocaditos dulces, refrescos, hielo, vasos y tres botellas de whisky 12 años. El tipo esperaba que el Gerente autorizara el brindis, se tomaba un whisky con nosotros nos deseaba a cada uno felices fiestas y se retiraba. Todo un gentleman, al mejor estilo inglés.

Capítulo 8

**Cuando intenté hacerme la América**

Los pocos pesos que me quedaron después de vender la casa y pagar todas las deudas, me despertaron del sueño que aún creía estaba viviendo y me arrojaron en una encrucijada que nunca imaginé. Tenía una familia que mantener, me había quedado sin laburo, sin comercio y mi ciudad por chica o por mezquina, no ofrecía ninguna expectativa de trabajo. Mientras tanto pasaban los días, mi familia se mantenía con algunos pesos sobrantes de la venta del inmueble y el trabajo de mi señora que era maestra. Los compradores de la casa se portaron de maravillas con nosotros, habían accedido ante mi angustiante situación permitirnos vivir un tiempo no muy prolongado hasta que me re ubicara laboralmente y pudiera alquilar algún apartamento o casa.

Pero la suerte estaba echada. Me jugué un pleno al trece y me salió cero. El único camino que veía en mi horizonte era rajar cuanto antes. Lo charlamos con mi mujer y con el corazón latiendo en mis manos, mirando una y otra vez a mis hijos, traté de hacerme fuerte y convencerme que por ellos lo lograría.

Dejamos la casa y mi mujer con mis tres hijos se mudaron a la casa de mis suegros a esperar mi llamado desde la otra punta del mundo. Hice lo que todos hacían por aquél entonces, me fui a Estados Unidos, pensando que me haría “*la América”. Pero “la América” es dura,* cruel, te maltrata, te desangra, te hace perder tus olores. Tus recuerdos se tornan borrosos, tus ojos viven vidriosos, mojados y en el eterno recuerdo hasta que no aguantás más. Sufrís cada día, desde que te levantás hasta que caés rendido en la cama. Fui lava copas, trabajé en la construcción, fui vendedor de discos en una gran librería, vendí boludeces casa por casa, trabajé de vidriero, le metía pata, trataba de subir esa escalera que cada día me sacaba un escalón de sus peldaños.

 ¡Qué no hice en esa Nueva Jersey! ¡Qué no vi en Estados Unidos!

El primer mundo no es tal. No al menos para los *Sudacas*, los parias que venimos sin papeles y con hambre. No para los ciudadanos de segunda clase. Te usan, te tiran, te usan y te tiran. Así funciona este puto sistema de mierda que te lo venden envuelto con mil moñitos de colores. En Estados Unidos si no sos norteamericano, no sos nadie, no existís. El sistema ni siquiera te registra. Se te hace difícil conseguir trabajo digno y en salud jugás en el banco de suplentes. Tenés que rogar a Dios y todos los santos no enfermarte nunca. Y es más, aún si sos norteamericano y no tenés plata sos *un medio culo*. No te tiran, pero bien que te usan y no te lavan.

New Jersey como le dicen los norteamericanos en un inglés impronunciable e inentendible, -salvo cuando te lo hablan lentamente-, está en la costa este de Estados Unidos, rodeado por Nueva York, Pensilvania, Delaware y el océano Atlántico y tiene tres veces la población de todo Uruguay. Yo precisamente fui a caer en el noroeste. El noroeste de Nueva Jersey tiene un clima húmedo, con veranos largos y más nieve que el resto del estado en el invierno. Cuando caminaba en las tardecitas desde mi trabajo hacia mi pequeñísimo lugar de descanso, veía mucha gente acurrucada en el piso, sucios, harapientos, en largas colas esperando la comida caliente de la noche. A algunos que les había tocado en suerte les daban un lugar para dormir y ni bien engullían el pastoso ingrediente que habían puesto en su plato, se refugiaban en grandes galpones donde dormían como ganado, sin intimidad, sin afectos, solos en su alma, sin pensamientos ni sueños. Mezclados con los Sudacas en desgracia, también había negros, viejos, indígenas, veteranos de guerra olvidados que engrosaban la clasificación de *media gente*. Gente de descarte.

 A la mañana caminaban como zombies en busca de un poco de leche colorida y un pedazo de pan. Y al mediodía nuevamente se los veía en colas infernalmente prolongadas y frías. La nieve cuando se pone brava te congela hasta las muelas.

Vi de todo en Nueva Jersey. Suficiente para mi corta vida. Vi correr desesperada a una mujer y de cerca un tipo de larga barba, todo tatuado, lleno de aros, pelilargo, barbudo y rechoncho, que la alcanzó, de un solo golpe la tumbó y le cortó la garganta. Ahí nomás en pleno día, ante la atónita mirada de un grupo de personas que rápidamente apuraron su paso. Me tocó ver a un negro enorme cercano a los dos metros, *con músculos hasta en el pelo*, que levantaba con un solo brazo y del cogote a un joven rubio de incipiente barba, de pelo enrulado, algo descuidadamente sucio reclamándole el pago de la droga que le había entregado el día anterior.

En una oportunidad se me dio por salir a caminar un fin de semana a la tarde y me encontré en una calle, similar a una pequeña avenida donde algo me llamó la atención y no caía qué era. Cuando me empezaron a gritar y a *forrearme* me desayuné, era la llamada *Avenida de los Homosexuales*. Estaba atestada de ellos y despreciaban a los que no eran, pues estos los despreciaban a ellos. Yo no tenía tal sentimiento, pero me fue imposible siquiera emitir palabra para explicarlo y menos aún en mi *espanglish* inentendible y escasísimo. Tuve que huir, correr desesperadamente porque se me empezaron a venir en turbas con palos y cadenas. ¡Qué cagaso tenía, pensé que me la iban a dar feo! Pero zafé, de pedo, pero zafé. Corrí tan rápido y durante tanto tiempo que creo llegué a sumar lo no corrido de todo un año entero. El corazón se me salía por la boca y me sentí tan sólo y lejos, que no pude más que llorar contenidamente pero con rabia.

Al otro día más calmado entendí lo que me había pasado. Es como que se estaban cobrando lo que por años les han hecho a ellos. Los tipos han sido bastardeados durante cientos de años y expulsados y matados sólo por ser diferentes. En esa Avenida, se reunían y en grupos se defendían de quienes los han convertido en víctimas, tratándolos de enfermos y haciendo de ellos con total naturalidad una limpieza social, matándolos sin más. Los escuadrones de la muerte o cualquier energúmeno con disfraz policial

o traje de civil que limpiaba a estos parias , sin dar demasiadas explicaciones con la sencillísima y burda explicación: *“son cosas de bichas”.* Igual a como suelen hacerlo con los indios o los negros: “son cosas de indios” o “son cosas de negros” y con eso se da el caso por cerrado, como suele decir Galeano.

En Paysandú por aquellos años estas cosas no se vivían. Muerte, drogas, discriminación no estaban en nuestro diario vivir y la verdad es que al enfrentarte con ellas te golpeaban muy fuerte. Encima se sumaban a un montón de situaciones diarias, de trabajos de descarte, trato diferencial de baja calidad, tristeza y recordar uno y cada día a tu familia tan lejana, terminaban por cerrar un circuito que nunca debió empezar.

Al año me llegó el momento. Ese que esperás por un lado y por el otro no querés que llegue. El momento que te cae la ficha del todo y te das cuenta que la vida no es vida. Que los recuerdos ya no son. Que tenés la real sensación que vas a enloquecer, que el corazón va explotar, que no tenés más lágrimas, que las noches son extremadamente largas, locamente frías y solitarias, que caminás sin rumbo en un mundo desconocido, que nada tiene sentido ,que si no tenés *con quien y para quien* al lado tuyo, el mundo está de culo. Y me volví, con los huevos en la mano, pero me volví. ¿A qué?, ¿a hacer qué?, ¿con qué proyecto?, ¿con cuánta plata? No sé, no sé. Sólo quería llegar, pisar mi pequeño pedazo de tierra y abrazar por horas y horas a mis hijos y a mi mujer. Quería recuperar el tiempo tirado, regalado vaya a saber bien a quien.

Los disfruté por escasos seis meses y los dólares que había alcanzado a ahorrar durante todo ese maldito año, se me iban rápidamente. Veía que nuevamente estaba en el mismo lugar de un año atrás. Con escasos recursos y totalmente en bolas respecto a mi futuro laboral. La vista se me empezó a nublar nuevamente. No salía ni un puto trabajo por pequeño que fuera, como para volver a empezar. La flecha apuntaba al sur. La única oportunidad que vimos sería posible nos ayudara era la capital del país. Montevideo, tan cerca y tan lejos a la vez. Tan igual y tan distinto a mi Paysandú.

Al menos sería en todo caso, más fácil la comunicación y el desplazamiento que el primer manotazo que había dado.

Me imaginé llegando con una mano atrás y otra adelante. Con miedo, desconfianza. Iba a la selva armado con un escarbadientes.

Aunque a pesar de todo, ahí tenía varios amigos de la vida y bancarios, me dije, como dándome ánimo. Lo pensé…Mil veces lo pensé. Mi cabeza daba vueltas y vueltas y al final la brújula siempre apuntaba para el mismo lado. En pocos meses había agotado todas las posibilidades de contactos laborales en mi ciudad. Me levanté rigurosamente todos los días de ese maldito tiempo con un esfuerzo sobrehumano y recorrí cada rincón posible nuevamente. Me disfracé cada uno de los días con traje, y me tomé el trabajo de pintar mi triste y agotada cara para que fuera la de aquél *petiso inteligente y simpaticón*, que había finalizado la escuela primaria, pero no alcanzaba…Mi currículum era bueno, mis referencias también, pero me daba cuenta que el gris aparecía día a día y sin pausa cada vez más obscuro en mí vida. Tenía frente a mí una muralla, tan alta y extensa como la muralla china. Los comerciantes y empresarios me recibían bien pero me miraban mal. Lo podía percibir, mi piel en cada entrevista sentía el dolor punzante del abandono. Mis “amigos”, más lejos aún estaban. Cuando llamaba por teléfono para pedirles una entrevista, se hacían negar con la secretaria de turno. Empecé a ser “*Guillermo el boludo”*, el que tenía un brutal trabajo y futuro en el banco y se las dio de comerciante. *Y encima pensó que si se iba a Estados Unidos se iba a llenar de guita. Que se haría la América*. Empecé a sentir una comezón dolorosa en todo mi cuerpo y cada vez más, mi cara interior se desarmaba en mil pedazos y mi corazón no resistía tanto golpe, tanto dolor. Se me subió la presión, tuvo algunos ataques de pánico y la cuesta se hizo cada vez más pesada hasta terminar en unas arritmias que realmente me asustaron y pusieron en alerta a toda mi familia.

Fue allí donde tomé la decisión. Me voy a la capital.

-¿A hacer qué, me preguntaron?

-No sé, a ver si consigo algo de aire. Esta ciudad me asfixia cada día más y la solución no llega.

–A intentar conseguir trabajo, de lo que sea. Pero acá no aguantó más, siento que todo el mundo me señala, me acusa como si fuera un delincuente y lo disfruta, lo que es peor.

-Necesito que ustedes que son lo que más quiero en el mundo se queden, les dije a mi pequeña familia. Fui y hablé con mi madre y mi hermana, que triste pero rápidamente entendieron la situación. Papá hacía años que había fallecido. Apenas alcanzó a disfrutar y verme realizado como bancario. A todos ellos que eran mi verdadero motivo de vida les pedí 60 días. Les prometí que si en ese tiempo no conseguía trabajo o algún proyecto seguro, me volvería y ahí volveríamos a proyectar nuestro-por ahora- negro futuro.

Capítulo 9

**El ingreso**

Como creo que ya lo mencioné antes, la larga vida de bancario fue lo mejor que me pasó en mi vida, laboralmente hablando. Teníamos un grupo hermoso de mujeres y varones que nos entendíamos a las mil maravillas. El Gerente y el Contador eran tipo piolas que te marcaban el trabajo, pero te dejaban hacerlo con mucha libertad. Las cenas en la casa del Gerente eran sagradas, una vez por mes y realmente la disfrutábamos a pleno. Muchas de las veces íbamos con nuestras novias como invitadas.

El Contador hacía en sus ratos libres, teatro. Tenía una vena artística que la manejaba muy bien. Era muy inteligente y siempre supo llevar adelante la sucursal con alegría y buen humor.

Lo que aprendía en sus clases le sobraba para armar en cada reunión algún sketch con la participación de la mayoría de nosotros, con buenos y distendidos resultados.

La cena siempre era de primera y la pagaba el banco. Los brasileros que conformaban la mayoría del directorio entendían que esas reuniones enriquecían los vínculos entre nosotros. Y efectivamente así era, pues nadie ha dejado de recordar aquellos momentos tan agradables que solíamos disfrutar.

Y en las charlas de whiskies de 12 años surgían las anécdotas de nuestros jefes en su etapa de empleados. Sobre todo las del Contador, que con su gracia innata sumada a su pulida escenografía teatral, la mayoría de las veces terminábamos pidiendo que nos diera un aliento pues la comida nos caía mal de tanto reírnos.

El Contador había sido empleado del Banco República durante largos años y cuando se le presentó la oportunidad dio concurso para entrar en nuestro banco con categoría superior y mucho mejor sueldo. Esa oportunidad fue en el inicio de la institución como entidad financiera que se venía a instalar a la ciudad. Era un banco con mentalidad moderna, que entendía que el personal debía ser mixto, pues ello conllevaba a una mejor interrelación entre el personal.

Al momento del ingreso hubo que dar un concurso psicotécnico. Cuatro psicólogas que bajaron de Montevideo fueron las encargadas de evaluar a 350 aspirantes. Aprobamos sólo 5, tres varones y 2 mujeres. Y para Gerente y Contador de 20 que se presentaron para rendir en cada cargo, sólo uno de cada uno salió victorioso. En ninguno de los casos, empleados y cargos gerenciales, hubo duda alguna en la resolución final.

Las profesionales exprimieron nuestros cerebros durante dos días, aproximadamente dos horas cada día con test de rapidez mental, imaginación, lógica y entrevistas. Fue la única vez que di un examen de estas características, tan completo y complejo a la vez, para ingresar en un trabajo.

El segundo día, con el último examen que nos dieron salí realmente extenuado. Sentía la sensación que me habían robado el alma y la mente. Me sentí muy cansado, sin fuerzas. Mejor dicho, totalmente agotado. Aunque a poco más de unas horas, más precisamente al otro día por la mañana, recibimos la buena noticia de nuestra aprobación.

A la semana siguiente nos enviaron a todos por el término de cinco días a realizar las prácticas a la ciudad de Montevideo, a la Casa Central del Banco. Los puestos a ocupar de cajero, adscripto a gerencia, cuentas corrientes, cajas de ahorro, préstamos, contabilidad ya habían sido determinados por los estudios y los resultados logrados por las psicólogas.

La Casa Central del banco quedaba en plena Ciudad Vieja, la que durante esa semana logramos recorrerla de *“pe a pa”*. Durante mi preparación me re encontré con un viejo amigo Pedro Pinto, excelente nadador del club Neptuno que conocí en una de sus tantas visitas como deportista, al viejo Club de mi ciudad. Me enseñó con mucha dedicación todos los secretos de lo que me habían designado aprender como adscripto a gerencia o informante como también se le llamaba a ese puesto.

Los que habíamos ido a practicar éramos los de la sucursal Paysandú y sucursal Salto. A mí me tocó como compañera de entrenamiento una salteña de ojos verdes que era increíblemente hermosa. Toda ella destilaba una sensación de mil amores que me volvieron loco durante toda la semana. Íbamos a todos lados juntos y disfrutábamos de largas charlas, a tal punto que en más de una ocasión nos despegábamos de nuestros compañeros y disfrutábamos de tomar unos Martinis completos que te servían en los viejos bares de Montevideo, con múltiples platitos, que de pura casualidad entraban en la mesa.

Pero volviendo al Contador, al whisky 12 años y sus cuentos, que en estos salteños ojos verdes y la alegría que significó ganar el concurso me he perdido,- como les conté-, era un tipo con muchísimo carisma. Y atentos todos, solíamos escucharlo, cuando nos hacía cuentos de su vida en el República. Imagínense, banco estatal, alguna que otra broma se harían ¿no?

Nos contaba que un día le cambiaron a un cajero un vale (comprobante de crédito que así se llamaban en aquella época) por otro. El República trabajaba mucho con gente de campo que normalmente había que llamarla más de una vez por su falta de costumbre al movimiento bancario. El cajero empezó a llamar al titular por apellido y nombre primero y luego por nombre y apellido por el alto parlante. El vale canjeado decía: Quito Zoilo. Y el cajero repetía una y otra vez Quito Zoilo…Zoilo Quito, hasta que en un momento dado para el llamado y se da vuelta. Todos los compañeros habían parado de trabajar porque no aguantaban más la risa.

Cuenta en otra, que había un compañero que era un loco de esos bastante rompe pelotas. Le gustaba hacer bromas y generalmente pesadas a los demás. Algunos se la bancaban bien, pero a otros les caía demasiado grueso y pesado.

Como en todas las situaciones cuando una de las partes se excede, las cosas terminan mal. El tipo salía a buscar la comida todos los días a la misma hora y volvía puntualmente 30 minutos más tarde, ni un minuto más, ni un minuto menos. Lo controlaron durante días y era exacto. El tipo tenía por costumbre cuando regresaba de comer, dar dos timbrazos y esconderse, o soplarle el ojo por la mirilla a quien la abría, o mil boludeces más que se le ocurrían, con tal de romperle las bolas a alguno de sus compañeros. Se la tenían jurada, lógico. Y lo esperaron, lo esperaron, lo esperaron…Hasta que un día el Gerente sale a comer a su casa que quedaba al lado del banco. El momento justo para evitarse una sanción. Lo esperaron con toda la rabia acumulada de tanta joda pesada aguantada con los dientes apretados. Dos timbrazos a los 30 minutos exactos y el que abre la mirilla le pega en la cara un gargajo contenido de flor y truco. Se escuchan las puteadas del otro lado y un gran grupo de este lado festeja a más no poder. Golpea la puerta con fuerza y enojadísimo, lo aguantan un poco, insiste con más fuerza y finalmente le abren… Era el Gerente el que había recibido en plena cara el regalito. Ese día el tipo se había demorado. El Gerente estaba verde de la calentura, quería echarlo a la mierda al portero por cometer semejante barbaridad y suspender a un grupo de unos diez que estaban agazapados tras la puerta. No le podían hacer entender que no era él el destinatario de lo ocurrido. Hasta que lograron calmarlo explicándole porqué habían planeado minuciosamente aquello. Finalmente el suspendido por una semana terminó siendo el tipo, quien sin entender mucho lo que pasaba, metió violín en bolsa y se dejó de joder para siempre. Nunca más hizo bromas ni livianas ni pesadas a nadie más.

Otro de sus cuentos que recuerdo, fue cuando le prepararon una jodita a un “*informante”* del Banco Paysandú. El *“informante”* tenía la tarea de ir banco por banco a recabar informes de las personas que el Gerente le solicitaba, a los efectos de armar una carpeta de antecedentes que se solía completar con informes solicitados a profesionales, comerciantes y empresarios. Era lo que en algunos bancos le llamaban *“adjunto a gerencia”.* Su trabajo era un tanto aislado de los demás compañeros, prácticamente trabajaba en forma exclusiva para el Gerente. Y por supuesto como en todos lados, y en todas las actividades, había *“informantes”* e *“informantes”. Este precisamente era de los pesaditos, quejosos, de los que siempre tienen algún problema y si no lo tienen lo inventan.* Por supuesto que el tipo por su pelotuda forma de ser, pedía a gritosque le cayeran con “*los dos pies juntos”.* Siempre llegaba y se sentaba en el mismo sillón y empezaba su canturreo que terminaba inflándole las pelotas a todo elmundo*.* El República era de los bancos más completos en informes y por ende el que te llevaba más tiempo recabarlos, justamente por eso tenían destinado un sillón para los informantes. Y los muchachos del República le prepararon pacientemente el asiento del sillón con alfileres y luego para disimularlo, le pusieron un almohadón fino arriba. Se lo dejaron servidito y en bandeja. Pero el diablo metió la cola, en forma imprevista llega de visita el *Gerente General de Sucursales*, un hombretón grande, algo gordo, de muy buen carácter y cansado como venía se larga de una al sillón. Sólo se oyó decir: - ¡no muchachos, así no, no muchachos!, ¿qué hacen?

Y se retiró al baño con el culo lleno de gotitas de sangre que traspasaban el fino pantalón del traje. Era muy bueno, demasiado bueno el Gerente General de Sucursales pues no levantó cargos a ninguno de los bromistas, sólo les recomendó que bajaran la intensidad de las bromas.

Capítulo 10

**Desembarco en “*Monte - Video”***

Llegué a Montevideo con un pequeño bolso con tres mudas de ropa. Lo suficiente para tener que forzarme aún más en la proyección de mi camino. Viajé con el traje puesto, las corbatas y tres camisas blancas mangas largas, las acomodé junto con la ropa diaria de fajina, cuidando no se arrugaran. Durante los 380 kilómetros que separan una ciudad de otra me lloré todo. En Trinidad, mitad del trayecto donde se usa bajar a tomar un café, un refresco o comer algo, directamente no bajé. Fui el único que no bajó. El ómnibus de repente se me hizo tan grande, tan lúgubre, tan solitario que por momentos en los escasos minutos que estuvo detenido, creí que iba a enloquecer. Mi mente no se detenía, elucubraba mil y una situaciones diferentes que se me plantearían al presentarme ante diferentes empresarios, todas sin final feliz, todas negras, todas negativas. Y yo cada vez más empequeñecido, cada vez más culpable por haber cometido semejante burrada y dejar a toda mi familia al descubierto y en la calle. No me lo perdonaba. Me auto flagelaba una y otra vez. Hasta que el guarda cortó en seco mis locos pensamientos anunciando que habíamos llegado a la terminal de Montevideo. Desesperado miraba por la ventana tratando de ubicar algún conocido rostro. Había arreglado me fuera a esperar un viejo compañero del banco que trabajaba en Casa Central , con el que habíamos hecho -en tantos años-, una buena amistad.

Al verlo, el alma me volvió al cuerpo y fue como ver a un ser de luz cuando lo vi con el termo bajo el brazo. Octavio, -que así se llamaba este amigo bancario- conocía todo mi derrotero, pues yo en mi desesperación le había contado con lujo de detalles absolutamente todo. Me dio un fuerte abrazo, de esos que lo sientes sincero y sentido y me dijo: - Guille nos vamos a ir caminando hasta el alojamiento de AEBU (Asociación Empleados Bancarios del Uruguay),tomando unos mates, tranquilos, para que puedas relajarte de un viaje ,que me lo imagino tenso y cargado de emociones. ¿No te parece?

-Sí, Octavio me parece bien. Me hará bien caminar,-mates por medio- *con un ex compañero de banco* con quien siempre he tenido tan buena relación, e hice una pequeña mueca similar a una sonrisa, pues fue todo lo que más pude gesticular en aquel duro momento.

Octavio habló más que yo, por supuesto. Era muy agradable, de esos que respetan los silencios adecuadamente. Así que el trayecto se me hice liviano y hasta ameno. Tenía la posibilidad de quedarme en el alojamiento sólo por un mes, pues con toda lógica, la renovación de quienes ocupábamos el lugar favorecía también a otros compañeros necesitados o en desgracia.

De ahí que luego de descansar esa noche a medio ojo, me levanté temprano al otro día y empecé a recorrer anotaciones de posibles lugares que necesitaran algún empleado. Contactos que me había llevado de Paysandú y que bien me terminé limpiando el culo con ellos. El mes se me paso en un abrir y cerrar de ojos y cuando quise acordar estuve metido de cabeza en una pocilga. Una pensión de mala muerte en calle Uruguay que era espantosa. Tan lúgubre, horrible y triste que de sólo mirarla hasta las paredes lloraban por mí. Pero era todo lo que mis escasos recursos me permitían. Y seguí, seguí metiendo pata por esas callecitas de Montevideo, hasta que a la semana y media del segundo mes, me meto en un gran Supermercado en cuya puerta decía claramente: *“se necesita empleado administrativo, inútil sin referencias”*

Por supuesto que mis referencias eran todas de Paysandú, pero la desesperación era tanta que me metí igual. Ya estaba acostumbrado a que me echaran “*flit”*, uno más no agrandaría la cosa.

Pido para hablar con el gerente y el empleado algo sorprendido me dice: - “acá gerente no tenemos, pero la oficina del dueño queda subiendo las escaleras, pase y golpee la puerta antes de entrar”

Subí, pesándome cada peldaño, como si en mis hombros pequeños llevara cargado dos fardos de harina de 25 kilos.

Golpeo y de adentro, con voz ronca de cigarrillo negro me gritan en un tono no muy amable: -“pasá y cerrá”

Entro y cuando me enfrento al dueño me sale un fuerte: - ¡Cabeza!

-Guillermo, querido…, y se levanta como catapultado de la silla giratoria tapizada en cuero rojo fuerte. ¿Pero qué te trae por estos lugares después de tantos años sin vernos? ¿Cómo me ubicaste? y mil preguntas más que mi mente, tan embarullada, las borró casi automáticamente.

Por unos instantes, no me salía palabra, estaba atragantado, emocionado, vi de pronto como si el futuro por única vez en tanto tiempo me sonreiría…, y en algunas cosas no me equivoqué.

-Ando buscando trabajo Cabeza, ando buscando trabajo, y al pasar por el frente de tu negocio vi el cartel y me animé a entrar a preguntar. No sabía que era tuyo, no tenía ni idea. Hace tanto tiempo que no nos vemos. ¿Parece mentira no? Tantos años de amistad y tantos años sin vernos. Ni sabía que estabas en Montevideo. Te imaginé más lejos. Yo que sé, por decirte algo, en realidad creía que te habías ido del país.

- No hermano querido, ya lo ves. *“El Cabeza apostó al Paisito”*. Y la voy llevando bastante bien. Tuve mis dificultades al comienzo, no te lo voy a negar, me escraché varias veces contra la pared, pero al fin se me empezaron a enderezar las cosas.

-Pero loco querido, ¡no lo puedo creer!... ¿y el banco? ¿Qué pasó? Hasta donde supe de tu vida estabas en el banco.

*-*No Cabeza, eso ya fue. Pasó mucha agua debajo del puente después del banco…

-¡¿Qué cagada te mandaste?! ¿Te echaron esos hijos de puta?

-No Cabeza, nada que ver. Y ahí le conté paso por paso mi derrotero. Cada tanto éramos interrumpidos por algún empleado y los despachaba rápido para seguir atento a mi relato. En un momento me dice: -Guille, perdoname no te ofrecí ni mate siquiera, ¿querés que nos tomemos unos amargos?

-Bueno, si a vos te parece bien, pero estás trabajando y no quisiera interrumpirte, más que nada-muy ansioso le iba a decir-en este momento…

Y no me dejó terminar la frase.

-Pero Guille, ¿el trabajo te preocupa? Por supuesto que es tuyo, ni hablar, ni perder tiempo en el tema. Después arreglamos las formalidades. Ahora tomemos unos mates y me seguís contando y ahí nomás abrió la puerta y pegó un fuerte grito hacia abajo: - no estoy para nadie, ¡pa ra na die!,ta?

-Ah y tirá a la mierda el cartel de pedido de empleado administrativo. ¡Ya lo tengo y este juega en primera! Y se rió fuertemente.

Por primera vez en la vida me sentía cómodo en Montevideo. Justo me vengo a encontrar con un amigo de mi infancia que la vida se había encargado de separarnos sin siquiera pedirnos permiso.

El Cabeza, el capo del yo-yo. Por un momento mi mente hizo una regresión a aquella época de la infancia y me parecía verlo al cabezón dar cátedra con el yo-yo, todos transpirados de tanto correr y de tanta felicidad junta, parados frente a él, mirándolo como extasiados.

-Guille… eh, Guille, te me fuiste, jua jua jua. ¿Adónde andaba tu cabezota?

-Volví al pasado, amigo, por un momento volví al pasado. Recordé aquellas tardes de largos juegos de la barra del barrio. ¡Qué hermosos recuerdos! ¿Te acordás de “el Colorau” y su culo para jugar a las bolitas y de “Brutus” cuando caía con la pelota de trapo para jugar a la pelota envenenada? ¡Manso animal era! Te pegaba una y te dejaba medio bobo, jua jua jua jua.¡Qué bueno fue encontrarte Cabeza, que bueno, volver a verte y poder recordar juntos aquellos buenos momentos!...

Capítulo 11

**La zaranda imprevista**

De los trescientos cincuenta que se presentaron al concurso, los siete que aprobamos incluyendo el Gerente y el Jefe-Contador, fuimos destinados a Montevideo a prepararnos para el ingreso que sería recién a los quince días, cuando el Banco fuera entregado por los constructores y arquitectos responsables exactamente un viernes a las 9 de la mañana como estaba previsto. Lo risueño era que mientras nosotros íbamos llegando al Banco, los albañiles iban saliendo con sus últimos utensilios y pintura en mano, recomendándonos que no nos apoyáramos en las paredes porque aún estaban frescas. Y era cierto porque el olor a pintura invadía todo el local. Es que los constructores y responsables de la obra tenían un contrato firmado con el banco que para ese viernes a las 9 de la mañana el banco tenía que ser entregado para ser inaugurado a la noche, caso contrario comenzaba a correr una multa importantísima en dólares, por los daños que el atraso le causaba a la institución. Dando por descontado que así sería, los responsables del Banco, para la noche ya habían contratado con la mejor confitería del lugar, un buffet para empresarios, comerciantes y profesionales de Paysandú al que nosotros también debíamos concurrir de riguroso traje y hacer las veces de anfitriones. Allí recuerdo que por primera vez probé caviar, whisky 15 años y otras exquisiteces que dejaron sus olores y sabores en mi memoria pero no sus nombres. No podía creer semejante despliegue. Fue una fiesta de lujo y excelente coordinación en cada momento que se iba desarrollando. Todos nosotros que éramos unos botijas de 18-19 años estábamos cómo les puedo decir…desconcertados. Sí, totalmente desconcertados. Pero no por ello dejamos de disfrutar a pleno ese momento. Éramos conscientes de ser los anfitriones de una de las fiestas más relevantes de nuestra sociedad, por el servicio ofrecido y por el más alto nivel empresarial y comercial de la ciudad, que se había hecho presente.

El lunes arrancamos de una, con todo nuevo y un cagaso de aquellos. Todos excepto el Gerente y el Jefe, teníamos terror de cometer errores, en una tarea totalmente nueva para nosotros, con muchos números y en aquellos años,-sobretodo, muy burocrática. Pero por suerte, entre las prácticas realizadas en Casa Central, las enseñanzas de los superiores y la amabilidad de los clientes que iban cayendo poco a poco a interesarse por los servicios que ofrecía la institución, las cosas se fueron desarrollando con total normalidad.

Recién después del cierre recibimos la noticia. Nos reunieron a todos en el salón comedor y nos contaron de la última valla que debíamos sortear.

Nosotros abrimos los ojos como el as de oro, nos miramos y mantuvimos la respiración con cara de no entender nada de nada. Es que hasta el momento nadie había siquiera insinuado algo al respecto.

En esta oportunidad habló sólo en Gerente y nos dijo con voz pausada y tratando de bajar los niveles de tensión que se notaban por demás en nuestras jóvenes caras.

-Muchachos, ustedes han hecho un excelente examen y por eso hoy están acá trabajando en este prestigioso banco, pero… y ahí casi nos caímos todos de culo.

-Pero qué Gerente, le dijo un apresurado Mariano. ¡No nos asuste por favor, que veníamos tan bien!

-Pero aún falta la aprobación de las psicólogas de Brasil, un grupo de tres que son quienes dan el veredicto final de todos los exámenes.

-¿Cómo?, dijimos en coro y con cara de calentura y sorpresa. Todos juntos y con un gusto agrio en nuestras bocas, largábamos rayos y centellas a través de nuestras miradas.

-Por qué no nos dijeron de entrada, -dijo una de las chicas-, que esto podía suceder. ¿Y si las psicólogas brasileras no aprueban nuestros exámenes?

-Y lamentablemente quedan afuera, agregó el Gerente.

-Esto es una barbaridad, dijo uno de los compañeros, están lisa y llanamente desmereciendo el trabajo de sus colegas uruguayas. ¡Qué locura! ¡No se puede creer semejante forma de encarar las cosas!

Y uno y otro, éramos quejas, rabia, indignación, que se notaba al hablar todos juntos y con la energía de un tsunami.

-Esperemos chicos, esperemos, agregó el Jefe, que hasta el momento no había hablado. No nos apresuremos. Generalmente no pasa nada y queda todo igual.

Pasaron los días y los comentarios entre nosotros corrían de un lado al otro con el nerviosismo lógico de quien ha logrado una meta importante y se la pueden derrumbar en un santiamén.

Más o menos, si mi memoria no me falla, a los veinte días, llegó la noticia.

En Paysandú quedaban todos, nadie se iba. Pero en Salto uno de los chicos fue despedido. No pasó la zaranda de las psicólogas brasileras.

¡Qué calentura teníamos!

Imagínense los compañeros salteños como estaban. Eran unos leones. Pero lamentablemente de ahí no pasó. Era esa la decisión y listo. *Esa galleta dura sí que la tuvimos que tragar y sin nada de agua.*

Por un momento alguno de nosotros aún en su corta edad pensó, somos un número, no somos personas para estos hijos de puta. Y no le erró nada, por supuesto…

Capítulo 12

**El Cabeza**

Al otro día nomás entré a trabajar con el Cabeza en el Supermercado cuyo nombre era *“El Paysa”*, en referencia directa a su querido y recordado Paysandú. El movimiento del negocio era interesante, se notaba clientes en constante rotación y se podía apreciar también una fidelidad en la mayoría de ellos, por su retorno constante, la mayoría en más de una ocasión en la semana.

Asumí mi puesto con mucha alegría y confianza, porque realmente me sentía que estaba en lo que sabía hacer y bien. El Cabeza, también mostraba una satisfacción poco corriente en él, según después me enteré por los empleados más viejos. No eran muchos, sólo diez cubrían con rapidez y excelencia los pedidos, la reposición en góndola, la atención de la carnicería, la fiambrería, la frutería, la panadería y las tres cajas más un botija que era de toda ayuda. Tanto barría el depósito, como cargaba cajas o hacía algún mandado. De los bancos se encargaba directamente el Cabeza igual que de las compras.

Comencé por distribuirle los viajantes con espacios suficientes entre unos y otros, de manera que no se “*envueltara”* tanto con su trabajo y además le mejoré el sistema de compras. Estas pequeñas modificaciones mejoraron *al toque* su atormentada vida de comerciante, porque no lo apuraban los tiempos, por un lado, y por otro, con un sencillo sistemita de Excel que le hice ni bien entré, podía tener un stock mínimo y un stock máximo del depósito, que si bien no era perfecto ni 100% exacto, le daba una idea mucho más cercana a la realidad. “*Ese ni bien entré”,* no piensen que fue al otro día, porque primero me tuve que poner en onda del sistema operativo, formas de compra, de pago que se llevaba en el Supermercado, crear un sistema de remitos internos del movimiento de entradas y salidas del depósito, numerados en forma correlativa, que debían llegar a mi todos los días al cierre. El primer fin de semana le sugerí al Cabeza, sin darle muchas opciones ni tiempo para pensar, que sábado , domingo y el lunes que era justo feriado, trabajaríamos todos a full para chequear el Stock de la mercadería existente. Meneó la cabeza, porque sabía lo que le costaría en sueldos el personal en días feriados, pero entendió que para organizarse realmente, no quedaba otra.

Con los remitos de compra y/o facturas debidamente controlados por el encargado del depósito, y las cajas bien llevadas, yo podía cerrar el circuito. Fabriqué planillas de cajas donde quedaba asentado las diferentes formas de pago de las ventas: contado, cheques, tarjetas, cuentas corrientes. Y poco a poco fui educando a los empleados en controles de diferentes tipos. Por ejemplo a los cajeros, cuando recibían cheques que no excedieran determinado tiempo la fecha de pago, que estuvieran endosados por el cliente, que estuvieran bien confeccionados, y otras yerbas, propias de este tipo de negocio. Mandé a hacer remitos con pagarés (compromisos legales de pago) al pie, para el que quería cuenta corriente de alguna manera se comprometiera a pagarla en tiempo y forma *(sobre todo empresas que autorizaban a sus empleados a realizar compras importantes para su personal)*. Compré biblioratos, los numeré:

1. facturas ingresadas para contador; 2- cajas diarias; 3- controladores fiscales;4-comprobantes de pagos a proveedores organizados por abecedario y por fecha;5-bancos;6-Tarjetas;7-cuentas corrientes;8-cartas enviadas;9-cartas recibidas;10-informes semanales y mensuales:11-archivo de pagarés y así fui haciendo a medida que iban apareciendo cosas que ordenar.

El Cabeza estaba extasiado. Debido a estos pocos arreglos, empezamos a vender mucho más, la cantidad y variedad de los productos ofrecidos empezó a ser mayor, los clientes aumentaron, así como el caudal de proveedores y aun así él disponía de más tiempo, podía organizar mejor sus compras, lograr mejores precios, mejores plazos y había bajado notablemente el estrés que cargaba a cuestas con un trabajo unitario imposible de sobrellevar en ciertos niveles de crecimiento y competencia. Yo tomé a mano firme la organización de los pagos y era quien discutía y peleaba los últimos retoques en los plazos logrados anteriormente.

A todo esto, el Cabeza, a los pocos días de ingresar, me preguntó dónde vivía, y dónde estaba mi familia.

Le conté con lujos de detalles e inmediatamente salió a buscar un apartamento para alquilarme y que pudiera traerme a todos los míos conmigo.

-El alquiler corre por mi cuenta, me dijo con firmeza.

No lo discutí, más en mi precaria situación económica.

A la semana, estaba llamando a mi mujer para que se vinieran. ¡No lo podían creer! Yo les había mencionado únicamente que había conseguido trabajo, no quería crear falsas expectativas.

Las condiciones salariales las arreglamos prácticamente enseguida y era por demás interesante, incluso, además del salario, me participó con un pequeño porcentaje en las ventas. Fijamos vacaciones para que fueran coincidentes con las de mi mujer, quien rápidamente había pedido traslado *(algo que ya lo tenía hablado, por eso salió rápidamente).*

La familia se encontró nuevamente unida, esta vez, en la capital del país. Una nueva vida se presentaba en nuestro futuro. Los chicos estaban felices. Para ellos todo era novedad. Para nosotros también, pero mi mujer y yo cargábamos sobre nuestras espaldas el puto desarraigo. Cosa que a muchos no los afecta. A nosotros por el contrario, nos costó muchísimo afianzarnos en una ciudad que reúne la mitad de la población de nuestro país.

De donde veníamos, no alcanzábamos a ser un 8 % del total de habitantes de la gran urbe. Las costumbres son totalmente diferentes, en Montevideo se vive a mil por hora, las distancias son mucho más largas, la gente es indiferente a tus movimientos y sentires. Los olores ni recuerdo tienen en la gran urbe. Pero era esto o nada. “Y esto”, no era tan malo después de todo. No estábamos tan lejos de nuestros afectos y encima en nuestro propio país a escasos 380 kilómetros de distancia.

Así que cerramos los ojos y le metimos pata, rumbo a una nueva vida.

Los chicos se hicieron *prontos amigos* en la escuela. A nosotros nos costó bastante más, hacernos de nuevos conocidos con quienes compartir alguna salida, algún deporte, alguna caminata, alguna cena, algunos mates, alguna *descontracturada* *charla*…

Capítulo 13

**El Presidente**

Recién cuando nos queríamos reponer de tanta amargura, nos avisan desde Montevideo que el lunes 15 recibiríamos la visita del Presidente del Banco. Venía a supervisar personalmente las condiciones edilicias y el personal de la casa Central y las sucursales recientemente inauguradas en el Uruguay. La orden que recibimos fue muy precisa: los varones de traje y las chicas de vestido acorde a tal recibimiento.

El Presidente era un brasileño cara de culo, de escasa estatura, mulato y semi pelado que caminaba como todo petiso en punta de pie, como para sobresalir a la petisez que de herencia paterna había recibido. Diez alcahuetes de impecables trajes, camisas blancas y corbatas al tono lo acompañaban, tomaban nota de todo lo que el gran jefe *Alorsit* decía. Se paró en la puerta, lo recuerdo como si lo estuviera viendo en este preciso momento, al costado y atrás, toda su comitiva de imbéciles serviles y lentamente movió su cabezota de lechuzón de un lado para otro muy despacio, como filmando todo con sus grandes ojos negros y recién después dio su primer paso para entrar a la sucursal. Nos saludó uno por uno mientras en un brasilero cerrado le dictaba a quien luego supimos era su asistente personal. No más de veinte minutos duró su visita y la calma volvió a nuestras pequeñas almas. Respiramos hondo, nos miramos y nos sentimos un poco como invadidos en nuestra persona. Pero la juventud todo aguanta y todo lo pasa a un segundo plano con asombrosa rapidez, y al rato continuamos con nuestro trabajo como si nada hubiera pasado. Sólo quedaron las anécdotas y vaya si quedaron.

Una semana más tarde nos enteramos que el tipo tenía memoria fotográfica

Y que recordaba con exactitud cada sucursal de las más de mil que existían en el mundo. También nos enteramos que como toda persona que goza del poder absoluto, se daba el lujo de hacer lo que quería. Por ejemplo en una de las sucursales de Montevideo recién inaugurada, el joven que estaba en su puesto de cajero, fue automáticamente despedido. Había aprobado como todos nosotros exitosamente el examen de ingreso tanto por parte de las psicólogas uruguayas como brasileras, pero don *Alorsit*, dijo simplemente: “a ese no lo quiero ni un minuto más dentro de mi banco”. Nadie supo el porqué. Nunca dio explicación alguna. Era lo que se podría decir un enano fachista con suficiente dinero y poder y bien sabía, que podía hacer lo que se le cantaba, sólo por pura satisfacción de su maldito ego.

Pero en realidad y a pesar de estos inconvenientes, propios de las grandes empresas multinacionales, el empleo de bancario era bueno. Mejor aún, era excelente, bien pago y los integrantes de ese pequeño grupo éramos muy unidos. Un ambiente de trabajo muy llevadero y normalmente sin sobresaltos.

Claro que había excepciones, ¿no?

Y esta fue una de ellas. El telex,-un aparato grande que permitía las comunicaciones directas con Montevideo vía telefónica-empezó a mandar comunicaciones, una tras otras. Cosa que no era usual. Salvo en horas de los envíos del cierre diario.

-¿A qué hora salió de Paysandú el “remesero”?

-¿Lo acompañó el Gerente hasta el aeropuerto?

-¿Fueron con custodia?

-¿Se lo notaba nervioso?

-¿El avión que tomó, hace el recorrido directo?

Sólo preguntas desde Montevideo y respuestas cortas y precisas fueron solicitadas, como únicas respuestas de la sucursal Paysandú.

Ningún comentario. Parecía una investigación al más alto nivel del *ESMACO*.

Nosotros éramos muy jóvenes, pero no boludos, nos dimos cuenta enseguida que algo extraño estaba sucediendo.

Al rato, no pasando más de 15 minutos, otra vez el télex empezó a hablar solo,

pregunta tras pregunta y esta vez eran más precisas, requiriendo datos más ajustados en tiempo y espacio y aunque no quisieran, dejaban a todas luces entrever que concretamente había un problema con el *remesero*.

Al rato por fin surgió la pregunta concreta que todos estábamos esperando largaran de una vez por todas.

-¿El remesero Pedro Fernández Ríos ya salió de Paysandú? Y otra vez todas las preguntas ya hechas o imaginadas que harían, pero en esta oportunidad refiriéndose directamente a la situación del mencionado empleado, dando debida cuenta que no había llegado a destino con la remesa con la que saliera desde Paysandú.

Nuestro Gerente se puso al télex y comenzó una ida y vuelta hasta que volvió el silencio del intenso traqueteo de la máquina. Todos nosotros, incluyendo el Jefe, lo rodeábamos expectantes.

 Pedro Fernández Ríos, no había llegado a Casa Central con la remesa. Nadie entendía cómo había evadido el coche con los dos policías de custodia que lo esperaban en el aeropuerto para trasladarlo al Banco.

El remesero, había trabajado en un anterior banco, que fuera absorbido por el actual, por más de 30 años. Su conducta y trayectoria eran intachables. Pero…, se había fugado con todo el dinero de la remesa esta vez. Y a pesar que el Uruguay es un país chico, no se conocía ni la forma, ni el paradero del ahora transformado en un simple y sencillo prófugo.

Imagínense la revolución que este acontecimiento provocó en el banco, y más aún cuando recibimos la orden concreta de que el tema no saliera de la sucursal. El banco no quería publicidad que lo perjudicara o que dejara un hilo de sospecha acerca de su seguridad, así que los altos directivos de Casa Central, que tenían contacto directo con el gobierno de turno,-que eran los milicos-, hablaron con el *ESMACO* (Estado Mayor Conjunto) para que manejaran el tema en forma directa.

El Gerente y el Jefe de nuestra sucursal durmieron en la comisaría. Fueron detenidos bajo sospecha momentánea hasta que se aclarara el asunto “Fernández Ríos”. Recuerdo que nosotros le llevábamos comida a la comisaría donde estaban detenidos y consolábamos a sus esposas. Nosotros, unos botijas de apenas 19 años, abrimos la sucursal al día siguiente. A uno de nosotros el Jefe le dio las llaves de ingreso más las del Tesoro y a otro el Gerente le dio la combinación. Por todo ese día el banco fue manejado impecablemente por cinco gurises. Abrimos caja, atendimos todas las operaciones con total normalidad, hicimos clearing y el cierre del balance diario con su correspondiente informe vía télex a Montevideo, en forma totalmente correcta. Al otro día llegó un alto directivo a hacerse cargo de la situación, nos agradeció nuestro compromiso, nuestro silencio y sobre todo nuestra forma tan madura de sobrellevar esta difícil situación por la que pasaba el banco en general. El Gerente y el Jefe seguían detenidos y sus mujeres desesperadas no entendiendo el porqué de tal situación.

Recién al otro día, el boludo de Fernández Ríos fue encontrado en un burdel de mala muerte de la ciudad de Salto.

El gran bulto que transportaba, le jugó una mala pasada.

Los remeseros, desconocíamos lo que transportábamos, pues el paquete iba cerrado y lacrado, para ser abierto en el lugar de destino. Normalmente conocíamos (digo conocíamos, porque a mí me tocó varias veces hacer de remesero desde Paysandú a Salto o desde Paysandú a Montevideo) que los montos que trasportábamos oscilaban entre u$s 100.000.- a un máximo de u$s 300.000.-

Eso nos enterábamos recién al llegar a destino, cuando lo transportado era abierto y contado delante nuestro.

La remesa de Fernández Ríos era muy abultada y daba toda la sensación de llevar un monto varias veces mayor al acostumbrado. Pero justo en esta precisa ocasión el destino le jugó en contra al montevideano. La remesa era grande sí, pero transportaba muchos billetes de baja denominación y deteriorados, que se enviaban para derivarlos al Banco Central del Uruguay (donde se dan de baja y se queman).El Banco Central por supuesto repone en igual importe a lo recibido, con billetes nuevos.

Se descubrió que el remesero se había bajado en el aeropuerto y enseguida había tomado un avión con otro destino dentro del país con la idea de fugarse a Brasil donde no había extradición, pero para evitar escándalos de difusión de la prensa, Fernández Ríos, no fue detenido, nada salió en las noticias y sólo perdió su trabajo de intachable recorrido bancario de más de 30 años, por haberse robado unos pocos pesos que sólo le sirvieron para salir de putas y comprarse un reloj nuevo.

El Gerente y el Jefe fueron dejados en libertad, algo barbudos, pero sonrientes y con excusas preparadas de importantes cursos realizados en Montevideo por especialistas brasileros.

Por suerte, todo salió bien y se volvió a la normalidad de los diarios quehaceres bancarios.

Eso sí, les cobramos una cena a ambos, por haberles consolado a sus familias y haber cuidado la sucursal, entregársela intacta y sin haberla prendido fuego siquiera.

Capítulo 14

**Indecisiones**

Igualmente nos iniciamos con todas las fuerzas que aún nos quedaban a mi mujer y a mí en este nuevo camino que la vida nos había insertado tan así de pronto. Si se me ocurría cerrar los ojos, parecía que era ayer nomás cuando las cosas iban bien, estábamos en nuestra casa de Paysandú, los niños con sus amigos sanduceros, nosotros con los nuestros y *“meta vivir”* una vida tranquila, apacible, sin sobresaltos, buen trabajo, un pasar normal de clase media, pero muy, muy felices.

Por supuesto que ahora estábamos agradecidísimos al Cabeza, que nos haya permitido insertarnos nuevamente en la *“rueda de la vida normal”*, pero que se nos hacía difícil digerirlo y que extrañábamos, extrañábamos, de eso no tengan ninguna duda.

Nos fuimos acomodando poco a poco con algunas idas y vueltas y algunas asperezas de pareja empezaron a aparecer a pesar de las ganas que le poníamos a todo lo que se iba presentando diariamente.

Pude comprarme un autito, no muy nuevo, pero en buen estado y de buen andar, lo que me permitía llevar a mis hijos a pasear los domingos por esos lugares tan hermosos que tiene Montevideo. El Parque Rodó fue fija por algún tiempo hasta que luego íbamos cambiando de espacios verdes o los llevábamos a la rambla, donde se metían hasta los pelos en la arena, se revolcaban, ensuciaban y mojaban, la mayoría de las veces muy a pesar nuestro.

Pero yo en realidad, íntimamente, me sentía feliz de poder darles esa vida de libertad, de aire fresco, de gaviotas cantando en vuelo rasante a orillas del mar.

Algo diferente a lo que yo había vivido de chico, pero no menos hermoso y lleno de ricas vivencias.

Hasta llegué a ahorrar algunos pesos, que puse en plazo fijo en un banco conocido por cualquier eventualidad. Me había vuelto un poco diferente a mi acostumbrada forma de vivir al día. Quise prevenir que si me pasaba cualquier cosa podía mantener a mi familia por algún tiempo. Había empezado a tener nuevamente confianza en mis decisiones.

Siempre recuerdo las palabras de mi viejo. Puta madre digo, recién ahora que soy un boludo lo tengo tan, tan presente. Y me digo cuánta razón tenía. Solía decirme: “*mijo, los amigos, son como los jueces, han nacido pa’ fallar”.*

Y mirá que yo le decía de veces: *-no viejo, no es tan así, tal vez vos lo decís por tus experiencias personales.*

Y él como quien no quiere la cosa, me insistía y agregaba*:* “*los dedos de una mano te sobran cuando contás los amigos de verdad, ya lo vas a ver, lamentablemente…”*

Y así fue que el viejo se me empezó a aparecer en las noches. Algo que no cuajaba del todo en mi vida nuevamente. Algo pasaba rápidamente delante de mí y no me daba cuenta qué era. Me resultaba imposible registrar esa quinta pata del gato. Y eso me volvía loco. Me costó muchas noches sin dormir, me desvelaba pensando qué podría ser y porqué se presentaba en sueños mi padre diciéndome una y otra vez lo mismo. Y no caía…

En la familia las cosas marchaban normalmente, en el Supermercado nos iba extraordinariamente bien. En unos ocho meses habíamos aumentado notablemente las ventas. Tuvimos que tomar un ayudante administrativo, porque llegó el momento que no me daban las manos, ni la cabeza para abarcar todo lo que significaban nuevas formas de competencia. Las relaciones familiares y laborales eran muy buenas. Mis hijos estaban contentos, parecía que siempre habían nacido en Montevideo, tenían amigos en todos lados, en el colegio, en el club y de la vida.

Pero algo en mi loca cabezota no me dejaba dormir tranquilo y lo peor de todo es que no lograba percibir lo que era.

Así pasaron meses y mi mujer se empezó a preocupar por mi aspecto algo desmejorado y con un nerviosismo que no era usual en mí. Sólo me había visto de esta manera allá en el pasado, en Paysandú cuando estuvimos tan mal económicamente y con destino incierto. Así que decidió tomar el toro por las astas y me encaró una noche ya entrada en horas de sueño y me despertó de una, largándome una pregunta más que directa: -¿qué pasa contigo Guille?

-¿Qué pasa qué, Sara? ¿Por qué me preguntás esto? Yo semi dormido y con los ojos a medio despegar.

-Pasa que no sos el mismo. Algo gira en tu cabeza desde hace meses, te dás vuelta en la cama a la noche, hablás dormido, mejor dicho balbuceas cosas inentendibles, pegás unos saltos en la cama que no sólo me despiertan sino que al mirarte quedo en un temblor porque estás todo sudado y con la cara desencajada. Hasta ahora no quise decirte nada porque sabía todo lo que has sufrido en estos años, pero hoy he tomado la decisión de enfrentar la situación sea cual fuera el resultado.

- ¿Qué te está pasando? ¿Tenés una doble vida? ¿Andás con otra?

-¡No, no, nada de eso Sara, nada de eso, por Dios!

-¡Pero algo raro pasa por tu cabeza que no te deja en paz, eso no me lo podés negar!

-Sí, le dije, ya sentado en la cama con la cabeza levemente inclinada hacia abajo y los ojos abiertos y grandes como dos huevos fritos, algo me pasa, tenés razón, pero no sé qué es. Eso es lo que me tiene mal. Esta vez no sé de donde viene mi enemigo, pero lo percibo, lo sueño en nebulosa y me atormenta. Todas estas noches he estado soñando con papá, alertándome sobre los amigos y esas cosas que siempre te cuento él me decía. ¡Pero no logro saber qué puta me pasa ahora, realmente Sara, no sé qué puta me pasa!

Y entre sollozos y lágrimas la abracé fuerte y lloré, sólo recuerdo que lloré mucho y eso me calmo esa noche, logró exorcizarme y permitirme por primera vez en meses dormir profundamente. Tan profundamente que al otro día, llegué dos horas tarde al trabajo.

Cuando el Cabeza me vio llegar, se largó hacia mí y me dijo: Guille querido, pensé que estabas enfermo. No quise llamar temprano para no molestar.

-¿Te pasó algo?

-No, Cabeza, sólo tuve una mala noche, eso es todo.

-¿Querés irte? Mirá que no hay problema, yo me arreglo. Es fin de mes, hoy la mano viene tranqui.

-Gracias amigo, gracias. Me quedo, me hace bien trabajar, mi mente se mantiene ocupada. ¿Puede ser?

-Sí, Guille por supuesto. Hacé lo que te parezca mejor. Tenés total libertad de decisión.

Capítulo 15

**“*Carros tumberos” sólo para uruguayos***

Resultó ser que la cena finalmente la pagó el banco. Estaban muy agradecidos cómo habíamos manejado la situación y el premio fue una cena para todos y en el mejor restaurante de Paysandú, que en aquellos momentos era “El Águila”.

Imagínense a botijas de escasos 19 años disfrutando de una cena de lujo en un restaurante donde por supuesto todo era prohibitivo para nosotros. Estábamos como “perro con dos colas”.

Entre plato y plato la charla que de por sí era muy amena, empezó a derivar en algunas dudas que se nos habían planteado durante el caso del robo Fernández Ríos. A todos nos extrañó mucho que los directivos viajaran en dos o tres oportunidades de Montevideo a Paysandú en auto y no en avión. Sobre todo cuando el tiempo era fundamental, no había que perder tiempo y sí por el contrario, tomar decisiones rápidas para que el círculo quedara cerrado y sin fisuras que perjudicaran la imagen de fortaleza y seguridad que el banco había logrado instalar en poco tiempo en todo el Uruguay.

El Gerente sabía perfectamente el porqué de este curioso hecho. Y en charlas de whisky y vino sumadas a lo largo de la cena, en un descuido lo dijo, medio les podría decir sin avisar “agua va”.

Y todos, incluyendo el Jefe quedamos boquiabiertos. Los brasileños no viajaban en avión porque les tenían terror, no a los aviones, sino específicamente a estos aviones que hacían el recorrido Paysandú - Montevideo, Montevideo-Paysandú. Estos aviones eran de uso y habían sido comprados por el gobierno uruguayo a Brasil y la fama que tenían en *“el país grande”* era muy mala. No sólo por su inquieto y galopante vuelo, sino de algunos descensos forzosos que en algunas oportunidades habían terminado en lamentos de vida.

Los directivos tenían seguro de vida. Viajaban en grandes autos importados, a pesar que la ruta 3 por aquellas épocas era un mar de pozos y curvas en L que requerían de expertas manos para la conducción en alta velocidad. Los choferes eran bien pagos y lo suficientemente buenos, para asegurarles un viaje dentro de los recovecos inesperados del paisaje, lo más placentero posible a los “top ten”, cabecillas del sistema para todo el Uruguay.

Nos miramos, nos reímos…, no con muchas ganas, no lo crean. En esas mierdas con alas que había comprado nuestro gobierno vaya a saber bajo qué negociado oculto y zurcidor de bolsillos rotos y con el viejo de sistema de coimas verdes, en esas mierdas precisamente, viajábamos nosotros con suma frecuencia haciendo la misma tarea, que había realizado el ex compañero

Fernández Ríos. Jóvenes e inexperientes, todos sin excepción pensábamos que nos consideraban en una categoría especial, por viajar en aquellos aviones parecidos más a “*carros tumberos”* que a lo que demostraban ser. Por el contrario, se aprovechaban de nuestra ignorancia y juventud logrando una operación más rápida, que lógicamente dejaba grandes ganancias al banco en más de una ocasión.

Un día de mucho calor, de un crudo verano, muy temprano a la mañana, comenzamos a llegar a la sucursal. En las calles de aquél Paysandú, sólo se veían cientos de túnicas de grandes moñas camino a las escuelas y liceos desperezándose en sus últimos días de clase. Varios canillitas que gritaban fuerte la noticia perturbadora sobre la muerte de un joven futbolista de primera, oriundo de Paysandú, que había logrado el protagonismo de la primera página del diario El Telégrafo, todavía en un rebelde blanco y negro, completaban el cuadro con los primeros comerciantes que habrían sus dormidas puertas, empujando el despertar de las actividades de *“La Heroica”*.

La persona parada de impecable traje de alpaca, con maletín en mano, justo frente al banco, no pudo más que llamarnos la atención a cada uno de nosotros. Era por lo menos extraño, un tipo vestido de esa manera, a esa hora de la mañana.

Cuando Gerente y Jefe abrieron las puertas y el banco intentó comenzar con su rutinaria vida, “*el hombre alpaca”* ingresó rápidamente, antes que cualquier posible cliente, dirigiéndose directamente al Gerente, tarjeta en mano, dejando su maletín en el piso y extendiendo la otra en señal de saludo. El Gerente lo saludó amablemente con media sonrisa y su vista se levantó buscando nuestras miradas, como queriéndonos adelantar lo que se nos venía. Todas nuestras miradas se encontraron con la del Gerente en forma rápida y con gran disimulo. Percibimos que bueno no era, lo que estaba sucediendo. Eso sí, no sabíamos qué tan malo era.

-El señor Carlos Ditullio, es inspector del banco, dijo un apagado Gerente. Por favor agregó, y se dirigió a los cajeros, antes de abrir sus cajas, estas serán controladas por el señor inspector.

Éramos dos cajeros, y el primero que abría la caja era yo. Así que fui el primero en caer en las redes del depredador. Pero por suerte, todo salió bien y me autorizó a realizar la apertura de caja. Ya se habían amontonado siete clientes. Les pedí disculpas, les mencioné en voz baja la que acontecía y todos entendieron sin problemas el motivo de la demora.

Mariano, que fue el siguiente cajero inspeccionado, tampoco tuvo problemas. Se le notó enseguida en su juguetona cara, porque al darse vuelta hacia mí, me hizo una y mil morisquetas.

Después siguió la caja central, llamada *“el Tesoro”* que era responsabilidad absoluta del Jefe y los resultados fueron totalmente positivos.

Y así siguió “el hombre Alpaca”, durante una semana, con una característica a la que no estábamos acostumbrados a trabajar. Era seco, serio por demás, jamás dentro del banco esbozaba una sonrisa y hasta me atrevo a decirles que era indeseablemente asqueroso. Siempre peinado a la gomina, de impecable traje y zapatos negros que parecían espejos de tanto que brillaban.

Tuvimos una semana de mierda, más que nada porque nuestra manera de trabajar era totalmente distendida. En cuanto a errores de funcionamiento, siempre encuentran algo, pero lo encontrado fue totalmente irrelevante y nada que no se pudiera corregir con buena voluntad. Por ejemplo recuerdo que a Mariano le corrigió la rúbrica, que de hecho era muy, muy simple y fácil de falsificar. Pobre amigo estuvo varias semanas practicando para reformarla porque cada vez que la iba a hacer le salía la vieja y las puteadas golpeaban en la pared de la sucursal.

-Petiso de mierda, mirá lo que me vino a corregir. Me cuesta un huevo reformarla. Ha sido la rúbrica de toda mi vida, ¡carajo!, repetía una y otra vez un Mariano muy caliente.

Pero al final pudo, y transformó la vieja en nueva, y ya la nueva no fue tan fácil copiársela. Finalmente, tenía razón “el hombre alpaca”.

Capítulo 16

**El rompecabezas**

Ese día y los siguientes fueron buenos. Calmos en cuanto a sentimientos o sensaciones de mis tormentos, aunque locos en cuanto a laburo. El Supermercado trabajaba bien, los repartos estaban bien aceitados y las compras “in situ” eran buenas. Los números y estadísticas eran reconfortantes para todos en general-pues teníamos asegurado el trabajo en épocas de gran inestabilidad en el país-, y en particular para el Cabeza, que se lo veía contento y más eufórico que de costumbre.

Los meses fueron pasando en forma aceleradísima, en total ya hacía más de dos años que trabajábamos juntos e increíblemente *“esa palabra”* era la que tanto bullía en mi cabeza y no lograba desenredarla.

*Eufórico*. Sí, esa era la palabra justa. Precisamente el Cabeza andaba *eufórico*, sobre todo cuando se arrimaban los días viernes. Euforia que lo fue arrastrando poco a poco a una inestabilidad emocional que comenzó a resultar peligrosa. No sabíamos muy bien cómo tratarlo sin que se enojara y diera fuertes portazos, yéndose del lugar a puteada limpia contra nosotros, el país, los clientes, el banco con el que trabajábamos…La lista era interminable en forma proporcional al elevado tono de voz, enojos y puteadas.

Y a partir de lo que me había sucedido, mis constantes sueños, mis malos *dormires*, mi llegada tarde, fue donde empecé a deshojar la margarita, hoja por hoja, sentado en un sólido banco de plaza, una tarde de gris sábado, cuando mis hijos disfrutaban de un cumpleaños y su madre con ellos. Aproveché y me fui caminando, mate bajo el brazo varias cuadras por 18, hasta llegar a la que yo llamo “Plaza Artigas”, (como imponiéndome no olvidar nunca *“mi”* plaza Artigas de Paysandú) y me senté justo frente a la Casa de Gobierno.

Y mi mente empezó a volar de un lado a otro. Fui armando un pequeño rompecabezas que iba cerrando su circuito. ¡Y no lo podía creer!

¿Cómo había sido tan boludo de no darme cuenta *“de una”*? Me justifiqué diciéndome: *tanto barro he tenido que pisar, que es hasta normal que algunas cosas mi mente las niegue o las pase por alto*. *Es como un método de autodefensa que ha armado en todos estos años. La armadura perfecta. La protección adecuada para evitar quilombos.*

Igualmente a un tipo de números, entrenado a mirar hasta lo más insignificante en este rubro, no se le podía haber escapado.

Lo raro es que ninguno de los muchachos jamás me comentara nada de nada.

Bueno…, en realidad yo pasaba todo el día metido de cabeza entre papeles y cuando cruzábamos palabras era para buscar o entregar alguna información.

En las comidas mensuales que se solían organizar en la *churrasquera* del fondo del depósito, generalmente yo llegaba ya empezado el truco y de ahí en adelante era todo joda, chupi y joda. Cuando llegaba la hora de comer el asado ya estábamos todos “lindos” y más vale que a ninguno se le pasaba por la cabeza, nada más que vino, cerveza o whisky y cómo ganarle más veces al truco a los otros, para después durante los días restantes y hasta la próxima cena de fin de mes, convertirlos en los “*hijos de él”*.

También por un momento pensé en Sara, que nunca me había comentado nada. Ella lo conocía muy bien al Cabeza y en varias oportunidades me pasó a buscar por el negocio o simplemente pasó a levantar o llevarme alguna cosa.

El Cabeza era de origen pobre o de “*media caña”* como yo y en relativamente poco tiempo,-justo a partir del momento que yo entrara-, la escalada en su forma de vivir y en el “*codeo social”* había sido muy importante. Cuando salía se ponía siempre ropa de marca de impecable gusto, fumaba cigarrillos importados, tomaba sólo Whisky 18 años y usaba un Mercedes de última generación.

Para trabajar usaba un Toyota nuevo color cremita o una 4 x 4 blanca también marca Toyota adquiridos ambos de cero kilómetro.

Empecé a juntar información en mi cabeza y la cosa se ponía cada vez más densa y nebulosa. Para cada día de la semana tenía un reloj diferente todos de marca y ostentaba una gruesa cadena con un crucifijo que hacía juego con la pulsera que se ponía en su mano derecha, ambas de oro de más alto kilate. Dejando el mate y el termo a mi lado en el banco de la plaza, me puse ambas manos en mi cara, acercándola hacia mis rodillas y caí. Caí fuertemente como desde un gran precipicio. Y mi cabeza se dio “*con todo”* contra las rocas del interminable abismo mental.

Su ascenso a partir de mi llegada era lógico. Luego de ponerme en “onda” de los movimientos del negocio, me fue largando piola y él pudo empezar a dedicarse a otras actividades que ante mis preguntas ingenuas las respuestas eran aún más ingenuas. El Cabeza no pasaba, ni rendía cuentas, ni mezcló nunca sus otras actividades con las del Supermercado. Este negocio era totalmente limpio, se pagaban todos los sueldos en blanco, los impuestos se llevaban al día y como les conté antes, era una actividad por demás floreciente. Los números cerraban para que llevara una holgada vida de soltero.

Pero lógicamente, no de lujo. No de tantísimo lujo. De ninguna manera.

Yo lo sabía y por ahí le tiraba algunas bromas que mi amigo las contestaba yéndose por la tangente.

Me decía que con otro amigo vendían autos, motos, casas y como el otro era contador metían algo de importaciones y exportaciones que les dejaba una buena diferencia.

-Y vos Guille viste como soy yo, - me decía- , soltero y prolijo en mis gastos, por eso puedo darme algunos gustos extras que parecen ostentosos, pero en realidad no son más que fierros. Si vos fueras soltero, seguro que te darías otros gustos diferentes a los que te das ahora. Vos tenés que repartir por cinco, no te olvides.

-Bueno loco, pero las amistades y lugares donde te movés, le decía desde mi más absoluta inocencia, son gente de mucho dinero y no suelen tomar “Espinillar” ni Whisky “Old Times”…

-No te creas Guille, son más agarrados que nosotros y tampoco son tan de la *“high society”* me decía en un inglés durísimo y pronunciando la palabra casi como se escribe. Son comerciantes o profesionales, pero tan laburadores como nosotros, con algunos ingresitos más…

Y yo me la creía. El Cabeza era mi amigo de toda la vida. Fue quien me extendió una mano cuando todos los demás me la escondieron. Mis preguntas o inquietudes quedaban rápidamente satisfechas.

Hasta ahora, hasta ahora…

De repente mi mirada empezó a tener otra perspectiva. Empezó a detenerse en detalles que antes los pasaba por alto y no les daba bola.

Y descubrí lo que nunca hubiera querido descubrir. Me putié mil veces por imbécil, me maldije por mi incredulidad y mi imbecilidad. Yo era un hombre hecho y derecho, no podía seguir siendo tan tarado y que los dobles me los hicieran por tablero.

Pero hoy a la distancia creo que más me putié por haber empezado a descubrir la obscuridad. Lejos estaba de llegar a vivirla plenamente como me sucedería más adelante en mis *69 noches y 70 días* *de absoluto infierno*, pero empezaba a descubrirla…

Capítulo17

**Griselda**

El banco, ese lugar que nunca tendría que haber abandonado y tal vez las cosas se hubieran quedado por más tiempo en su lugar. Vaya uno a saber. Aunque pensándolo bien, el destino tiene mil caminos debidamente marcados para cada persona. Nunca se sabe cómo sigue en pocas horas, en días, en meses, en años ni adonde terminarás. No hay en el planeta persona que tenga el futuro asegurado, por más que lo desee y piense que efectivamente lo tiene. El futuro es una ruleta que nunca para donde vos deseas. Es como un niño caprichoso que te lleva corriendo de la mano de uno a otro lado con la velocidad del asombro.

Pero claro las cosas que han pasado en tu vida quedan registradas como pequeñas células, unas al ladito de otras y cada tanto pasan de la obscuridad que parecía eterna, a la luz, y en ese momento son cuando los recuerdos se tocan ,se huelen, se disfrutan en un presente interminablemente rico y sustancioso.

Recuerdo que el Gerente, cansado de tantas llamadas telefónicas de parte de clientes que solicitaban sus saldos de cuentas corrientes, una tarde llegó, nos reunió un rato antes del comienzo y cortó toda información de estas características en forma telefónica.

Los clientes se habían mal acostumbrado a lo que, en principio intentó ser un servicio amable, rápido y corto en los primeros15 minutos antes de abrir el banco al público. Este servicio había sido creado por el mismo Gerente, quien conocía mucho del marketing de la vida bancaria. Pero el abuso termina por agotar y gastar lo que en principio fue creado para mejorar. Habían empezado a realizar llamadas a cualquier hora y se extendían haciéndonos perder concentración y tiempo.

Y como lanzado por una catapulta ni bien terminó la reunión, Mariano, me llamó aparte. Imaginé que algo se traía entre manos. Y tal cual.

Me dice: -Guille esto está hermoso para hacerla caer a Griselda.

-No Mariano a Griselda no que es demasiado buena.

-Pero bueno che, tampoco es tan grave lo que te voy a proponer, es solo una broma para reírnos todos juntos después.

Y con muy poco, me convenció.

Curtiello era uno de los clientes más importantes del banco y excelente persona, así que decidimos que yo me haría pasar por él. Recordemos que el banco tenía dos líneas telefónicas.

Llamé por una de ellas a Mariano sin que Griselda nos viera, y este me devolvió la llamada diciendo con voz fuerte como para que Griselda escuchara: - Guille es para vos de parte de Curtiello quiere el saldo de la cuenta. Yo le dije que no se podía y se me enojó, atendelo vos que te conoce más que a mí.

Griselda trabajaba en ese momento como adscripta a Gerencia y resolvía sola o en situaciones extremas, consultando al Gerente cualquier tipo de inquietudes de los clientes.

La llamé por el interno a Griselda y le dije que Curtiello echaba putas por la nueva medida.

-Pasámelo –me dice.

Y yo, cambiando la voz, tapando el tubo con un pañuelo-haciéndome pasar por Curtiello, le decía a mi supuesto secretario: ¿qué se creen en ese banco de mierda y echaba todo al carajo, con tono de malevo enojado y hablando rápido.

-Holaaa, habla Griselda, -dice una suave y amable voz-, cómo le va Curtiello, ¿qué anda necesitando?

-¿Cómo qué ando necesitando?, ¿cómo que ando necesitando? Lo que necesito urgente es el saldo de mi cuenta corriente y hace como 15 minutos me tienen colgado a este teléfono de mierda. ¿Qué se creen?, ¿que tengo toda la tarde para hablar con ustedes?

-¡Pasame con el Gerente!, ya mismo le cierro todas las cuentas a ese pedazo de un boludo de mierda.

-Lo que pasa señor Curtiello es que hemos recibido la orden desde Montevideo,-justificaba Griselda, tratando de mantenerse lo más tranquila que podía-, que no se puede dar más información por teléfono.

-¡Qué mierda me importan las órdenes de Montevideo. Yo soy el primer cliente del banco de la sucursal de Paysandú, no de Montevideo. Los montevideanos que se vayan bien a cagar. ¡Pasame con el Gerente te digo!, ¿o sos sorda vos?

Curtiello era un cliente de suaves modales, comprensible, siempre amable, sonriente y de pronto se había transformado en intransigente y grosero ante cualquier tipo de comentario que le quería hacer nuestra compañera.

Tanto fue el cántaro a la fuente, que Griselda venía y me pedía el saldo, yo no se lo daba argumentando la orden recibida, volvía al teléfono, y así tres veces, hasta que no aguantó más y en un solo temblor lo llamó al Gerente.

Cuando el Gerente se puso al teléfono le dije sobre la broma y le salió fuerte y de adentro:- ¡pero qué par de boludos que son ustedes dos!, miren cómo está la pobre gurisa, en un solo temblor y al borde del llanto. ¡Qué cosa con ustedes y sus bromas!

Griselda nos quería matar, pero en lugar de largarse a llorar, empezó a reírse a más no poder repitiendo: - a mí me resultaba extraño que un cliente como Curtiello dijera semejante palabrotas y se enojara tanto. Y estuvo rato riéndose de la broma. Nosotros pensamos que después de todo, debió haber sido por los nervios que pasó.

Tanto Mariano como yo le pedimos mil disculpas y le dijimos sinceramente: - es que estaba tan lindo y justito para una bromita que no nos resistimos, viste?

Nos miró seria y fijó sus ojos a los nuestros, y se largó a reír nuevamente, nos dio un beso y un gran abrazo:-los perdono, claro que los perdono, si los quiero tanto que no me puedo enojar con ustedes dos manga de vagos, pero que no se vuelva a repetir eh!, juajuajua y se fue riendo a lavarse la cara, que lucía hacia varios minutos, colorada como tomate.

Capítulo18

***Un Sherlock Holmes* casero**

Demasiado claro. El Cabeza andaba metido en algo por lo menos raro.

Y en otra de mis locuras los viernes lo empecé a seguir. Mi mujer se calentaba conmigo que llegaba siempre más tarde que de costumbre justo ese día. Ella sospechaba que visitaba a otra mujer y yo no me animaba a decirle la verdad.

Nuestra relación se empezó a hacer más tensa. Y mientras tanto, yo empecé a descubrir la doble vida de mi amigo.

Me costó caro, muy caro. Demasiado para lo que pensé sería otro el final.

No sé, creo que no lo pensé mucho. No medí las consecuencias como hubiera correspondido hacerlo.

Me enteré que el Cabeza andaba metido en la droga. Sus amigos, no eran de la alta sociedad, eran cabecillas importantes en la distribución de la cocaína.

De allí eran los autos caros, las fiestas y todo el super lujo y ostentación. Cuando la plata se hace fácil, también se gasta fácil.

Ese sub mundo que uno ve en las películas, también existía en mi pequeño país. La mafia de la droga estaba instalada en Uruguay. Estúpidamente me transformé en una especie de *Sherlock Holmes* casero que terminó llevándome a la ruina, peligrando a perder la vida en algunos momentos.

Cuando le empecé a contar a mi mujer con lujo de detalle todos mis recorridos nocturnos en día de viernes, pensé que la tranquilizaría. Que sabría por fin que no había ninguna otra mujer en mi vida, sino una investigación sobre las actividades extrañas de mi amigo fui dolorosamente incomprendido.

Me dijo fría y secamente:-basta Guille, basta para mí y nuestros hijos. Me voy, no aguanto más estas montañas rusas en tu vida.

-¿Pero qué estás diciendo mujer?, no comprendo. Te juro que no te comprendo.

-Es que desde que nos conocimos, nuestras vidas han estado envueltas en una locura detrás de la otra. Avances al vacío que sólo nos han provocado tristeza y dolor. Y ahora esto. Esto es aún más grave. ¿No te das cuenta Guille que te has acercado a la mafia? ¿No has pensado ni siquiera por un momento que con esta gente no se juega? ¿¡Y vos te la das de gran investigador!? Finalmente ¿qué puta te importa la vida personal de tu amigo?, ¿en qué te querés transformar?, ¿en superhéroe? ¿Querés ser el justiciero de todos los tiempos? ¿Por qué no te quedaste tranquilo trabajando en el Supermercado que con eso andábamos bien? No, claro el señor tenía que mandarse de cabeza en la olla de agua caliente. ¡Basta Guille!, mañana me voy con los chicos a casa de mis padres y a partir de allí empezaré a reconstruir mi vida y la de ellos con tranquilidad, con normalidad. Esto que parece ser una gota, colmó el vaso. No doy más, no aguanto más las incertidumbres de tu forma de vivir.

Mis ojos se agrandaban, mis pulsaciones se sentían en la garganta, mi corazón parecía iba a estallar, mis manos empezaron a temblar, mi mente se puso en blanco y no recuerdo más nada.

Me contaron que me caí de culo y me di fuerte la cabeza contra la pared.

Desperté en el hospital y el único que estaba al lado mío era el Cabeza.

-¿Qué te pasó amigo?, ¿y tu familia por qué no está con vos cuidándote? Me enteré de pedo por un amigo que tengo dentro del hospital. Él fue quien me llamó y me dijo: -Cabeza tu amigo, el que trabaja con vos en el Supermercado está en terapia intensiva. Me vine a fondo, pero al llegar por suerte ya te habían sacado de ahí.

-Estás muy pálido, ¿podés hablar?

Alcancé a decirle con cierta dificultad que me dolía mucho la cabeza y sobre todo en la parte de la nuca.

-Está bien no hables. Ya charlaremos *largo y tendido*. De todos modos yo me tengo que ir porque el horario de visita se termina justo ahora a las cinco y son las cinco menos un minuto. Demasiado que mi amigo me dejó entrar fuera del horario establecido para los ingresos.

-Mañana vengo a verte, si necesitas algo, te dejé anotado mi *nuevo número de celular* debajo del vaso con agua, en tu mesita de luz. Llamame para lo que necesites y a la hora que sea.

-Chau Cabeza y gracias…

Y se me cerraron los ojos. Caí en un profundo sueño, lleno de imágenes de muerte, obscuros túneles, vi a mis hijos lejos, muy lejos, como que los quería tocar, besar y no podía. Mi mujer se me aparecía una y otra vez mezclada con imágenes de mi viejo diciéndome no sé bien qué cosas. Mi vieja madre no hablaba, sólo me daba pequeños sorbos de agua. Hasta que desperté en un sobresalto y justamente una enfermera me estaba intentando mojar los labios con paños húmedos.

Me habían anestesiado para darme varias puntadas en la cabeza y la anestesia te provoca mucha sed y delirios. Hasta que volví a dormirme, seguramente luego del sedante que me inyectaran. Dormí en las profundidades obscuras de la mente pero esta vez sin sueños que recuerde, hasta el otro día.

Cuando abrí los ojos estaba mi mujer. Ella me había llevado hasta el hospital y me había internado después de semejante golpe y se había retirado a pedido del médico, quien le dijo que era mejor que se fuera a descansar hasta la mañana siguiente.

Su cara tenía grandes ojeras de tanto llorar y no perdonarse todo lo que me había dicho, así nomás *sin decir agua va*.

-¿Y los nenes?, alcancé a balbucear

-Están en casa de mamá. No quise que te vieran así, en este estado.

-Sí, mejor. ¿Están bien?

-Sí Guille, están bien. Ya les dije sobre la decisión que tomé. Les expliqué que era lo mejor para todos. Y que podían verte y estar con vos todo el tiempo que ellos deseen. Pero yo no vuelvo Guille. Lamento decírtelo nuevamente en este momento tan delicado de tu salud.

Cerré mis ojos con fuerza, me maldije una y mil veces y lloré en silencio. Lloré mucho y le pedí por favor que me dejara solo. Que si la necesitaba la llamaría.

Sara, respetó mi decisión y mi soledad y se fue caminando lenta y pesadamente.

Capítulo19

**Tres vales que no valen**

Con Mariano, así como le hacíamos bromas a nuestros compañeros, de igual manera los defendíamos ante cualquier injusta situación. Y precisamente fue a María que le tocó caer en el maltrato masculino, tan de moda hoy en día lamentablemente. Pero en aquellas épocas no era tan común o al menos no había difusión suficiente de ello. Entra al banco el único supermercadista que había en Paysandú por aquellos días. Un tipo de muchísimo dinero e igual ordinariez en el trato. Le decían “sol de frente”, porque nadie lo podía ver. El Gerente era el único que le daba un trato preferencial justamente porque tenía con nuestro banco una cuenta por demás abultada, en cuenta corriente, plazos fijos en pesos, moneda extranjera y créditos. Era lo que se llamaba en la jerga bancaria un cliente DMC (De Mucha Categoría). Todo sus movimientos económicos-financieros, lo hacía únicamente a través de nuestro banco. Pero no dejaba de ser un tipo indeseable, de mal trato y agrandado como “zapato de payaso”. Griselda por aquellos días estaba como cajera Nº1, y realizaba todo tipo de operaciones. Los cajeros en nuestro banco -años donde las computadoras no existían- trabajaban con un sistema llamado “slip” y realizaban todas las operaciones a mano contando como único apoyo con una maquinita Olivetti eléctrica con cinta de papel. El DMC había llevado un combo de operaciones para realizar y justo ese día se había mirado al espejo, pues de entrada nomás lo *“pispeamos”* que traía *una cara de culo* terrible. En una de las tantas operaciones que llevó, Griselda cometió un insignificante error, que no era para nada grave ni que no admitiera inmediata solución pero el tipo se puso como loco y empezó a insultarla.

-Pero decime una cosa nena, porque no prestás un poquito más de atención en lo que hacés, o acaso no sabés con quien estás tratando. Tendrías que estar barriendo la calle no en un banco de esta categoría, y una sarta de disparates más que eran cada vez más groseros y con la voz cada vez más potente, lo propio para hacerse ver con nosotros y con los otros clientes que estaban en el banco.

Suficiente fue para Mariano y para mi ver a Griselda largarse a llorar pidiéndole disculpas a este energúmeno. Nos miramos y ambos pegamos la vuelta al mostrador en un “toque” y alcanzamos a manotearlo, sacudirlo un poco y demostrarle que otra cosa era meterse con los del mismo sexo. Le pegamos una relajada que hasta ahora se debe estar acordando bajo tierra *“el gran estúpido”* y se salvó de que le moviéramos el esqueleto en serio, gracias al Gerente que al darse por enterado de la situación , en un salto nos separó del a partir de ahora un DMC diferente. Bastante más blanco que cuando había entrado, bastante menos altivo y bastante más tembleque. Nosotros estábamos rojos de calentura. Les aseguro amigos, que este pedante se curó en vida para siempre, porque a partir de ese momento, cada vez que entraba al banco saludaba a todos con una sonrisa, que por supuesto quedaba en él, pues ninguno de nosotros se la devolvíamos.

Muy diferente era por cierto un también DMC, que contaba con un conjunto de tiendas diseminadas por todo el país y otros varios pool de negocios. Por el contrario este cliente era un Gentleman. Jamás hacía problema alguno por nada, esperaba su turno como cualquier hijo de vecino y tenía una amabilidad desbordante.

En una oportunidad este cliente tenía que viajar a Montevideo a realizar una importante operación financiera y el banco le otorgaría para tal fin, una considerable suma de dinero que sería volcada directamente a su cuenta.

El cliente pasó por la sección créditos que estaba a cargo de Mariano y dejó dos “vales” firmados *(el vale es una especie de pagaré pero mucho más completo y extenso)* porque quien lo hacía no podía equivocarse en ningún dato que el documento llevara. Siempre en estos casos y demostrando absoluta confianza en el banco y su personal si el cliente debía viajar con urgencia dejaba dos vales firmados, al retornar, si todo había salido bien, se le devolvía la firma del vale no utilizado que hasta entonces permanecía guardado bajo llave.

La cifra era por demás importante, y Mariano sabía bien que debía prestar mucha atención al confeccionarlo ya que el cliente no estaría por varios días en la ciudad y los cheques empezarían a caer en su cuenta corriente.

Hace el primero y de los nervios por tratarse de una situación muy especial, se equivoca. Enseguida me mira, se acerca a mi caja y me lo muestra diciéndome: -mirá qué pedazo de boludo he sido, mirá dónde me equivoqué y de la forma más boluda que existe. Era al comienzo nomás y en la fecha de vencimiento.

-Puta madre me dice, sólo me queda uno y el cliente ya se fue de la ciudad.

-Pero bueno Mariano, no te vas a equivocar de nuevo ¿no? ¡Tenés que ser muy boludo!

-Y sí, claro que soy, no ves dónde me equivoqué. Es una tremenda pelotudez lo que he hecho, “*la puta madre que lo re mil parió”*, volvió a decir totalmente caliente con la situación que por lo visto lo estaba superando. ¿Y si me equivoco otra vez, qué carajo hago me querés decir? El Gerente me echa bien a la mierda y ¡con total razón!

-Dale loco, jamás te has equivocado en un vale, es la primera vez, no vas a ser tan salado de equivocarte dos veces ¿no?

-Eso espero, eso espero… ¡Ni se te ocurra decir nada por favor!

Se vuelve a su escritorio, se concentra bien antes de empezar, es muy consciente que es la última carta que tiene para juagar.

Lo miro y veo que le tiemblan un poco las manos, nada común en él. Por el contrario Mariano era el tipo más seguro para hacer vales. Los hacía super rápido y jamás se equivocaba.

Yo sigo en lo mío pues el movimiento de caja en el banco es constante o casi. Justo ese día habíamos atendido a un *lote* de clientes.

Cuando tengo un segundo libre, me vuelco para mirar a Mariano, levanta la vista y se viene como chifle para mi caja.

-¡Mirá Guille, mirá!

-¿Qué pasa amigo?, ¿no me digas que…?

-Sí puta madre, sí. Me volví a equivocar

Ahora sí se me congeló hasta el culo.

-¿Y ahora loco, que vamos a hacer?

-No sé, no sé. ¡Me van a echar, me van a echar y por boludo me van a echar!

-¡Qué cagada!, ¿ninguno de los dos se pueden arreglar?

-No, ninguno de los dos…Ya sé lo que voy a hacer. Mantenete en el molde.

-¿Qué vas a hacer?, ¿no será lo que me estoy imaginando?, ¿no?

-¡Vos mantenete en el molde!.

Apura su caminar hacia su escritorio y desde la caja veo que algo está haciendo. No me aguanto, cierro por unos segundos la caja y me arrimo a su escritorio.

-Ya está, me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Pero qué hiciste?

-El vale, que voy a hacer.

-¿Cómo?

-Sí, el vale. ¿Está hecho o no?

-Lo miro detenidamente más de dos veces y sí…, el vale estaba hecho perfecto, sin equivocaciones, y con la firma del cliente.

-Puta madre, ¿cómo hiciste? ¡No, no puede ser! Le falsificaste la firma.

-Je je.

-Pero es igual, es exactamente igual. Cómo mierda existe semejante firma exactamente igual a la original.

-La desesperación me llevó. Y lo hice nomás y no me equivoqué en nada esta vez.

-¿Y qué vas a hacer?

-Lo paso a Gerencia y que marche. Cuando vuelva la semana que viene el cliente, le explico lo que me pasó y le devuelvo las dos firmas. Le diré la verdad. Es un buen tipo, lo va a entender. Y le voy a ofrecer hacerlo de vuelta, romper el que hice y dejar el nuevo, sin que se entere nadie.

-¿Tanto te vas a jugar Mariano?

-Y…sí. No me queda otra.

El vale marchó y salió la operación como por un tubo. Nadie dudó nada de nada.

Sólo sabíamos lo que había pasado Mariano y yo.

A la semana cuando vino el cliente, le trajo de regalo un Whisky escocés.

Mariano al toque y antes de agarrarlo le dijo: - tengo que decirte algo muy importante y que me puede costar el puesto, pero no puedo no decírtelo.

-¡Epa!, no me asustes. ¿Qué pasó?

Mariano le explicó todo muy en voz baja y lentamente paso por paso lo sucedido, y sacó de la carpeta el vale con su firma. Con la firma de Mariano.

El cliente lo miró, miró la firma varias veces, lo miró y se empezó a reír.

-Sos un genio, te juro por mis hijos que si no me devolvías las dos firmas como lo has hecho, no te creía. La firma es perfecta, ni yo puedo asegurar que no sea la mía. Dejalo como está para qué vas a complicar las cosas, o ¿preferís hacerlo de vuelta?

-La verdad, no, dijo secamente Mariano. Sufrí mucho por esto te lo juro. Pensaba que vos estarías dando cheques y que yo me había mandado *la tal cagada.*

-Pero déjate de joder hermano, tomate este Whisky a mi salud. Sos un genio y muy buena persona. Si alguna vez te quedás sin trabajo, tenés un puesto seguro en cualquiera de mis empresas. Tu gesto no se debe mirar por lo malo de la falsificación, sino por lo que hiciste para que el negocio que hice saliera todo bien. La verdad, soy yo el que te tengo que agradecer infinitamente.

Y Mariano sonrió, entendió el mensaje. Le dio fuertemente la mano y le agradeció la comprensión que había tenido para con él.

Cuarenta años después, Mariano aún recuerda exactamente ese hecho.

Capítulo 20

**El dolor**

Sin darme demasiada cuenta, me volví a dormir pesadamente. Caí como en un sopor difícil de explicar. Para mí fue una mezcla entre el fuerte golpe que me di, la imprevista decisión de mi mujer y el sólo pensar de cómo iba a encarar el tema con el Cabeza.

Al otro día a media mañana cayó mi amigo a visitarme.

Me trajo el diario y unas revistas.

-Bizcochos no te traje porque supuse no podrías comer. Tampoco preparé mate, me dijo con una gran sonrisa.

-No, todo bien Cabeza, todo bien. Yo no puedo ni moverme. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran pegado una gran paliza. Se nota que el golpe fue fuerte, digo ¿no?

-Y si, supongo debe haber sido un golpazo, por la anestesia que te aplicaron y los puntos que te pusieron. Aunque vos por ese lado no tenés muchos problemas que digamos, siempre fuiste un poco cabeza dura y se largó una larga y contagiosa risotada.

Me reí, con esfuerzo, pero me reí. Es que mi amigo era un tipo especial. De eso no había duda alguna. Mientras él hablaba tratando de entretenerme y hacerme un poco más amena la jornada, yo no dejaba de pensar en mi mujer, en mis hijos y en cómo lo enfrentaría para decirle todo lo que sabía. Porque con toda sinceridad yo al Cabeza lo quería mucho, pero no puedo, es más, no se me pasaba por la mente transformarme en un cómplice oculto por conveniencia. Y sabía que ante tal alternativa, seguro, me quedaba sin laburo.

Pasó la enfermera por mi sala y con esa coraza que se ponen delante de su alma para poder atender todo tipo de casos, me dice: - ¿y?, ¿cómo se siente?, ¿algo parecido a que un camión lo pasó por arriba?

-Y…, sí. En honor a la verdad por lo menos algo muy parecido a eso.

-Es que el golpe que se dio fue muy fuerte. Según nos dijo su señora, se desplomó hacia atrás, a cuerpo muerto. Y eso es jodido. La sacó barata. Diga que fue contra la pared, y que esta lo contuvo en cierta forma. Que si se cae de culo como se cayó y su cabeza se golpea contra algo saliente, puede ser que ni siquiera *“cuente el cuento”.* Bueno, no pensemos en cosas feas, ¡arriba ese ánimo! Le voy a dar un calmante y dentro de un rato le traigo la comida. Charle tranquilo con su amigo.

-Simpática la flaca ¿no?, me dice sonriendo el Cabeza.

-Sí, esta es re macanuda. Siempre de buen humor y buena onda. Pero la que está de tarde, ¡mi Dios qué cara de culo tiene! Ni te saluda cuando entra, te trata bien para la mierda. ¡Es insoportable!

-Bueno viejo, me voy. Perdoná que te corte tu comentario. Ahí te traje algunas revistas y el diario para que cuando tengas ganas leas algo. ¡Cuidate! Mañana vengo, capaz que a la tarde porque de mañana tengo que hacer bancos y como no está *“el capo de las finanzas”*, estoy un poco complicado. Y se rió.

Y yo me sonreí. No me animé en esta oportunidad a decirle nada. Pensé que lo mejor sería mejorarme, estar lúcido y hablar con él en un mano a mano, que seguramente llevaría su tiempo.

-Chau Guille.

-Chau Cabeza.

Capítulo 21

**¿“Me permite que lo tutee”?**

El banco siempre fue para mí el trabajo más importante. Por la tranquilidad con que se desarrollaba todo, por el compañerismo, por permitirme tener ingresos seguros y que me aseguraban una vida sin grandes logros, pero también sin grandes sobresaltos, además de estar cargado de vivencias que no se dieron nunca más en ningún otro trabajo que tuve. El banco fue algo especial, muy especial. Y cada vez que lo recuerdo o hablo de esa época, se me apretujan las anécdotas. Como la vez que el Gerente estaba hablando por teléfono con Casa Central de Montevideo, con el Gerente General de Sucursales.

Al Gerente lo tenían loco con la producción lo llamaban tres cuatro veces a la semana y algunas veces hasta tres veces en el mismo día. En una palabra, lo tenían harto, recontra podrido con las exigencias, siendo que era un tipo responsable en la búsqueda de nuevos clientes y siempre llegaba a los objetivos y muchas de las veces los superaba. Pero el G.G de S. era un tipo denso, insistente, y cargaba el ambiente con una sola llamada telefónica.

Y esta fue una de las veces que el Gerente saltó la valla.

Lo llamaron de Montevideo de parte del G.G. de S. El Gerente en forma inmediata se puso colorado, sus ojos parecían se le salían de su redonda cara y su cuerpo de unos dos metros aproximados pareció en ese momento más monumental. Su traje azul profundo parecía se le estiraba cada vez más en su gran cuerpo. El tipo estaba cansado, agotado de tanta presión que él consideraba innecesaria.

Tomó el teléfono de un seco movimiento y de parado nomás se preparó para la gran batalla.

-Hola amigo García, ¿qué dice usted?, ¿cómo está?

-Bien, ¿qué está necesitando?, le contestó seco, el Gerente que se la veía venir.

-Lo llamo para recordarle que pasado mañana es fin de mes y nos falta unos puntitos para poder cerrar con los objetivos pedidos.

-Ya lo sé, estoy trabajando en eso.

-Sí, pero la veo difícil que en tan sólo dos días llegue.

-León, nosotros nos conocemos desde hace veinte años. Trabajamos juntos en el anterior banco, hemos sido buenos compañeros, siempre mantuvimos una cordialidad sana, ¿no?

-Sí, sí, tal cual. No tengo dudas de ello. ¿Pero por qué me lo pregunta García?

-¿Puedo tutearlo entonces?

-Pero por supuesto, hombre, por supuesto.

-Decime entonces: ¿por qué no te vas a la recontra mil puta que te recontra mil parió? Y tiró el teléfono desde los dos metros de altura en búsqueda alocada que se colgara.

Me arrimé, lo colgué y lo miré. Estaba más colorado, furioso, su respiración totalmente agitada, sus grandes manos temblaban.

Atiné a decirle: - ¡pero García, lo van a echar, hombre! Lo van a echar. ¡¿Qué ha hecho?! Era el Gerente suyo, por más calentura que tenga no le puede contestar así.

Y me dijo resoplando: - es que me tiene los huevos al plato Guille, me tiene recontra re mil podrido y si me echan…, que me echen, pero no lo aguanto más. Por esta presión de mierda vos bien sabés tuve hace tres semanas internado por un pre infarto. Este tipo me va a terminar matando.

-Lo entiendo, lo entiendo, por supuesto. Siéntese, le traeré un vaso de agua fresca y tranquilícese por favor, porque si no va a terminar mal en serio.

Cinco minutos y suena el teléfono. Me adelanté a atenderlo. Me dije, acá sí viene el despido.

-Buenas tardes, Banco del Uruguay, Guillermo habla.

-Hola Guillermo, habla León, ¿me pasarías con García por favor?

-Sí, un momento por favor, enseguida se lo paso. Puse la pausa y antes de pasárselo le dije al Gerente, por favor tranquilícese. Ya se sacó las ganas. Espere lo peor. Pero no le retruque, es peor para usted, se va a poner más mal todavía. Escúchelo con la mayor calma posible. Y le pase el interno.

-Hola, habla García, dijo aun temblándole un poco la voz.

-León te habla, te llamo para pedirte disculpas. No debí presionarte tanto. Lo lamento. En serio lo lamento. Hacé de cuenta que no te llamé la anterior vez. Eso sí nos tutearemos de aquí en más. ¿Te parece bien?

-Me parece bien León, me parece bien. Gracias por haberme llamado.

-Nos comunicamos en otro momento por tema trabajo. Todo bien. En serio todo bien. Que termines bien el día.

-Gracias, igualmente. Nos hablamos.

El Gerente cuelga y se empieza a reír. Una risa de satisfacción mezclada con alegría, triunfo y descarga emocional, todo junto. Y me mira. Y yo lo miro.

Y casi al mismo tiempo los dos dijimos lo mismo: ¡Éstos montevideanos! Hay que putearlos un poco y se achican enseguida. Y nos reímos, ahora sí de forma diferente, distendidos, tranquilos y volviendo a nuestras tareas intentando de dejar atrás el mal rato.

Pasaron unos días y después del cierre del balancete de fin de mes, recibimos la visita de un Inspector. Otro. Este venía directo de Brasil de la Casa Matriz.

Un muchacho relativamente joven, de barba, bien vestido, pero sin exageraciones ni en su forma de hablar ni en su forma de vestir. Un tipo que caía bien de entrada nomás. Totalmente diferente al otro.

Cuando empezó a pedir información para hacer los controles de rutina que solían hacer los inspectores siempre lo hizo con buenos modales, con tranquilidad y sin presiones. Hablaba perfecto castellano.

Fue el único inspector al que le hicimos una cena de despedida. Cuando se enteró que la habíamos organizado nosotros, nos pidió por favor que fuera lo más sencillo posible y si era posible, no en un restaurante, sino más bien en un club o algo similar.

Realizamos la cena en el Club Remeros. Decidimos hacer un asado y armar unos trucos ya que la situación se prestaba. Enrique, el inspector, se sintió muy cómodo con nosotros y así lo hizo saber en varias oportunidades.

Antes de empezar a jugar unos trucos, Enrique nos propuso algunos juegos de creatividad e inteligencia aggiornados con algunos de magia. El tipo tenía un carisma especial, realmente. Pasamos largo rato prendidos a su facilidad de manejo de grupos. Más tarde jugamos unos trucos hasta que llegó el momento de comer el asado. Durante la cena se habló de todo. Del banco, de nuestras vidas personales incluida la de Enrique. Y ahí nos enteramos que era soltero, que le gustaba mucho la naturaleza, la vida sencilla y viajar y como sin querer nos largó una confesión a nuestra pregunta de cómo había llegado a ser inspector.

Resultó ser que Enrique, trabajaba en Casa Matriz en Brasil, en oficina vecina al PresidenteAlorsit. Él y dos compañeros más. Él era el jefe. Un puesto importante, ganaba muy bien y dependía exclusivamente del Presidente del banco. En una oportunidadAlorsit lo llamó y le dijo que necesitaba a sus dos compañeros para un trabajo. Enrique nos contó que inmediatamente pensó sería una excelente oportunidad para ellos. Si se los pedía el mismísimo presidente sería para algo importante.

Alorsit, agregó que siempre y cuando no los necesitara, pues el trabajo les llevaría al menos quince días.

-Yo, nos contaba un Enrique,-ahora sin esa luz que había brillado en él durante todo el tiempo que estuvo con nosotros- cometí el gran error de mi vida. Un error que no me lo perdonaré nunca.

-Pero ¿por qué?, preguntamos casi al unísono todos en la mesa.

-Es que yo pensé que si me los pedía el Presidente del banco y encima por quince días, significaría una oportunidad única de ascenso para ellos.

-¿Y no fue así?, preguntó un ansioso Mariano

-No, precisamente fue totalmente al revés. El Presidente, me dijo, que si no los necesitaba por quince días, significaba que no eran necesarios. Así que ahí nomás los despidió.

-¿Cómo?, dijimos todos.

-Sí, inmediatamente los despidió. Imagínense cómo me sentí yo. Mi intención era ayudarlos, que aprovecharan esa oportunidad única, no hacerles semejante daño. Encima los dos compañeros eran casados y con hijos y excelentes personas y trabajadores.

Los ojos de Enrique, se me antojaron brillosos.

-Aguanté unos dos meses en mi puesto y luego me presenté para el cargo de inspector. Rendí examen y lo gané. Así fue que llegué hasta acá.

Todos quedamos callados por un instante, exactamente hasta que Enrique rompiera el hielo con otro de sus trucos de mente.

Al irse Enrique, nuestras tareas volvieron a la normalidad. Vale decir, no estar tan pendiente de los pedidos que realizaba el Inspector. Por esos días yo estaba en la caja Nº 1.Los brasileros -creo que les comenté- le llamaban cajero ejecutivo, porque el principal cajero, pagaba, cobraba, llevaba las cuentas corrientes manualmente, y trabajaba con las tres monedas extranjeras que se negociaban por esos días: dólares, cruzeiros (hoy reales) y argentinos. En otros bancos el cajero que pagaba no cobraba y a su vez había otro cajero para compra y venta de monedas extranjeras.

En las ganancias del banco tenían gran influencia los créditos, de ahí que existía un adjunto a gerencia que armaba las carpetas con informaciones completas de cada cliente. Jorge Rocket era lo que hoy se le llama un cliente V.I.P. Siempre impecablemente vestido, portando un portafolio único en su estilo, pelo corto y peinado a la gomina y dueño de una personalidad atrapante. Siempre de excelente humor, sin excesos que le daban un toque de “*Englishman”* total. Además Jorge, era un tipo apuesto que sabía perfectamente que su presencia marcaba una diferencia con el resto. Cuando entraba al banco, su perfume importado dejaba una agradable estela. Tenía estancia de varias hectáreas, suficientes para hacer juego con la camioneta importada con la que solía llegar. El Gerente siempre lo atendía en forma preferencial. Rocket tenía otorgado una línea de crédito importante y gran parte de sus movimientos los realizaba a través a nuestro banco. Tenía cuenta corriente, caja de ahorro en pesos y en dólares, créditos y por ahí cuando realizaba alguna interesante venta, colocaba en plazo fijo a corto plazo buenas sumas de dinero. Era en resumidas cuentas, el cliente perfecto. Su carpeta era impecable, en cuanto a capital propio y a informes, de ahí que se le otorgaban créditos sin problema alguno.

Su residencia en la ciudad era una preciosa casa de estilo antiguo, perfectamente conservada y en pleno centro de la ciudad.

Un día, Jorge solicitó un importante crédito en dólares. El Gerente en este caso no tuvo más remedio que elevarlo a Montevideo. Por supuesto fue acompañado de un informe por parte de la gerencia, más fotocopias de su completa e intachable carpeta. La decisión demoró una semana, pero el crédito vino aprobado. Además de un exhaustivo estudio, la demora también se debió a que el mismo, como dijéramos era en dólares y los operadores de la mesa de cambio eran expertos para sacarle hasta el último jugo tanto a lo que ingresaba como a lo que egresaba. Esto, como consecuencia, bajaba enormemente los costos y los riesgos se lograban minimizar en forma asombrosa, muchas de las veces.

La suma solicitada por Jorge Rocket era de u$s 150.000.-Hace cuarenta años atrás, se podría decir que era una pequeña fortuna.

Ni bien llegó de Montevideo la aprobación el Gerente, con una amplia sonrisa de satisfacción llamó a su cliente para darle la buena nueva.

Jorge no estaba en ciudad, le contestaron desde su casa de Paysandú, estaba de viaje por Brasil, pero había dejado dicho a su secretaria que regresaría en unos cinco días más.

A los cinco días exactos el Gerente lo vuelve a llamar para darle la buena noticia. En realidad la buena noticia era doble, una para el cliente que recibiría lo solicitado y otra para la agencia Paysandú que se llevaba los honores de otorgar un préstamo que le dejaría una importante ganancia y además mejoraba notoriamente los objetivos que tanto le insistían al Gerente.

Al día siguiente del llamado apareció un impecable Jorge, como siempre acompañado de su brillante portafolio, camisa blanca, saco y pantalón gris clarito y tal como acostumbraba, pelo perfectamente engominado. Nuestras compañeras solían mirarlo con cierta dulzura adolescente de admiración.

Saludó a todos, y se dirigió a la gerencia. Tomó el acostumbrado café, charló un rato con el Gerente, firmó los documentos y la operación quedó cerrada.

Solicitó que los dólares fueran transferidos a una cuenta en Brasil, que dijo era de la empresa con la que estaba por finalizar una operación de importación de bienes de capital para su estancia. En efecto para eso había sido solicitado y otorgado el crédito. Agradeció y felicitó al Gerente por su excelente gestión con un fuerte apretón de manos y saludó a todos nosotros y se retiró del banco con la misma seguridad con la que había ingresado, escoltado por las miradas de nuestras compañeras.

A todo esto, pasaron casi como sin darnos cuenta los tres meses y se vino el vencimiento del préstamo que normalmente se otorgaba a 90 días, luego se pagaban los intereses y si el cliente en ese momento podía, entregaba algo de capital y renovaba por otros 90 días.

Jorge Rocket un cliente perfecto, que jamás pagó un crédito fuera de los vencimientos estipulados, no apareció. El Gerente pensó que estaría en el exterior o bien en su estancia, así que decidió esperar algunos días para llamarlo. Le ganaron de mano. De Montevideo vino la orden que dicho crédito se debía regularizar en 48 horas.

Comenzó el calentamiento telefónico. Llamada tras llamada. Nadie contestaba. Ni secretaria, ni su mujer, ni la empleada doméstica. Jorge se había esfumado y con él todo su personal.

Nervios. Más nervios. Llamadas. Más llamadas. Nada.

A Jorge Rocket se lo había tragado la tierra.

Empezaron los telegramas, siguió el abogado y la noticia al fin llegó a nuestra sucursal.

Jorge Rocket se había ido a vivir a Brasil, donde no había extradición. Había preparado todo cuidadosamente durante meses, tal vez más. Su mujer que estaba embarazada ya estaba viviendo en Brasil hacía varios meses y tuvo un hijo brasilero. Jorge había hecho la venta perfecta. Calculó cuánto era el costo de mercado de todas sus propiedades-estancia, casa, maquinarias, vehículos- y llegó a un número de u$s 500.000.-Así como era en nuestro banco era en los otros. Así que no le fue difícil sacar varios préstamos en cada uno de ellos hasta llegar a la suma total. Pidió en todos, la transferencia a Brasil y lo hizo en menos de una semana. Las informaciones no llegaron a cruzarse. Y no les pagó a ninguno. Abandonó estancia, casa, maquinarias, vehículos, todo. Absolutamente todo.

Se fue del país habiendo hecho una venta en efectivo de sus bienes. Los compradores fueron… los bancos. La venta perfecta.

Capítulo 22

**El retorno**

Fueron pasando los días. Visitas de mi mujer, visitas del Cabeza y algunas de mis hijos, sobre todo cuando ya estaba un poco mejor.

Finalmente salí del puzzle hospitalario y regresé a casa. Al otro día me reintegré al trabajo. Encontré todo bastante ordenado, con varias fallas administrativas pero en unas dos semanas las pude poner en orden. El Cabeza me recibió con alegría el primer día que me reintegré y después sólo aparecía a firmarme algunos cheques que yo necesitaba para pago a proveedores, cruzábamos pocas palabras y se largaba. El Supermercado aun en tiempos de crisis y de mi ausencia, seguía marchando bien. Modestamente, yo tenía la administración muy aceitada, así que en honor a la verdad, no resultaba muy difícil continuar lo planificado con anticipación. Además los muchachos eran buenos botijas y cada uno sabía perfectamente lo que tenía que hacer y lo hacían bien.

Lo que me costaba un montón era enfrentarlo a mi amigo, decirle que conocía todos sus pasos y que lamentablemente no deseaba trabajar más con él.

Pasaban los días y se me hacía cada vez más pesado encarar el tema.

Yo por otro lado seguía en estado de soltería forzosa. Veía a mis hijos con continuidad y con mi mujer al principio tuvimos algunos resentimientos ocultos que empezaron a brotar y se tornó un tanto difícil el trato. Pero más allá de ello, lo llevaba bastante bien, con tropiezos, soledades nocturnas, malos sueños, pero poco a poco me iba endureciendo. Mi alma se iba fortaleciendo a medida que empezaba a tomar plena conciencia que los caminos en mi vida eran como que estaban marcados para ser difíciles, agrios y llenos de obstáculos inesperados.

Traté de ahorrar todo lo más que pude como para asegurarme dos o tres meses sin mayores sobresaltos y empecé a buscar nuevo trabajo. Esta vez no me apuré, no tomé las cosas con tanta ansiedad. Es como si todo lo que me había pasado me había anestesiado un poco. El brusco cambio de vida, me fue llevando poco a poco a tomar las cosas con cierta calma.

No me apuré a decirle absolutamente nada al Cabeza. Es más, en varias oportunidades que me preguntó finalmente qué me habían dicho los médicos respecto a mi repentino desmayo, le contesté con algunas evasivas o bien creo que le terminé diciendo que no sabían bien por qué, que posiblemente se debió a una baja de presión. Y todo quedó así.

Luego de mucho pensar en cómo encararía la situación ante mi amigo, la vida volvió a darme una oportunidad. Me enteré de un puesto en un banco que se dedicaba específicamente a temas financieros y me presenté. Al ver mi currículum, me tomaron enseguida, no tuve que dar concurso ni realizar ninguna prueba. Pedí me permitieran tomarme quince días para dejar todo en orden en mi otro trabajo y me dijeron que no había problema alguno.

El sueldo era mejor de lo que ganaba en el Supermercado, con mucho menos horas de dedicación y mejor mutual. Ese combo me resultó perfecto para agradecerle a mi amigo todo lo que había hecho por mí, sin necesidad de meterme a darle consejos de su vida privada. Mi mujer tenía razón, no había necesidad de mezclar las cosas y menos “*en este tipo de cosas”*. Le dije al Cabeza que prepararía a otra persona para que siguiera el proyecto de administración que habíamos creado.

Mi amigo me miraba con grandes ojos, le costaba entender que me iría. Le dije que nos seguiríamos viendo, que nos hablaríamos, que vendría a las comidas mensuales, como para seguir en cierta manera unidos.

-Pero…, qué voy a hacer sin tu ayuda Guille. Yo estoy totalmente desconectado. Mientras estabas en el hospital, hice estrictamente lo necesario ni un poquito de más. Es como que ya no quiero volver a tocar los papeles del Supermercado ni tratar con los viajantes, ni tener que preocuparme por los pagos, ni nada de nada.

Le prometí que no lo abandonaría hasta que todo quedara en marcha. Mientras preparaba a alguien de confianza, a la salida del banco me vendría a trabajar y ayudaría en todo lo que hiciera falta hasta que todo volviera a la normalidad.

-Aaahh…, gracias, Guille, muchas gracias. Sabía que no me fallarías.

Al otro día me puse en movimiento para encontrar alguien de absoluta confianza. Llamé al primer lugar que se me ocurrió: A.E.B.U (Asociación Empleados Bancarios del Uruguay). Les expliqué la necesidad y les dije que nos gustaría encontrar para el puesto a un ex bancario y de paso darle una mano. Por supuesto que anteriormente les había dado todos mis datos y de ahí que me recomendaron a un ex compañero del antiguo banco en el que yo trabajaba en Paysandú. Este había cerrado y levantado todas las sucursales. Este compañero estaba viviendo en Montevideo y como se mantenía en contacto permanente con la Asociación sabían que no le vendría nada mal el ofrecimiento. Les agradecí enormemente. Colgué y de inmediato llamé a mi ex compañero.

Al principio no entendía nada. Seguramente por mí entreverada forma de explicarle. Mi ansiedad y alegría de poder ayudar a un compañero de tantos años y encima ayudarme a mí mismo a salir sin lastimar a nadie me jugaron en contra de toda explicación coherente.

-Empiezo de nuevo, le dije riéndome.

Le expliqué más calmo y dándole datos más claros. Al toque aceptó.

Al otro día lo teníamos en el Supermercado. Empecé a explicarle, cosa que no me fue difícil porque hablábamos el mismo idioma. Además era mejor aún que yo para la organización administrativa, callado, de perfil bajo y sumamente querible. Enseguida tuvo empatía con el Cabeza y los demás muchachos.

Sólo fui una semana después del banco a colaborar, pero en realidad no era ni necesario pues mi ex compañero bancario le había tomado el pulso enseguida a su trabajo.

Como había prometido llamé algunas veces y hablé con “el Cabeza” y participé de algunas cenas. Hasta que por esas cosas de la vida nos fuimos distanciando y yo agradecí a Dios no haber tenido que terminar mi relación de otra manera.

Capítulo 23

**En ascenso**

Mi vida de bancario que había sido, ahora luego de tanto sufrimiento, de tantos golpes, de tanta incertidumbre, volvió a ser. Y yo estaba feliz. La vida después de todo, me dije, me había permitido retornar a mi eje.

Ingresé con todas mis fuerzas para demostrar que el currículum de bancario presentado y me precedía, era tal cual, aún más, quedaría pequeño a lo que tenía para dar, después de tanta experiencia posterior acumulada.

Mis días empezaron nuevamente a ver el sol, sólo me faltaba mi familia para ser completos. Aun así como a mis hijos los veía sin problemas, encaré este nuevo camino con mucho ímpetu.

Esta nueva casa financiera me empezó poco a poco a ofrecer trabajos cada vez más complejos y de mayor producción, lo que indudablemente me permitían ir mejorando sustancialmente mis ingresos.

Hice un gran número de clientes nuevos y por contactos empecé a buscar inversionistas fuera de Montevideo y hasta llegué a la República Argentina en momentos que los argentinos tenían los ojos puestos en Uruguay, que consideraban, más bien afirmaban, que era una plaza seria y tranquila. Los argentinos venían con un gran golpe en la espalda después del 2001, año que se transformó en un desastre financiero para ellos, lleno de inestabilidades y estafas. Uruguay empezó a captar esos capitales sin rumbo y que necesitaban tener sus ahorros en lugar seguro y cercano. Paysandú, Montevideo y Punta del Este, fueron buenas plazas financieras que ofrecían excelentes tasas, seguridad y cercanía.

Hice varios clientes argentinos a través de amigos, ex bancarios que ahora vivían en el hermano país. Empecé a armar una cadena importante de nuevos interesados que a su vez me permitían ir escalando posiciones frente a los directores de mi banco.

Plata que hacía extra la convertía en dólares. Y fui juntando hasta lograr una cantidad más o menos importante. Mi espíritu inquieto nuevamente se empezó a mover dentro de mi inestable mente. Evidentemente, yo buscaba mejorar, lograr tener una mejor posición. Me sentía nuevamente con ganas y fuerzas suficientes. Tenía los conocimientos y los contactos. Así que poco a poco empecé a colocar algunos dólares en comerciantes que necesitaban del efectivo para evolucionar. Esas inversiones comenzaron a darme pingües ganancias. Compré un vehículo cero kilómetro por confort y a los efectos de movilizarme con más tranquilidad, sobre todo cuando tenía que realizar algunos viajes largos.

Mi autoestima estaba en su punto máximo. Mi estado de ánimo era óptimo.

Estaba haciendo lo que me gustaba y además me iba bien.

Capítulo 24

**El ingreso al infierno**

En *69 noches y 70 días* repasé toda mi vida. Y llegué hasta acá que fue por un decir el comienzo de mi propio infierno. Si existe el infierno, yo tuve el mío. Si en la vida hay que cargar una cruz pesada sobre los hombros golpeados y chorreando sangre, yo lo hice.

Si alguien piensa que dolor es cuando te caes de una bicicleta o te golpean fuerte en tu cara, no sabe lo que es el dolor de verdad.

*69 noches y 70 días* me costaron darme cuenta que así como hermosa la vida puede ser una mierda en tan solo un instante.

Que en un segundo las cosas puedan dar un giro tan enorme, tan grotesco y tan incomprensible que pareciera que tu corazón explota y tu cabeza estalla.

¿Qué es el infierno? ¿Animalescos con cuernos lanzando fuego, torturas a la carta, enanos con caras deformadas que danzan y pinchan tirándote de una y otra mano, gigantes de un solo ojo que te golpean, se ríen y te acercan hasta inundar el lugar con olor a carne quemada?

¿Qué es el infierno? ¿Alguno de ustedes sabe lo que es realmente?

Yo puedo asegurar que lo viví, lo sentí, lo olfatee y se me metió durante 70 días por cada una de mis venas, por cada lugar de mí cuerpo. Y lo que es peor aún se me sigue metiendo. Continúo viviendo en él.

1680 Horas viviendo-¿viviendo?- aterrorizado de no morir tirado en una zanja maloliente sin que nadie se entere.

100.800 minutos, de vivir-¿vivir? Durmiendo escasos minutos y siempre alerta de que no te invadan las ratas de las cloacas y te terminen comiendo, masticando cada parte de tu cuerpo sin poder gritar, ni pedir ayuda.

 6.048.000 de segundos de vivir-¿vivir?-, comiendo mierda, tomando mierda, tocando mierda, oliendo mierda, rogándole y rezándole a Dios que este infierno desconocido, agresivo, invasivo , de ficción, se termine pronto antes que termine enloqueciéndome.

Este es el infierno, este es el verdadero infierno para gente corriente que es llevada al peor lugar de reclusión que existe en tu país por… ¿por qué? Nunca me quedó claro. Lo que sí sé muy bien que no creo más en la justicia de mi país, en la justicia de Uruguay, ni me emocionan más su himno, ni su bandera, ni me interesa si le va bien o mal, si el gobierno es de derecha izquierda verde o azul. En las noches miro mi sombra para ver si soy yo el que todavía sigue ahí. Y no exagero. Me Ha costado mucho poder contarles esto. Alguien lo tiene que hacer, lo sé, por eso me decidí. Ustedes tienen que saber que la vida puede ser otra. Que un mundo bizarro existe y está acá nomás a pasos de nuestras almas. Que nuestro país es lindo mirado de afuera. Que el Paisito es folklore de los Olimareños. Que las cárceles que ves en las películas hollywoodenses no exageran, no aumentan la realidad. La realidad es esa, precisamente ésa. Una cárcel mugrienta con gente indeseable adentro y afuera. Ratas por todos lados, miles de moscas que cambian de color tu techo, constante olor a mierda, “pichis” de todo tipo. Grasientos tipos acostumbrados a vivir inmersos en la basura de una irrealidad constante. Droga que entran y sale, se vende, se negocia como si estuvieras en el mercado libre de la “*blanca paloma”,* y matan por ellas mismas. En defensa de su puestito o cuando no le caíste en gracia a tu competencia. Matan a mano limpia o a *“corte carcelario”*, pocas veces de frente, muchas por la espalda. Y los milicos saben y miran para otro lado. También tienen parte y varios son dueños de pequeñas cuevas que las manejan con sus punteros internos. Mugrientos por dentro y por fuera. El *“Comcar”* es un constante delito de lesa humanidad. Los gobernantes hacen como que miran, pero no ven. Es tan grande la corrupción que terminan entrando en ella. Y todo queda exactamente igual o peor. O al honesto que ve le matan un hijo o a él, de una y sin pensarlo mucho.

Capítulo 25

**El comienzo del fin**

Trabajaba normalmente y tranquilo en el banco. Había muchos clientes que seguían apostando al país. El banco otorgaba préstamos para que sus clientes pudieran crecer en sus negocios. Había como en todos lados, quienes tenían su comercio organizado y los créditos les resultaban una herramienta justa y apropiada para su crecimiento, y de los otros.

Los otros eran aquellos empresarios que venían con atrasos en sus pagos y por supuesto necesitaban más de lo que el banco les podía otorgar.

Uno de ellos era un comerciante, dueño de una Distribuidora grande e importante de una de las aguas más conocidas en el país y una bebida Cola de primer nivel. Su nombre era Juan Pedro. Su negocio era de mucho movimiento de dinero. Buen cliente pero demasiado ambicioso. Quiso dar pasos más grandes de los que podía.

Empezó a pedirme le consiguiera colocadores externos, fuera del banco. Es decir, gente que tiene dinero ocioso y desea arriesgar en este tipo de inversiones, que por supuesto le dejan ganancias por demás importantes.

Yo conocía a muchísima gente que podía hacerlo y que de hecho lo hacía. Su forma de operar era arriesgar en algo que le dejaba mucho, pocas cantidades de dólares y así lograban un balance perfecto con grandes sumas que le rendían poco pero dentro de la seguridad bancaria.

Empecé a conseguirle a Juan Pedro, diferentes inversores. Al principio cumplió siempre en los plazos estipulados durante cinco años, del año 2002 al 2007.Tan prolijo parecía y tanta seguridad demostraba que me animé a arriesgar mi pequeño capital en dólares, siendo yo quien también le financiara sus movimientos. Todo iba bien hasta que las cifras se empezaron a volar y empecé a notar que se había armado una máquina sin retorno.

Decidí hablar con él.

-Juan Pedro, la cuenta se ha ido demasiada alta, le dije y los inversores me piden un corte. El préstamo está en u$s600.000.-

*-*Cierto Guillermo el negocio se me ha ido un poco de las manos. Pero te prometo que empezaré a realizar devoluciones para aquietar a los leones, y se rió, con una risa un tanto sarcástica, al menos eso me pareció.

Juan Pedro devolvió casi todo. Se tomó su tiempo por supuesto y dejó de pagar intereses. Ya había embolsado la plata que él deseaba para su propio provecho.

Hablé con los inversores y le planteé como venía la mano. Y todos coincidieron que recuperando el capital, estaba todo bien. En realidad no quedaba otra.

Cada vez que Juan Pedro me entregaba dólaresyo iba devolviéndolos. Mi parte la dejé para el final pero Juan Pedro sabiendo que me pertenecía, la llevaba larga, y más larga. Conversaciones, llamadas telefónicas y mi plata no aparecía. Se tornó desgastante, mis ahorros no volverían a serlo. Me habían costado mucho trabajo y horas sin dormir para conseguirlos. Lamentablemente había entrado en una verdadera ruleta rusa.

Una noche no daba más, parecía que mi cabeza iba a estallar. Estaba solo, me miraba en el espejo y no me reconocía. Pensaba en mis pocos ahorros que tanto me habían costado juntar y que se los estaba llevando este grandísimo sinvergüenza. Ni un día de vacaciones me había tomado para poder lograr ese pequeño colchoncito de dinero.

Me tomé un whisky como para aflojarme. Cuando quise acordar me había bajado más de media botella. Así en pijamas como estaba, en una noche de mucho frío, ni sé cómo subí al auto y me largué a andar y andar. Pasaban los autos a toda velocidad a mi lado. Más de una vez pensé en estrellarme contra un camión. Darle un corte a esta situación que tanto mal me hacía. Pero seguí casi como un sonámbulo, seguí…Mi cabeza daba vueltas, mil vueltas buscando el camino de salida. No lo encontraba. Viajé en una nebulosa de sueños salvajemente mortales, pensando cómo era mejor morirme. Mi mente estaba cubierta por una neblina espesa.

Cuando amanecía me di cuenta que estaba llegando a Paysandú y me dirigí casi en forma automática, a la casa de mi pobre hermana. Sin entender mucho, me ayudó a bajarme y me metió bajo la ducha por largo rato. Me preparó un buen café, me dio un tranquilizante y me acompañó al dormitorio. Dormí todo el día.

Dos días después con mis ideas más estables, volví a Montevideo para hablar con mi contadora.

La contadora me aconsejó que le pidiera me pagara entregándome la Distribuidora. No alcanzaba a cubrir la deuda pero como tenía buenas ventas, eso convertía el planteo en una posible salida. Hicimos *“negocio”* con Juan Pedro*.* Pero de inmediato para ponerla a rodar tuve que invertir en compra de “Agua” pues el negocio estaba prácticamente vacío. Pagué al dueño del “Agua”, Carlos Alberto, *con* 3 cheques diferidos de $500.000.uruguayos, *(aproximadamente unos u$s 25.000.dólares cada uno),* a los efectos de armarme de un buen stock y recomenzar a levantar la alicaída Distribuidora.

El gran error de mi contadora y por supuesto el mío fue que en la desesperación del momento, no auditamos los balances. Juan Pedro me vendió la Distribuidora con *pasivo oculto.* Debía dinero a los refrescos Cola, y a quien le vendía el “Agua” ( Carlos Alberto). La gran deuda la tenía con quien le vendía el “Agua” que justo resultó ser el *peor estafador y mafioso de todos.* La deuda de los refrescos Cola la pude levantar. Pero el “Agua” se me hizo muy difícil, sobre todo debido a su alta rotación y los plazos que mis clientes me pedían que debido a la acuciante situación de mercado, eran cada vez más extendidos. El dueño del “Agua” por si fuera poco, me acortó los plazos de pago en cuenta corriente. Y eso empezó a formar un cuello de botella que en la desesperación por cumplir empecé a comprar mal y vender peor. Todo mal, todo al revés de lo que hace un buen comerciante.

Y en abril exploté mal.

Tuve un intento de suicidio, me avergüenza decirlo. Pero fue así, tal cual.

No aguanté más, no encontraba salida, me sentí encerrado, me sentí estafado, me sentí solo, muy solo…

El problema me había superado. No lograba pensar con claridad. Y tomé una de las peores decisiones, sino la peor, de mi vida: querer terminar con todo de una manera rápida. No tuve mejor idea que ingerir mucho alcohol y pastillas de clonazepam. No sé cuánto alcohol ni cuántas pastillas. Pero fueron suficientes como para que sintiera que mi alma se despegaba de mi cuerpo. Y caí. Me desplomé en el baño. Seguramente mirándome al espejo en un último intento de ver mi rostro desencajado ante esa escurridiza realidad que se me presentaba en el camino.

Pasaron horas, ni sé cuántas. Por esas cosas que tiene la vida y te las guarda para momentos como este, uno de mis hijos llama al banco bien temprano para hablar conmigo. Le dijeron que yo no había ido y tampoco había avisado. Yo vivía solo. Por eso mi hijo tenía llave de mi departamento. Cortó su llamada y salió volando hacia mi casa.

Abrió preguntando fuerte: - papá estás ahí, papá ¿qué pasa?, mientras caminaba con grandes pasos. Sabía de mi situación, se imaginó lo peor, y al verme tirado en el piso y sangre a mí alrededor, inmediatamente me tomó el pulso y supo que aún estaba con vida. Suavemente me volvió a dejar en el piso y corrió hacia el teléfono. Llamó a la ambulancia en forma desesperada y ahogado en su propio llanto. Pidió la máxima urgencia. Se volvió hacia el lugar donde estaba y luego me contaba que decía una y otra vez:-papá, ¿qué has hecho?, ¿por qué?, ¿qué has hecho?...

La ambulancia estuvo con urgencia en mi departamento y fui llevado de inmediato a la clínica. Allí me metieron rápidamente en terapia intensiva. Me hicieron un lavaje de estómago creo, no estoy muy seguro, y algunas otras cosas que tampoco recuerdo.

Sólo sé que al otro día recién desperté. Cuando abrí los ojos, estaban todos mis hijos y mi ex mujer. Todos llorando. Recién ahí es como que comencé a tomar conciencia de la gravedad de mi situación. A los pocos minutos cayó un médico clínico, joven pero con mucho aplomo y que me ayudó mucho con su tranquila y pausada forma de explicarme todo. Le pidió a mi familia que lo dejaran solo conmigo por un momento.

-¡Guillermo, estuviste sentado por un tiempito al lado del viejito barbudo! Si no llega tu hijo, te hubieras ido para siempre. Para tomar semejante determinación, debés haber estado muy al límite de tus fuerzas. Según lo que sabemos de vos, y tu historia clínica, esto se podría decir que fue una situación extrema que no la supiste manejar. Pero quédate tranquilo, relájate que en aproximadamente una hora viene el psiquiatra de la clínica y hablará con vos con más detalles. No te asustes, es algo de rutina, pero que seguramente te ayudará mucho. Ahora estás estable y sin riesgo. Te dejo con tu familia. No hables mucho, ¿correcto?

-Sí, correcto. Gracias hermano. Muchas gracias, se me hizo un pequeño nudo en la garganta y callé. Callé todos los gritos que sentía en mi interior.

Cuando volvieron a entrar mis hijos y mi ex mujer, casi no hablé. Pero seguro estoy, que fue de la vergüenza que interiormente me empujaba a cerrar los ojos y sellar mi boca. No había excusas ni palabras para lo que había hecho.

Recién pasadas las tres horas, llegó el psiquiatra. Nuevamente pidió estar sólo conmigo.

No recuerdo bien, sólo sé que hablamos de mil cosas o sólo de una. Pero la decisión ya la había tomado antes que me lo dijera el profesional. Quería acomodar mi cabeza, quería estar internado, quería por primera vez en mi vida estar solo conmigo mismo. Preguntarme y responderme, Dormirme, despertarme y volver a preguntarme y responderme. Y volver a dormirme, sin apuros, sin presiones…

En mayo del 2010 salí de la internación. Fueron 20 días de ordenamiento de mi mente, medicación de por medio.

Todavía bastante sedado, decidí ir a la Distribuidora que había comprado a Juan Pedro. Al verla, fue como volver a caer en un profundo e interminable agujero negro. Carlos Alberto el dueño de la reconocida “Agua” que se vende en Montevideo, había desvalijado por completo el negocio. Iba todos los días y sin orden judicial y a puro *caradurismo* y *sinvergüenzada* se llevaba la caja del día. Durante todo el tiempo que estuve internado lo hizo sin dudas y sin pausa.

Lo primero que atiné fue preguntarle a mi secretaria cómo le permitía semejante barbaridad.

Ella ingenuamente me respondió:- venía Carlos Alberto y decía que era plata de él, que le debíamos… Yo no sabía qué hacer. Encima venía siempre con dos tipos más, que tenían una *“caripela”* de mafiosos bárbara. Perdóneme Guillermo, pero yo no sabía qué hacer, ni a quién consultar estando usted internado. Además Carlos Alberto metía miedo. De verdad que ese tipo mete miedo, tiene cara de malvado e inescrupuloso, y los otros dos que lo acompañaban, ¡ni le digo!

Me sentí nuevamente estafado. Nuevamente muy mal. No me perdonaba ser tan estúpido tantas veces. ¿Qué pasaba conmigo? ¿Era demasiado condescendiente con los demás y se equivocaban? Evidentemente me decía una y otra vez, el comercio no es lo mío.

Pero en ese momento yo ya *no tenía Norte*. Me resultaba muy, muy difícil pensar coherentemente.

Aun así tomé una determinación. Me fui a hablar con Carlos Alberto para darle un corte final a este *desmanejo*.

A pesar de mi estado aun catastrófico, decidí enfrentar a Carlos Alberto. Llegué y le dije que quería cerrar el tema económico que según él estaba pendiente. Ahí nomás firmé papeles dejándole lo que quedaba de mi Distribuidora: los camiones y un auto elevador. Todo sumaba más de u$s 80.000. Cubría perfectamente y más de lo que supuestamente mi Distribuidora le debía. Pero una vez más por apresurado y por estúpido, por creer en la honestidad de las personas caí en la *trampa del agua*. El “*dueño del agua”,* Carlos Alberto, terminó siendo un mafioso y perfecto estafador. Se quedó además con mis 3 cheques diferidos, los que debiera haberme devuelto en ese preciso momento, pues yo le estaba pagando toda la deuda, incluyendo los cheques.

Se aprovechó de mi estado de “*semi sonambulismo”* provocado por los fuertes medicamentos que estaba recibiendo y que no fui con ningún profesional que me apoyara. Me corrió en la selva como un verdadero león y terminó deglutiéndome a su gusto y placer. Encima vendió la Distribuidora a otra persona por u$s 100.000.

Carlos Alberto, se cobró la cuenta más de tres veces. ¿Se entiende?

Se la cobró con mis camiones y el auto elevador **(1)**, se la cobró con la venta de la Distribuidora a un tercero **(2)** y se cobró con las cajas de los veinte días de mi internación **(3)**, quedándose además con los tres cheques por un total de u$s75.000.- (3 cheques de $500.000 uruguayos cada uno).**(4)**

Ahora mirándolo a la distancia me doy cuenta de mi gran boludez. Pero yo no estaba en condiciones de hacer, ni firmar nada y menos solo, sin ayuda profesional que me guiara correctamente.

Sin saber toda esta trastienda armada, empecé a sentirme un poco más tranquilo. Había cumplido con todos. Pagado, caro, muy caro, pero pagado finalmente, todas mis cuentas.

Volví al Banco y allí me ubicaron en un lugar tranquilo, donde no tenía contactos con clientes, ni participaba de la locura diaria. Un lugar perfecto para ir acomodando mí desordenada cabeza. Mi jefe, mis compañeros, me entendieron a tal punto, que a cada rato me traían un café o agua o un refresco y como sin querer, me preguntaban si todo estaba bien y no necesitaba ayuda. Me sentí comprendido, mimado y eso me fue fortaleciendo. Me di enseguida cuenta que todos comprendían que había sido estafado. Y encima se habían aprovechado de mi inestabilidad emocional.

Un 20 de septiembre de ese mismo año, *un día parecido a mi nacimiento, lluvioso, e inesperadamente frío, en un abrir y cerrar de ojos me estaban llevando entre gritos y movilizaciones innecesarias. Hablando fuerte, sin explicaciones, con prepotencia, un lote de milicos entraron al banco y fueron directo a donde yo estaba. Delante de todos mis compañeros y delante de todos mis clientes me sacaron esposado. El Banco estaba lleno. El despliegue fue grande, como si vinieran a llevarse al capo del narcotráfico de toda Sudamérica.*

*Mi vergüenza era tal que ya ni roja mi cara se mostraba, se escondía bajo un buzo que alcancé a manotear de la silla más cercana de uno de los escritorios del banco. Hasta el día de hoy no sé de cuál de mis compañeros era. Ninguno me lo dijo nunca. No sé si por pudor o por vergüenza y yo jamás me animé a preguntar. Hoy está guardado en mi pequeño placar de viejo soltero, lavado y planchado como si hubiera sido un trofeo de guerra. Cada tanto lo miro y recuerdo el momento. Ese momento que me quemó la vida sin pedirme permiso.*

Me llevaron a la comisaría. Me tuvieron allí durante horas. Jamás me alcanzaron siquiera un vaso con agua. Mi garganta era de arena. Mi incomprensión me hacía estallar la cabeza. Nadie me decía nada. Nadie me explicaba por qué estaba allí. Las horas me parecieron años. Hasta que un milico de pocas pulgas me extiende un papel y me dice secamente:-vas a tener que ir al juzgado. Se dio media vuelta y se fue. Tomé entre mis temblorosas manos el papel y alcancé a leer la dirección. Salí despacio y temeroso vestido todavía de bancario, traje, camisa blanca, corbata, zapatos negros recién lustrados, con el pullover que había tomado en el apuro, debajo del brazo. Me pare a media cuadra de la comisaría y tomé el 121.Llegué a tribunales en forma casi automática. Me hicieron pasar a una pequeña sala casi inmediatamente y me tomaron una larga declaración. Ni bien me dejaron libre, llamé rápidamente al Gerente del banco, a mí hijo y a mi abogado. *Aun no sabía la trampa en la que me habían metido*. Tuve que esperar allí unas dos horas, según me dijo una joven secretaria del juzgado. La policía vendría a buscarme.

Carlos Alberto se había aprovechado vilmente de mi descalabrado estado psicofísico para transformarse en mi verdugo y mentor de mi futura entrada al infierno, había presentado los cheques al cobro denunciándome *como estafador*, luego que fueron devueltos por no tener fondos suficientes.

Yo, Guillermo, un laburante con un currículum intachable en más de 40 años, un tipo corriente como vos iba camino a *69 noches y 70 días* del más real de los infiernos, *sin comerla ni beberla.*

Capítulo 27

**La inesperada excursión**

Entré a la comisaría y el *tiovivo* de mi inesperado futuro se puso en ágil marcha. Primero me hicieron desnudar totalmente, me bañaron con fuerte chorro de agua helada que manipulaban con una larga y gruesa manguera. Me tiraron a mis pies un jabón blanco común gritándome que me enjabonara bien, mientras a las risas y gozando de ese momento me seguían tirando un chorro imparable de agua. Cuando se cansaron de jugar conmigo, cortaron el chorro y me largaron una toalla grisácea con olor agrio para que me secara.

Me dieron un pantalón corto de jean hecho fleco que encima me quedaba extremadamente grande (me lo até con una piola renegrida que encontré tirada), una remera llena de agujeros de indefinido color y unos championes negros de mugre de varias patas pasadas por ellos, una especie de cobija vieja y deshilachada y me dijeron que me quedara con la toalla que había usado.

Así vestido me llevaron para un cuartito, donde me sacaron fotos hasta de las muelas. De frente, de costado, otra vez de frente, del otro costado, con medidas…Yo me limité a cumplir las órdenes que me daban, no me quedaba otra. Cuando salí de allí mientras caminaba por un largo pasillo dos milicos que me escoltaban, me iban diciendo al oído: *linda jodida ¿no?, así que chequecitos sin fondo, estafador el petiso, quien dijera con esa cara de boludo que tiene. Y dale, que dale. Me perforaron la cabeza durante todo el trayecto.*

*Me metieron en un calabozo, primero solo. Un calabozo para 6 a ocho personas. Al poco rato se empezó a llenar de “pichis”, drogadictos, violadores, asesinos, chorros. Malhechores de todo tipo y calaña. Y yo, cada uno que entraba, me empequeñecía un poquito más. Al poco rato éramos cuarenta, todos apretujados.*

*-¿Qué cagada te mandate viejo? Vo no só un chorrito común, vos só de lo grande, vo tené platita fresca, tené. ¿A vé, a vé cuánto tené?*

Y ahí nomás un flaco fibroso, todo desdentado me arrinconó contra la pared del calabozo y me manoteó $500.- que tenía en el bolsillo de la camisa, que aún conservaba al lado mío junto al pantalón, los zapatos y el saco. Eso precisamente eso, es decir la vestimenta que tenía aún conmigo, delataba como si yo era un preso de otra categoría, no un chorro común.

Pasamos la noche en ese calabozo todos apretujados y por supuesto yo extendido en el piso, no lograba conciliar el sueño.

El mismo flaco que me había robado los $500.- me dijo: *-viejo, ponete el saco e amuada así te podé domí.*

Dormité unas pocas horas. Temprano al otro día, nos dieron un agua caliente parecida a un mate cocido y un pedazo de pan. Yo seguía esperando que me vinieran a buscar y me hice mil preguntas, por qué todavía no habían llegado, qué hacía demorar tanto a mi abogado en los trámites para que pudiera volver a mi casa ,descansar luego de un buen baño de agua caliente y al otro día retomar mi vida normal.

Nada de eso ocurrió. Mi abogado fue otra lluvia de mierda e ineptitud que me dejó “*solo en el campo de batalla, desarmado y sin caballo”*. Pero que bien y rápido se cobró sus “honorarios” de u$s8.000., puta digo una y mil veces. Ocho mil dólares pagados por adelantado a un reverendo hijo de mil puta, infeliz, que me largó en pleno circo romano como un gladiador sin armas a los hambrientos leones.

Al poco rato uno de los *“pichis”* dice: *- dentro e un rato pate cursióooonnn, aprontensen que se vieeeenneee.*

*Yo lógicamente no entendía nada. Y pregunté:- che, ¿qué es eso de la excursión?*

*-Juajuajua, ¡el viejo no sabe lo que é la cursión!, dijo un negro re tinto, al que le salía la mitad de la panza fuera de la sucia camiseta de Peñarol.*

*-La cursión es un viajecito que acemo al Comcar, papi.*

*-¿Cómo?, dije yo. Pero si yo no hice nada. ¿Cómo me van a llevar al Comcar?*

*-Claro viejo, dijo otro de más atrás, vo no icite nada, por eso tás acá.*

*-¡Es que ha sido una confusión! Yo…*

*-Dejate de hablar al pedo y decí pelotudece. ¡¿Qué te pensá, que nosotro somo boludo somo?! Preparate que ayí vienen.*

*Me llevaron al Comcar por negligencia del boludo de mi abogado. Parece mentira que él quien me tenía que defender, también fuera uno de los inesperados artífices de mi sufrimiento. No presentó los papeles en tiempo y forma, y debido a esa inexplicable estupidez de su parte yo fui derivado a la peor cárcel que existe en Montevideo.*

*En excursión por supuesto, como me lo habían anticipado.*

Capítulo 28

**El Módulo 5**



(2)

Y de pronto me encontré viajando al Comcar con *“pichis” del “40 semanas”*. Tipos que roban, entran, salen, otros que se drogan mal y hacen desastres, otros que venden droga, asesinos, violadores. Lo peor de lo peor, la mayoría jóvenes de 21 a 30 años como máximo. Encadenados de pies y manos, tal cual vemos en las películas yankees, con uno atrás y otro adelante. Todos metidos en un *“celular”* y una moto adelante abriendo camino.

Ahí nomás y a poco de habernos acomodado en los duros asientos, uno de los *“pichis”* me manoteo el saco y me afanó los tickets de alimentación que me daba en el banco y otro se quedó con los últimos $800 que me quedaban.

Yo sólo miraba, con ojos grandes. No podía creer lo que me estaba ocurriendo.

Todavía no caía. Era un mal sueño, que deseaba despertar pronto. Pero no era un sueño. Íbamos rumbo al Comcar.

*El Comcar, un complejo carcelario que es de los peores del mundo y se encuentra en Montevideo, Uruguay.*

Cuando llegamos me hicieron entregar todo lo que llevaba, menos la mugrienta toalla y la deshilachada cobija. Ya había comenzado a hacer un poco de calor pegajoso, húmedo, que hacía perfecto juego con el lugar.

Enseguida nos hicieron pasar a un pequeño lugar donde había un milico con una *“cero”* en la mano. A empujones fuimos pasando con y salimos sin. Bien peladitos cabeza blanca. Esta era la forma de identificación que le estampaban a los nuevos. Pelado era igual a preso recién ingresado.

Después, nuevamente encadenados y esposados nos pusieron contra la pared por un largo rato. Brazos bien arriba, piernas bien separadas. Al rato nomás, no das más, se te duermen los brazos y las piernas no te aguantan. El estómago vacío, sin haber tomado una sola gota de agua y al rayo del sol empezás a flaquear. Al segundo nomás que bajás uno de los brazos para que te corra la sangre, culatazo en los riñones y levantás el brazo al toque. Y empieza poco a poco el infierno. Se te empieza a meter en las venas, como una droga.

Al lado mío un “pichi” joven de unos 24 años me toca el culo y le dice a otro carirredondo pasado de carbohidratos: *-dogor, ta bueno el viejito pa comelo!*

*-Ma o meno, medio descarnau pa mi guto.*

Yo transpiraba y no de calor. De miedo, de terror, al empezar a tomar conciencia que estaba a las buenas de Dios, en un medio que me era totalmente ajeno.

Como a las dos o tres horas, ni me acuerdo bien, se acerca un policía y le digo:

 -agente, ¿no tiene un poco de agua? Ni bola. Como si le hablara a la pared.

Y ahí nomás me *entortan* de una cachetada*:- viejo bolú, funcionario se dice, no agente, ni policía, ta?*

*-Bueno, hermano, pero no me pegues. Yo no sabía.*

*-Ahora sabé,ta? Y cayate bien la boca. ¡Y zás otro tortazo!*

Al rato me sacan las cadenas y las esposas y me llevan a un lugar que se supone era una especie de enfermería. Allí un enfermero milico que poco tenía de lo uno y de lo otro, me sacó sangre, con tal brutalidad, que la sangre me chorreaba por la vena después. Mis ojos parecían se me iban a ir por la nuca.

Me entregaron un colchón, que era un pedazo de polyfom que lo unías, dedo con dedo y me mandaron al Módulo 5, donde hay diferentes alas y galerías. La mía, justo fue la número 69, como si el destino se riera de mí, diciéndome que esas serían exactamente las noches que estaría en ella.

Capítulo 29

**El Comcar**



 ([3](https://www.google.com.ar/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAYQjB1qFQoTCMyyjcWliMgCFcwRkAodIwAG4A&url=http%3A%2F%2Fwww.elpais.com.uy%2Finformacion%2Fpreso-cuenta-dias-facebook.html&psig=AFQjCNG2DU2CNElnF12op3sVkZcCyGjokg&ust=1442930170194232)) (4)



 ([5](https://www.google.com.ar/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAYQjB1qFQoTCMyyjcWliMgCFcwRkAodIwAG4A&url=http%3A%2F%2Fwww.elpais.com.uy%2Finformacion%2Fpreso-cuenta-dias-facebook.html&psig=AFQjCNG2DU2CNElnF12op3sVkZcCyGjokg&ust=1442930170194232)) (6)

69 noches y 70 días serían las marcas de fuego que quedarían estampadas en mi alma de viejo en un viaje inesperado por el Comcar. El complejo carcelario del infierno, donde se mata sin avisar o avisando para que todos vean lo macho que sos. Donde el hacinamiento es moneda corriente y los módulos son iguales al complejo carcelario irónicamente llamado “Libertad”, que también ostenta estar entre los primeros recintos de privación de la libertad en pésimas o mejor dicho aberrantes condiciones del mundo. El Comcar un complejo donde por ejemplo en el módulo 2 hay alojados más de mil presos en un lugar para 120, un lugar con serios problemas de convivencia entre ellos, con loso guardias y entre estos últimos también.

El Comcar donde es usual que se roben unos a otros y que eso sea motivo suficiente para causar una reyerta de nunca acabar. Las celdas están llenas de boquetes entre una y otra por donde los presos pasan y así como se ayudan, también se hurtan celulares, sí, celulares que existen dentro de la cárcel, televisores, radios y alguna que otra cosita.

El Comcar donde la comida es un desastre, la alimentación que recibe el nombre de “rancho” es incomible y en el 95 % de las veces sin un trocito de carne.

Ese puto lugar donde una jueza mal parida me mandó para que conociera de cerca el infierno en versión completa del Dante. Donde los reclusos mueren y desaparecen. Donde todavía hoy, hay quien tiene una cámara con zoom para denunciar y no se sabe nombre, ni rango social, ni político, ni cómo justo estuvo ahí cuando mataban a cuchillada limpia a otro y graciosamente se logra subir a youtube. Tal vez para que el pueblo lo vea, tal vez para mostrar la injusticia al mundo, o tal vez para que sea una filmación más de tantas y que nadie sepa, nadie vea, nadie se ocupe y a nadie importe.

El Comcar donde todo es un caos y resalta la falta de criterio a la hora de mezclar los reclusos. El mismo donde si hay un incendio, los extintores no funcionan por viejos o vencidos.

El Comcar donde caen personas que son altamente conflictivas, que tienen problemas con todo lo que los rodea, con la sociedad, con sus familias con sus amigos de la infancia. Donde la vida como nosotros la consideramos no existe.

Lugar donde se auto flagelan, o se abusan sexualmente sin contar los minutos ni las horas que les pasan por encima sin noción ni culpa.

El Comcar, ese lugar de mierda donde los políticos corruptos, piensan que es la mejor forma que existe para guardar y convertir a los “pichis” en personas útiles para la sociedad.

Ahí no existe la ley o la moral o los límites. Dentro de esas paredes corre la droga con la anuencia de los mismos milicos que son los que las suministran o bien cobran peaje para que siga comiendo cabezas.

El Comcar, un orgullo uruguayo de crianza, amamantamiento y cuidado de ratas, cucarachas y moscas, donde “los capos” y los “ñeris” las acarician y aconsejan…

Capítulo 30

**Los verdaderos dueños**

Caminaba despacio tratando de esquivar agua maloliente, basura de días, ratas que como pequeñas Ferraris pasaban a alta velocidad frente a mí, cucarachas por miles que cada tanto en tanto paraban y se refregaban sus manitos imaginándose vaya a saber qué manjar les podría agregar yo a partir de hoy a sus rutinarias vidas.

Y en total concordancia con ellas, los “capos”. Los verdaderos dueños del *Comcar*, quienes sus cabezas parecían televisores donde se podía ver en colores lo que sus mentes imaginaban. Nuevos reclusos equivalía a más recursos para comida, drogas y diversión.

Conocí a dos “capos”. Al *negro Fabricio* y al *gordo Fernando* que se disputaban mi bienvenida.

Yo no quería saber nada con nadie. Quería irme lo antes posible de esa pesadilla. No quería tener que elegir a uno u otro. Pero me forzaron a cachetada limpia y en reyerta entre ellos, no precisamente a cachetada sino a golpe de puño, caí bajo las alas del *gordo Fernando*. A él le debía mi respeto. A partir de ese mismo día mi vida no era más mía, le pertenecía absoluta y totalmente a él. Y tendría que obedecer o sencillamente morir. No sé si soy claro, *no morir* como una palabra más que suena y cae. Morir de verdad. Si las órdenes del *gordo Fernando* no se cumplían, mandaba a un *ñeri* que me cortara la yugular y listo.

Con los días me enteré, que la disputa que yo perteneciera a uno u otro capo, se debía fundamentalmente a que un *ñeri* me había *pispeado* que yo vestía traje. Eso lisa y llanamente significaba que yo tenía plata. Es decir, para ellos ¿no? ¿Se entiende?

Me tocó un calabozo de 3 x 2, lleno de humedad, paredes descascaradas, con un hermoso olor a podrido y mierda que flotaba pasando por el costado.

Éramos cuatro y a mí me tocó en una de las camas de abajo, justo donde más olor había.

A todo esto el tiempo corría y se vino la feria judicial encima. Así que no me quedaba otra que rezar. Recé como nunca en mi vida lo había hecho. Hasta rezaba todas las noches por los “pichis”. Ellos cuando me veían que estaba rezando me pegaban el grito: *- viejo, rezá por mí*.

Estaba desolado. Miraba para arriba y sólo pensaba que mal habría hecho para merecerme este *pase de la vida* siendo un hombre corriente, de laburo, común como lo debés ser vos, que estás leyendo este libro.

No amigo mío no hay explicación. La vida tiene zonas de sol y de sombras. Algunas sombras son muy, muy obscuras, como grandes pozos sin fin. No querido lector, no encontraba explicación alguna a lo que me estaba pasando.

Se empezaron a acercar las fiestas y ahí empecé a saber lo que realmente hacían los capos. Mandaban a sus *ñeris y me empezaron a apretar.*

-Viejo, se viene la navidá, va a tené que ponete con unos buenos mangochos.

-Yo soy un empleado común, no tengo plata…

-¡Qué no vá a tené vo! Dale viejo, andá y yamá a tu familia que te mande unos $15.000 que tenemo que mandá plata a la vieja, a los nene y algo pa nosotros, ta?. ¡Dale, eh!, no ta hagá el bolú que si no te ensato, ta?, y me puso un *“corte carcelario*” en la garganta.

Ahí nomás casi me meo parado. No era joda. Los tipos están jugados totalmente. No les importa nada de nada. Sólo viven el día a día, o más aún el minuto a minuto. Porque saben que por cualquier cosa la muerte los abraza y se los lleva sin avisarles.

-Yoo…, yo no tengo celular para llamar.

-No impota. Celulá tené acá. Tomá. ¡Dale yamá! Y no te hagá el nabo,dale.¡Y no salgá de acá, que si no te hacemo pomo!

Y tuve que llamar a mi hermana para que me mandara plata.

Cuando estaba hablando con ella, se me acerca un petiso culón y me dice:

-decile que mande cigarriyo Nevada. 5 cartones que mande también, tá?

-Pero…

-Pero nada, vo decile y tá. Orden del negro Fabricio.

-Pero, yo pertenezco al gordo Fernando, dije por lo bajo.

-Dale viejo ¿o queré sangrá? , y me puso un corte carcelario en los riñones cortándome apenas.

Le pedí a mi hermana tal cual: los $15.000 y los 5 cartones de Nevada.

Cuando quedé solo, mi mente voló por unos minutos y caí que de repente me había auto declarado perteneciente a un bando. Le daba vueltas en mi cabeza y no lograba comprender cómo era posible que yo mismo hubiera dicho:- pero yo, pertenezco al gordo Fernando .Pero era así. No te quedaba otra. Eras un *perteneciente* en ese nuevo mundo de mierda en el que había caído.

Capítulo 31

**El Nevada**

Por qué precisamente cigarrillos Nevada, me pregunté. Y pregunté.

-Viejo, el Nevada cotiza. Lo cambiamo por la *Maruja* viejo. ¿Entendé o no entendé?

Así que aparte de tener que aguantar tanto sufrimiento injusto, les pagaba la marihuana que consumían estos “pichis” de mierda.

Y a mí me tenían amenazado de todos lados para sacarme plata. Como les dije, creían que yo al vestir traje y mocasines tenía plata y eso lamentablemente jugaba en mi contra en este mundo bizarro.

A cada rato y por donde pasara, me decían que me iban a matar. Me trabajaban psicológicamente. Porque estas escorias de la sociedad no saben ni hablar ni leer pero sí saben perfectamente trabajarte la cabeza con amenazas de muerte.

Varias veces me pegaron y me pusieron el *“corte carcelario”* en el cuello. Me pegaban sopapos a mano abierta que me dejaban la cara colorada y un picante dolor por horas.

También y porque sí nomás, pasaban y me tiraban la oreja tan fuerte como podían y se les cantaba el culo hacerlo.

Entre los capos empezaron a hacerme el jueguito de la plata.

El negro Fabricio me mandaba los *ñeris* de él a apretarme para que les de plata o comida que me mandaba mi hermana. Y el hijo de puta del gordo Fernando se hacía el ofendido y me mandaba los ñeris de él a retarme.

-Vo viejo no tené que hablá con nadie que no sea de acá. Sólo podé hablá con gente que sea del gordo Fernando, ta?.

-Pero bueno, lo que pasa es que vienen a pedirme y me amenazan, entonces…

¡Fá! una cachetada a cielo abierto de ida y otra de venida.

-Vo te cayá, ta? Si no te vamo a rompé el culo, viejo e mierda. ¡¿Entendé vo o te falta caracú en el marote!?

-¡Vo so nuestro y se terminó!

Y yo agachaba la cabeza como un conejito asustado y más de una vez se me caían las lágrimas más que por dolor por calentura ante tanta impotencia.

-¡Che!, el viejo ta yorando. Viejo marica. ¿De ónde vino este brisco?

Y se me arrimaba uno como para calmarme y me pasaba el brazo por el cuello en muestra de amistad. Pero en realidad era uno más de los hijos de puta que se reían de mí. Me apretaba hasta dejarme sin aire, riéndose. Se escupía las manos y me las pasaba por la cara como demostrando que me la limpiaba. Que limpiaba cuidadosamente mis lágrimas.

-¡Che! ta colorau el viejo! Jua jua jua jua.

Y yo aguantaba las humillaciones. No había forma de hacer otra cosa. ¡¿Qué le queda a un hombre corriente hacer ante semejante grupo de salvajes?!

Sólo masticar su rabia y poner cara de yo no fui y por dentro arañarse una y mil veces el alma.

Por eso mismo lo digo una y mil veces que no creo más en lo que era mi Uruguay, ni en la justicia, ni me conmueve el himno como solía hacerlo, y la bandera es para mí hoy por hoy un trapo más que flamea en lo alto de un palo al que le llaman mástil.

Me robaron la vida, en tan pocos días me llevaron a *“prepo”* al infierno mismo y no lograron traerme de vuelta de ese inmundo paseo.

Mi vida ha quedado impregnada de cosquilleos de ratas, de hormigueos de cucarachas y de cagadas de moscas. Y en las noches cuando despierto me siento un fantasma que vive equivocado en la vida de los vivos. Ya no soy dueño de mi vida. Ya no soy más dueño de mi libertad como creí durante toda mi vida.

La justicia uruguaya me emparejó con la lacra de nuestra sociedad, sin merecerlo. Fui por 70 días, igual que un asesino, un violador, un chorro, un drogadicto.

Por 69 noches dormí como los indios con los ojos abiertos, esperando lo peor.

Capítulo 32

**El rancho, el requecho,**

**la aftosa, la vaca y los marrocos**

A los cortes carcelarios, los pichis se las ingeniaban para hacerlos con los barrotes que sacaban de las camas. Pasaban largos ratos dándoles forma, puliéndolos para que fueran más punzantes o más largos. En un palabra para poder matar más y seguro.

Y bastante seguido era común se armara alguna trifulca, por boludeces casi siempre, pero era tal vez para los “pichis” la única forma de tener su propio circo romano, donde se divertían por un buen tiempo en los largos días de rutina. Y se armaban apuestas, por lo que se tuviera a mano. *Por maruja, por comida, por ropa, por custodia o por mierda envuelta en papel celofán.*

*Recién después de un largo rato, aparecían los milicos, los tiraban al piso boca abajo, los engrillaban, y no te podías mover ni un milímetro porque te destruían los riñones de un culatazo.*

*Recién ahí se deshacía el circo romano. Cuando “El César” había dado la orden levantando el pulgar.*

*Poco a poco se disolvía el tumulto y el griterío desaparecía.*

Las celdas y las galerías se *boqueteaban. Todas estaban boqueteadas. Esto les permitía a los presos comunicarse entre ellos por las noches. Los milicos sabían de la existencia de estos grandes agujeros hechos por los mismos “pichis”, pero miraban para otro lado.*

*De noche me mandaban a recorrer las celdas pidiendo ayuda para armar el “requecho”. Un caldito acá, una cebolla allá, una papa en la siguiente, algún fideo o arroz, cualquier cosa que sea posible poner dentro de la olla, la cantidad que sea, para que finalmente se parezca a un guiso. Si conseguía algún pedazo de “aftosa” del “rancho” del mediodía, era toda una fiesta.*

*Los “pichis” eran en su mayoría jóvenes como ya les dije anteriormente y tenían una polenta que nunca entendí muy bien de donde la sacaban, porque lo que comían era asqueroso y escaso.*

*La “vaca” junto con dos “marrocos” te la daban a la mañana. Era el desayuno y te lo dejaban en el piso, al frente de tu celda, por donde corría el agua podrida adornada de algunos soretes flotando.*

*Pero la tenías que tomar, no te quedaba otra alternativa. “Marroco” le decían al pan hecho ahí mismo, que era incomible, por gusto y por duro. Al mediodía te servían en iguales condiciones de mugre asquerosa, el “rancho”, pura grasa, la mayoría de las veces sin carne, un agua sucia sin gusto. Peor que lo que comen los indios en los slums y que están en las peores y extremas situaciones de pobreza y hambruna en el mundo.*

*Por eso la importancia del guiso nocturno. Un ritual que recién empezaba a las 11 o 12 de la noche. Yo me comía los codos. Normalmente acostumbrado a cenar a las 9 de la noche generalmente algo liviano, comida sana, a esa hora de la noche estaba muerto de hambre. Y recién empezaban a hacerlo. Lógicamente que destrozaba estómagos, al menos como el mío.*

*Por eso ni bien entendí como era la metodología, me sacaba para mi unos diez fideítos que me los hervía y comía así nomás, y escondido. Fideos secos que me mandaba mi hermana, pero que me obligaban a colaborar para meter en el guiso. Si se enteraban que sacaba algunos para mí, me fajaban mal.*

*Con música de cumbia villera a todo lo que da, gritos o intentos de cantos, empezaba el ritual de la noche de los ”pichis” y sus “requechos” embrujados.*

*Tenía que recorrer celda por celda y la mayoría de las veces arrastrándome entre la mugre y el agua podrida. Yo estaba en la celda 69 y como si fuera un reptil me deslizaba a lo largo de 10 celdas con motivo del rejunte alguna que otra vez y en lo obscuro de la noche, por arriba de la mierda.*

Capítulo 33

**Preparándose para las fiestas**

En las celdas que usualmente fueron pensadas para 5 personas había 12 “pichis” y allí, dormías, comías, cagabas frente a todos y había una pileta donde lavabas los platos, lavabas la ropa y te lavabas los dientes. El agua por supuesto estaba contaminada. Yo suelo tomar mucho agua por día y me agarré una infección intestinal de la puta madre, hasta que me avivé y comencé a hervir el agua con un aparatito que acá se conoce con el nombre de “Sun”, inventado por un uruguayo, pero como calienta el agua a través de una resistencia, también me hacía muy mal al estómago, pero al menos tomaba agua un poco más pura y paré la infección.

Con las fiestas próximas como les conté, los “pichis” se empezaban a poner nerviosos. *Sobre todo para año nuevo*. La forma de canalizar su nerviosismo era pedir plata. Yo caía siempre en esas manganetas creadas: - *viejo se viene la fiesta grande. Eta é la nuetra. Decile a tu hermanita que apronte el culo poque vamo a necesitá otro 15 pa recibí el año y comprá merca.*

-Pero, mi hermano no da más. Ha pedido créditos en todos lados. No tiene de donde sacar…

¡Fá!, una cachetada a mano abierta y una advertencia con ojos de hiena:-*vó conseguí, de tu hermana, de tu cuñáa, de quién sea. Pero vó conseguí y te cayá la boquita si no queré que te la cayemos nosotro. ¿Entendiste o te lo repito?, viejo pelotú.* Y ¡Fá!, otro manotazo que me doblaba la cara.

Llamé a mi hermana desesperado: - yo no quiero joderte más hermana, pero me piden otros 15 y si no se los doy dicen que me van a matar.

Estoy desesperado .No sé qué hacer.

-Por favor Guillermo, tranquilizate, yo los voy a conseguir me dijo llorando a mares. No te preocupes.

Y así fue, dos días antes de fin de año aparecieron los 15 que me habían pedido más unos cartones de Nevada adicionales.

Todo venía por Abitat a nombre de la novia del gordo Fernando. Los “pichis” a la Navidad no la festejaban, sólo les mandaban algunos regalos para sus familiares. Los que podían.

Pero Año Nuevo era otro cantar. En Año Nuevo se preparaba la “merca” y mucho “escabio”.

La misma policía dejaba entrar la marihuana y para fin de Año la cocaína.

La “merca” se la pagaban al Distribuidor con cigarrillos Nevada y algo de plata.

La mujer del gordo Fernando era la pasadora. Llevaba la plata y los cigarrillos y pasaba la droga, entregándosela a su novio, previo pago de peaje a los milicos.

Yo no lo podía creer, tan así como así, todo sucedía de la forma más tranquila y normal delante de mis ojos. Pero por supuesto la dejaban pasar, ¡pero cobraban su buen porcentaje!

A la marihuana la alargaban con bosta de caballo y lo peor de todo es que me la hacían preparar a mí. Tenía que hacer las “lágrimas”, unos nylon rellenos de marihuana que se cerraban con calor. Una por una para después venderlas.

Yo metido en la droga misma, armando para la distribución posterior, lo que siempre combatí y negué.

Pero lo peor de todo no fue esto. Lo peor es que me forzaron, “corte carcelario” por medio, a fumar marihuana y a aspirar cocaína.

Tal era mi desconocimiento en fumar por ejemplo, que me ligué varios sopapos para que aspirara profundo.

Otra noche cuando llegó el turno de la cocaína, yo me hice el pelotudo lo más que pude. Puse mil excusas. Traté de pasar desapercibido. De nada me sirvió. Me tenían de punto.

Me fueron a buscar y me llevaron en el aire: -vo,viejo vení y aspirá. Tamo en Año Nuevo o no tamo, ¿eeeh? Y tuve que hacerlo, no me quedó otra alternativa.

Lo hacían a través de una birome vacía. Tal era mi inexperiencia y cagaso de drogarme que en lugar de aspirar, soplé. Y volqué todo lo que me tocaba a mí. Esa vez fue la que más sopapos me dieron y más me insultaron. Además de hacerme aspirar lo que había quedado en el suelo. La cocaína me dejaba eufórico pero mal.

Al otro día me dolía todo el cuerpo, la cabeza parecía me iba a estallar y tenía un fuerte dolor de estómago. Me dejaba re mal hacerlo. Algún pichi me dijo me mojara las muñecas con agua fría para calmarme. Ni puta me hacía.

Lamentablemente varias fueron las noches que me llevaron a la fuerza a ese ritual de mierda que los “pichis” tanto disfrutaban.

Corrían los finales del 2010 y yo tenía 54 años. A esa edad, cercana a mi jubilación, tuve que convivir con delincuentes de 18 a 24 años que nada les importaba en la vida. Ni vivir ni morir. Ninguno tenía noción del tiempo, ninguno entendía lo que era sentir miedo, ninguno tenía una proyección de vida. Eran zombies ambulantes que estaban como plantados en la vida que les había tocado en suerte.

Alcohol no dejaban consumir, sólo agua y jugolín, pero los “pichis” se las ingeniaban, como siempre.

Y junto con la marihuana y la cocaína venía el “escabio” una mezcla de frutas semi podridas fermentadas. Los “pichis” lo consideraban un manjar y realmente era algo asqueroso imposible de tomar, te marea y te destruye el estómago.

Lo único que no permitían los milicos hacer ni consumir era la pasta base, porque argumentaban que hacía mal.

Increíble ¿no? La marihuana, el escabio, la cocaína no hacían nada, la pasta base sí.

*Navidad y Año Nuevo del 2010 aún los recuerdos en mis noches de insomnio como el peor de los tormentos que he sufrido en mi vida.*

Capítulo 34

**Ramón**

Nunca supe porque estaba allí. Nunca le pregunté tampoco. La cárcel era su hogar como él solía decírmelo. Era muy viejito, vaya a saber cuán grave fue su delito que tantos años hacía que estaba. Su única referencia era que lo habían llevado ahí cuando tenía unos 20 años. Pero no sabía ni cuánto hacía, ni cuánto tiempo más tendría que estar en el Comcar. No supo decirme cuántos años tenía ni cuándo era su cumpleaños. Su mente estaba libre de tiempo y espacio. Nadie lo molestaba jamás. Ramón era su nombre y era el único que viajaba libre de un lado para otro sin que nadie se meta con él. Tenía buen carácter, buen trato y se mostró siempre servicial conmigo. Tal vez porque me veía tan indefenso en ese inmenso y turbulento mar de inmoralidades.

La vez que me hicieron consumir cocaína que yo estaba tan mal, el me trajo yuyos de afuera. Ramón era el único que tenía la salida permitida. Si mal no recuerdo era carqueja. Me preparó un té que me alivió mucho.

Los domingos, teníamos visitas permitidas. En la primera visita mi familia me llevó un buzo y un pantalón de gimnasia pues yo sólo tenía una bermuda y una camiseta. No les pedí más nada porque los “pichis” te robaban todo.

Mis hijos y mi hermana fueron algunas veces, pero era tal la falta de respeto y vergüenza que debían soportar en las revisaciones de las partes íntimas por parte de los milicos, exageradas al máximo y adrede, que les pedí que no fueran más.

En una oportunidad me llamaron a las oficinas. Mi ingenuidad me hizo pensar que saldría en libertad. Nada de eso. Era un comisionado parlamentario que me hizo una entrevista. Me insistía le dijera si yo era presionado para que les diera plata a los presos. Por supuesto negué todo. De lo contrario ni bien salía de ahí era “boleta”. Los “capos” estaban arreglados con los milicos, era imposible decir absolutamente nada. El jefe parlamentario había seguido una pista a través de Abitat. Sabía perfectamente quién mandaba y quien recibía, pero necesitaba una declaración de mi parte.

Ni bien salí de la oficina y pegué la vuelta en el pasillo me levantaron en alto dos morochos grandotes que eran ñeris del gordo Fernando y me llevaron directo a su recinto.

-¿Qué lanzate ahí adentro viejo? ¿No vendite, vo? Cada pregunta una cachetada.

-No, te juro hermano, que yo no dije nada. Absolutamente nada de nada.

-¿No me mentí vo? Mirá que si me entero de algo só boleta,ta?

-No juro que no dije nada, afirmé cansado de que me golpearan una y otra vez por nada.

-¡Ma te vale viejo, ma te vale! Dejalo ir, le dijo a un ñeri y me hizo antes de irme, una señal de corte en la garganta con el dedo índice.

Mi hermana solía mandarme hipoclorito de sodio y con eso, todos los días lavaba el retrete, el piso y todo lo que más podía. Sentía la necesidad de desinfectar todo, pues para donde miraras era todo una mugre intocable.

Parece mentira que los “pichis” se acostumbren a ese estado de mugre. Las moscas por ejemplo cubrían totalmente el techo. Es decir, el techo que alguna vez quiso ser blanco, ahora era uniformemente negro, pintado de moscas.

Y como haciendo juego con ellas completaban el paisaje kafkiano, ratas y cucarachas a granel.

El agua para bañarse era fría, menos mal que dentro de todo en los 70 días que estuve era verano.

Vi de todo en el Comcar, cosas que quedarán por el resto de mi vida en mis retinas. Por ejemplo, un día vi a un “pichi” con la cabeza toda cortada. Alcancé a darle agua, que sólo me pedía por señas. Después me enteré que lo habían acuchillado por una deuda de drogas.

El gordo Fernando mientras yo estaba allí, mató a uno a cuchillada limpia, también por deuda de drogas. Lo iban a llevar a “Libertad”, otra de las cárceles que dicen es peor aún que esta. Pero todo quedó callado. Al otro día nomás no se habló más del tema. El gordo Fernando tenía comprada a toda la milicada y además le tenía contadas las costillas a cada uno de ellos.

Los “cortes carcelarios”, me los hacían guardar a mí, debajo de mi colchón. Sabían que los milicos jamás me revisaban. Lo que no sabían es que yo vivía con el Jesús en la boca cada vez que hacían las requisas, y el sudor me brotaba en chorros de agua caliente por todo mi cuerpo y mi corazón latía al galope, mis ojos se agrandaban y mi cuerpo temblaba de pies a cabeza y eso podía ser suficiente motivo de auto delatarme. Pero por suerte nunca pasó. Jamás me revisaron nada. Seguramente por cara de viejo y pelotudo me pasaban de largo.

Los presos solían recibir a su mujeres en lo que en la jerga carcelaria le llaman la “visita higiénica”.

En los 70 días del Comcar, jamás sentí deseo sexual alguno. Mi mente sólo estaba con la idea fija de salir sano y salvo cuanto antes de ese infierno.

Al entrar al complejo carcelario, yo ya tenía declarado un trastorno de ansiedad y presión alta así que debía tomar medicamentos.

Mi hermana me los mandó siempre, religiosamente. Yo los recibí en escasas oportunidades y para poder tomarlos sin que me los quitaran, más de una vez me los tuve que guardar entre los cachetes del culo.

Todo el tiempo que pase en la cárcel, rara vez pude dormir más que unas pocas horas. Sólo lograba hacerlo cuando tomaba el clonazepam.

Cuando algunos “pichis” veían que estaba por tomar mis medicamentos, usualmente me cacheteaban y me los sacaban. Me decían: -qué, ¿só brisco vo viejo que tomá pichicata? Te vamo a llevá con los “violines”, te vamo a llevá y ayí sí va a vé como te rompen el culo. Traé p acá, viejo e´mierda. Acá el que toma esto é puto,ta?

Y los milicos miran para otro lado. No se meten. Jamás se meten.

Ni siquiera cuando hay una pelea entre “pichis”. Menos que menos con los capos quienes le pagan lo suficiente para que hagan la vista gorda. Hasta el “llavero” está comprado.

Capítulo 35

**70 días**

La justicia uruguaya me jugó una mala pasada. Yo era una persona corriente, como vos amigo lector. Trabajé toda mi vida siendo un ciudadano correcto, siempre pagué mis impuestos, nunca jodía a nadie, ni tuve la intención de hacerlo. Trabajé años de bancario, me siento orgulloso haber sido uno de ellos, y creo firmemente que nunca fui una mala persona. Puedo haberme equivocado pero jamás lo hice con intención ni con maldad.

Finalmente llegó el momento de los 70 días. Me avisaron que estaba libre. Me podía ir. Me entró un estado de euforia enorme que puse lo más fuerte de mí para no demostrar.

Me bañe rápido con agua fría y me dirigí a las oficinas de entrada como me habían dicho. Ahí me entregaron mi ropa, el traje, la camisa blanca, que estaba gris de mugre, las medias y los mocasines. El calzoncillo era el que tenía puesto desde el día que entré. El mismo que lavaba todos los días y más de una vez me lo volvía a poner aún mojado.

Algún que otro “pichi” se enteró al pasar, que me iba. Me pidió le dejara algo. Antes de irme les dejé la ropa que había usado en mis 70 días, incluyendo el buzo y el jogging que me trajeron mis hijos.

Era un 9 de Febrero del año 2011.Yo sólo quería irme. Sentir el aire fresco en mi cara. Oler aire puro que no estuviera contaminado, ni con olor a mierda.

Los milicos me dieron $100 para el ómnibus y mi cédula de identidad. Me volvieron a sacar fotos antes de irme.

Recuerdo que tomé el 494. Al bajarme, me fui hasta un quiosco y pedí me prestaran un celular para llamar a mi casa. El dueño del negocio, me miró con desconfianza. Me di cuenta. Le dije que mientras viajaba en el ómnibus me habían robado el celular y la billetera. Me creyó.

Llamé a uno de mis hijos. -¡Papá!, ¿dónde estás?, ¿de dónde me llamás?

-Estoy acá abajo de tu edificio, en el quiosco de la esquina. El señor me prestó el celular…y me largué a llorar.

Mi hijo bajó en un segundo. Cuando me vio noté su cara de asombro y dolor.

-Papá querido, qué te han hecho… Estás, cómo decirte…

-Sí, hijo. Estoy demacrado, flaco y no podía dejar de abrazarlo y besarlo y llorábamos los dos a mares.

Al rato llegaron mis otros dos hijos y juntos no podíamos hablar, pues uno hablaba por arriba del otro. En un claro, logré pedirle al mayor de ellos que llamara a mi hermana. Yo realmente no podía hacerlo, no tenía más fuerzas. Ni bien él le explicara todo, le pedí me diera con ella para oír su voz.

*-Hermano querido, estás libre por fin. No puedo creerlo, qué feliz estoy.*

*Te quiero mucho. Disfruta a tus hijos y ni bien puedas te vienes para Paysandú o yo me voy a Montevideo para verte. Te quiero Guille. Recé mucho por vos y también cada día, cada noche sufría tu injusto encierro.*

*-Gracias hermana querida. Muchas gracias por todo lo que hiciste por mí. Yo también recé mucho por vos y te he extrañado cada uno de estos días. Nos estamos hablando y viendo pronto. Un beso grandote.*

Cuando colgué, estaba al límite de mis emociones, me volví a abrazar a mis hijos y lloré con mucha fuerza junto a ellos un largo rato.

Al salir del Comcar, pesaba 48 kilos, todo el trayecto del complejo a la casa de mi hijo fui sosteniéndome el pantalón con una mano. Estaba muy flaco y de un feo color en mi cara.

Empecé nuevamente con ayuda psiquiátrica porque no podía dormir y tampoco salir a la calle. Las pocas veces que lo tuve que hacer iba con la mirada hacia el piso, me costaba mirar a la gente a la cara.

Veía fantasmas por todos lados. De noche en la madrugada, me despertaba de un salto y totalmente transpirado. Me costó mucho salir, realmente mucho. Dudaba en llamar a mis amigos. Hasta que con ayuda del profesional fui caminando la vida nuevamente. Por suerte no se me pegó ninguna adicción. Me ayudó mucho la fe en Dios, cuando rezaba en las noches recordaba a mi madre, a mi hermana, a mi padre y a mis hijos. Pasaba las noches llorando en silencio.

*Cómo lloré esas 69 noches y 70 días, mi Dios, nunca imaginé tantas lágrimas dentro de mi pequeño cuerpo.*

*La puta digo, no paraba de llorar en las noches, solo, con mis recuerdos por únicos compañeros. La celda fría, con olor a humedad, olor a vómitos de días, olor a mierda… Cuantas lágrimas derramé, sólo los recuerdos y los rezos mantenían mi mente ocupada.*

*Las lágrimas parecían de gelatina cuando empezaban a mezclarse con mis mocos que no paraban de salir de mi inmensa nariz colorada. Me acordaba de mis padres, mi hermana, mis hijos, mis años de juventud y de aquellos días de banco, allá a lo lejos y hace tanto, intentando mantenerme en mi eje.*

*Yo pensaba, y volvía a pensar y lloraba y no terminaba nunca de hacerlo, no podía por las noches conciliar el sueño. Todo empezó a cambiar de color y de textura en mi vida, tan rápidamente y en tan poco tiempo…*

*Lloré, no me avergüenzo de contarles. Lloré mucho, sin entender lo que pasaba realmente. Lloré fuerte y lastimosamente porque traicioneramente me habían quitado mi libertad…*

El trabajo del Banco, por supuesto que lo perdí. Tuve que empezar un emprendimiento personal y pude hacerlo gracias a un amigo de la juventud, contador, que me dio una gran mano.

Hace escasos días, me junté en Paysandú a comer un asado con amigos de toda la vida. Me parecía mentira. Tres de los cuatro que habíamos quedado alargando la sobremesa repasando nuestras vidas y sus tropiezos comentamos que habíamos logrado obtener la ciudadanía y el pasaporte italiano.

En ese preciso momento 4 años, 6 meses y 25 días después de haber salido en libertad, asombrado dije: a mí me dieron la ciudadanía y el pasaporte sin problema alguno. En mis registros no figuraban antecedentes legales negativos. Y pensé un instante. Y pensamos. ¿Entonces?...

**Nota del autor**

Esta crónica fue basada en un hecho real. Algunas situaciones de la niñez y del transcurso de la vida bancaria tienen inmerso algo de ficción, no tanto. Para resguardar a las personas los nombres han sido cambiados.

Lo sucedido en el Comcar es tal cual le sucedió al protagonista de esta historia.

Para entender algunas de las palabras carcelarias empleadas:

**Marroco** le dicen al pan, **Aftosa** le dicen a la carne, **Vaca** le dicen a la leche,

**Ñeri** le llaman al amigo del capo, **Violines** le dicen a los violadores, **Escabio** a la bebida hecha con frutas pasadas y semi podridas, **Llavero** le dicen al que abre las celdas, **Funcionario** le dicen al policía, **Pichi** le dicen a los maleantes, **Corte Carcelario** a los cuchillos hechos en la cárcel, **Briscos** le dicen a los homosexuales, **Pichicata** le dicen a los remedios, **Lágrimas** son unos nylon rellenos de marihuana, **Rancho** le dicen a la comida del mediodía ,**Mangochos** le dicen a la plata, **Maruja** le dicen a la marihuana, **Requecho** le dicen al guiso que se hace a la noche con rejuntes efectuados celdas por celdas a través de los boquetes.

 **………………………………………………………………………………………**

A título de que los lectores pueden tener la certeza que los hechos relatados no han sido exagerados es que acompañamos estas Crónicas y videos con información real.

1-A

# Guardia del COMCAR describe la "vida deprimente" dentro del penal

#### Esta cárcel sigue así

El sindicato de policías de Montevideo divulgó una carta escrita por un guardia del COMCAR en el que denuncia la “vida deprimente” que comparten policías y reclusos dentro del penal. El funcionario alude a la rutina entre ratas, agresiones y diferencias salariales con policías “menos expuestos”.

El Sindicato de Funcionarios Policiales de Montevideo (SIFPOM) difundió este miércoles una carta escrita por un guardia del COMCAR en el que denuncia la "vida deprimente" que se vive dentro del centro de reclusión y cuestiona la falta de recursos y la distribución "desigual" de las remuneraciones.

"El día inicia a las siete de la mañana con los controles de los reclusos", comienza la carta, aclarando que si bien la tarea "debería hacerse con un mínimo de tres policías", habitualmente se cumple con uno solo. "Voy por las celdas y pasillos oscuros en las que se encuentran varios reclusos: rapiñeros, ladrones, homicidas, violadores, delincuentes", expresa, consignando que "el 'clima' es complicado" en las 40 celdas que debe inspeccionar.

El policía penitenciario asegura que "es normal caminar por los pasillos infestados de ratas y otras pestes" y reafirma: "Uno se siente humillado cuando debes abrir una celda por la tarea que fuera y se te cae encima un enjambre de cucarachas".

En efecto, sostiene que "existen innumerables casos de camaradas que contraen tuberculosis, sarna humana, piojos e infecciones en la piel, así como otras enfermedades por estar en contacto directo con esas cosas". Los problemas psicológicos, afirma, también "son comunes" entre los guardias de la cárcel, que también son los que presentan "el mayor índice de divorcios". Los reclusos viven una situación similar, con "innumerables dolencias contagiosas".

La carta alude además a varios casos de "agresión física" hacia los policías por parte de los internos y recuerda algunos casos que trascendieron públicamente, como el del policía Oseas Pintos, asesinado "cobardemente" por uno de los reclusos que anteriormente había intentado fugarse junto a otros dos, armados con "pistolas semiautomáticas más modernas que el viejo armamento" de los guardias.

"Esta es la realidad que se vive, no la que maquillan las autoridades", prosigue la carta, para luego referirse a la realidad de los reclusos: "Imagínense esta vida deprimente, personas que son altamente conflictivas, que tienen problemas con todos aquellos que los rodean, con la sociedad entera, con sus familias, que se autoflagelan, se abusan sexualmente, que ingieren objetos de todo tipo, que generan hechos de peligrosidad para el resto, que desconocen cualquier límite, moral o ley; con adicciones, que se agreden y agreden porque es su cotidianeidad".

"Esa es la cárcel que hoy por hoy tenemos entre las manos los penitenciarios", enfatiza el guardia, agregando que los policías "somos quienes mantenemos esto en pie la mayoría de las veces" y señalando que hay "sectores con 500 reclusos y tan sólo tres funcionarios para su atención".

El funcionario también plantea la "disconformidad con cierta remuneración que se brinda a policías externos", en referencia a los que se encargan de la guardia perimetral de los centros de reclusión. Según afirma, "un policía penitenciario percibe aproximadamente 900 pesos mensuales de viático mientras que un coracero, que únicamente se encuentra al ingreso de la unidad supervisando escáneres, percibe 4500".

El guardia asegura: "Mi carta intenta retratar un sentir que sé que es general, entre nosotros", y firma la misiva presentándose como "un policía penitenciario entre tantos".

**………………………………………………………………………………………**

2-A

[**Nacional**](http://www.elobservador.com.uy/contenidos/nacional.html) **cárcel**

# El video que delató a un preso mostrando cortes en el Comcar

Marzo 13, 2015 18:21

La Policía requisó varias armas blancas y un celular en módulo 11, donde están los primarios, a raíz de las imágenes difundidas

La Policía logró incautar una serie de cortes carcelarios y un celular a raíz de la divulgación la semana pasada de un video grabado por un preso del módulo 11 del Comcar, donde están recluidos los presos primarios, los que nunca antes habían estado en cárceles. En el video, difundido a través de Whatsapp, se puede ver cómo un preso le muestra a otro siete cortes carcelarios y se los ofrece.

Cuando el video llegó a las autoridades del Instituto Nacional de Rehabilitación, las autoridades revisaron las celdas e incautaron las armas y el celular.

*“Y te voy a mostrar lo que tengo pa’ vo’. Mirá, escuchá, pará un cachito, ñeri. Elegilas, sabé. ¡Mirá cómo está este! Pura púa”, dice el recluso en referencia al filo de uno de los cortes. “¿Precisás alguno más? ¿Avisame, ta, ñeri?. Con este quiero pelear y con este quiero estrenarlo. Imaginate”, agrega el preso.*

La pelea entre dos reclusos ocurrió el sábado pasado en la planchada del módulo 3. Uno de los presos murió tras el enfrentamiento. La pelea entre los reclusos ocurrió el sábado 31 NOV 09 en la planchada del módulo 3 del Comcar (Complejo Carcelario), luego de las hora 15.

**………………………………………………………………………………………**

3-A

## Jhonatan Farías fue inculpado por dos rapiñas que no cometió

# Absuelto tras cinco años preso: "Perdí mi juventud en el Comcar"

"El Comcar es un horror, allí perdí casi cinco años de mi juventud", dijo a El País Jhonatan Farías, un ex recluso que fue absuelto hace dos meses por el Tribunal de Apelaciones de haber cometido dos rapiñas.

Farías trabajaba en un puesto de feria. A principios de 2009, cuando regresaba del trabajo a su casa en Los Bulevares, fue detenido por una supuesta venta de repuestos de motos robadas. No se le imputó ningún delito en ese momento.

Tres meses más tarde, el 21 de mayo de 2009, fue nuevamente detenido por esa causa y llevado al Juzgado de 10° Turno. Resultó procesado por una rapiña cometida a un cyber y un supermercado. Sin embargo, hubo "deficiencias" en el proceso penal, según el fallo del Tribunal de Apelaciones de 4° Turno al que tuvo acceso El País. (Ver nota aparte).

Farías perdió a sus padres antes de ir a prisión. Para poder mantenerse en el penal, vendió su casa en Los Bulevares y todos los muebles.

El fallo señala que, en la rapiña al cyber, Farías se encontraba en el comercio como cliente y fue acusado por la dueña "en forma errónea".

En tanto fue involucrado en la rapiña al supermercado por una testigo en el mismo momento en que trabajaba en un puesto de venta de frutas y verduras, agrega el dictamen.

Del fallo del Tribunal de Apelaciones también se desprende que el autor de la maniobra con repuestos de motos robadas fue protagonizada por su hermano menor de edad.

Jonhatan, quien carecía antecedentes penales, fue derivado a Cárcel Central tras su procesamiento. Allí pasó cinco días en una celda de cuatro por cuatro metros con otros 16 internos, dijo.

Luego pasó al Comcar. "El primer día me acosté a dormir en un suelo inundado con un colchón finito. Para mí era como una pesadilla. Al otro día, estaba acostado con los ojos cerrados y siento caer el ruidito del agua de las cloacas. Ahí se me cayó la ficha de que estaba en la cárcel", dijo.

Al principio se deprimió. Luego trató de vivir "el día a día" con la esperanza de que le llegaría la libertad, que todo era un error.

Una de sus tías creyó en su inocencia y contrató a la abogada penalista Carolina Bautel Menafra para que presentara una apelación.

"Todos los días pensaba que me iría de la cárcel en cualquier momento. Seguí pensando así hasta que debí firmar mi condena por siete años por dos rapiñas. Ahí me preparé para enfrentar esa pena", relató.

"En la cárcel no te dan nada. La comida es un desastre", dijo.

Tras el fallo del Tribunal de Apelaciones, su abogada, Carolina Bautel Menafra, iniciará una reclamación civil al Estado por daños y perjuicios.

### Motines.

El hacinamiento afectaba el relacionamiento y generaba problemas de convivencia entre los presos en 2009. El Comcar es una de las principales cárceles del país con 3.400 internos.

Farías enfrentó en la prisión situaciones peligrosas como un intento de homicidio y de un motín. "Un día me llamaron a una celda y me preguntaron: `¿Vos sos el Jhona de Los Bulevares? Respondí que sí. Por el respiradero de la celda me tiraron dos puñaladas. Una pude esquivarla y la otra me cortó la cara. Si me agarraba un poco más abajo me degollaba. Nunca supe por qué lo hicieron", dijo.

Los problemas de convivencia adentro de la cárcel son cotidianos, señaló Farías. "Si llega la hora de la comida y hay tres platos y los presos son cuatro, surgen enfrentamientos. Cualquier situación en una cárcel puede transformarse en una pelea", expresó.

También recordó que los problemas que tienen los hermanos con otras personas en el barrio se replican en la cárcel. "Si mi hermano tuvo un lío con alguien afuera y ese tiene un familiar preso, yo también tengo problemas dentro del penal", dijo Farías.

Después del incidente con un preso de otra celda, Farías pidió un pase para el módulo II (Seguridad) del Comcar.

Pero su situación se agravó. En ese módulo era rutina robarse unos a los otros. "Las celdas estaban llenas de boquetes y los presos podían pasar de una a otra para hurtar celulares, televisores o radios a sus propios compañeros de prisión", relató.

### Furia.

En 2011, Farías se vio envuelto en un intento de motín en el módulo III del Comcar. Efectivos de la Guardia Republicana irrumpieron en el lugar y disipó la movilización. "Nos mataron a palos. Yo no tenía nada que ver y recibí varios golpes en la espalda. Después nos metieron a todos adentro de la celda y se terminó la revuelta", señaló.

Los famosos motines ocurridos en 2012 y 2013 en el módulo V y fueron vistos desde lejos por Farías. Estaba en otro edificio del Comcar.

En ese momento, dijo, "me encontraba en otros módulos más suaves. Al trabajar como cocinero y no generar problemas, recibí beneficios y pasé a celdarios mejores".

Hace dos meses, el 30 de septiembre, fue liberado por el fallo del Tribunal de Apelaciones.

Farías dijo que concurrió al Patronato de Encarcelados y Liberados y no recibió ninguna ayuda. "No obtuve nada de ellos. Hice el trámite y cobré unos $ 22.000 que generé trabajando adentro del Comcar" en los años que estuvo preso, dijo.

Alojado en la casa de su hermana, Farías salió a buscar trabajo. "Cada vez que cuento que estuve preso y que el Tribunal de Apelaciones borró mis antecedentes, me dicen que me van a llamar pero nunca lo hacen. La gente se asusta", dijo.

Hace dos días, Farías consiguió trabajo en una obra de construcción dirigida por un amigo.

**………………………………………………………………………………………**

###

### 4-A

### Uruguay: sobrepoblación y muerte en centro penal COMCAR

## Tensión en Comcar tras la tragediaSe trata del peor episodio ocurrido en las cárceles uruguayas. Cinco presos murieron al incendiarse una celda del Comcar. El incidente generó ayer un clima de tensión en dicho penal."Se preocupan de que todas las visitas tengan tapabocas, pero adentro dejan achicharrarse a los reclusos", protestó ayer una anciana durante la visita de familiares a los presos del Comcar.La frase reflejaba la indignación de gran parte de los familiares por la muerte de los encarcelados. Los guardias recomendaban a los familiares que se retiraran lo antes posible ante la eventualidad de que la tensión reinante en el penal derivara en un motín.Entre las 21.30 y las 22 horas del lunes 24, un griterío sacudió la modorra de los tres o cuatro policías que se encontraban de guardia en el Sector Boxes ubicado en la entrada del Módulo VI del Comcar.El incendio se desató en una celda de cuatro por tres metros ocupada por cinco reclusos. Tres de ellos se encontraban allí esperando un traslado al Penal de Libertad. Habían protagonizado un incidente con otros presos el fin de semana pasado. Los otros dos encarcelados habían solicitado su traslado al Penal de Libertad porque tuvieron, según afirmaron a El País fuentes carcelarias. Estos carecían de observaciones por problemas de conducta, lo que llamó la atención a las autoridades penitenciarias. Es que las condiciones de internación del Penal de Libertad son más rigurosas que las del Comcar.RECHAZOLos reclusos fallecidos en el incendio fueron Jorge Peñaloza (23), Romeo Garín (28), Adrián Salaberry (27), Christian Alemán (30) y Robert Correa (28). Los cinco habían sido remitidos por rapiñas y hurtos.En el Sector Boxes se alojan presos sancionados o en tránsito hacia otras cárceles. La mayoría de las veces tienen como destino el Penal de Libertad, un lugar usado por las autoridades penitenciarias para derivar a internos considerados conflictivos.En el Penal de Libertad -la única cárcel de máxima seguridad existente en el país- el encierro es casi total. Allí los presos no deambulan durante varias horas por "la planchada" -pasillo que une el celdario en el Comcar- sino que permanecen gran parte del día dentro de sus celdas.Los calabozos del Sector Boxes son similares a los que se ven en las películas: rejas frontales y los laterales y fondo fueron construidos de material.Una de las hipótesis manejadas ayer por la Policía es que uno o dos presos sancionados iniciaron la protesta o llamado de atención porque reclamaban una mayor rapidez en el traslado. Doblaron un colchón y lo prendieron fuego. Luego intentaron pasarlo a través de la reja. Este se hinchó y cayó encendido dentro de la celda sobre otros colchones. El fuego se extendió. Las llamas llegaban hasta el sector superior, tal su intensidad. Según fuentes policiales, este tipo de protestas son comunes en las cárceles. Generalmente el colchón cae en el pasillo, genera un foco ígneo y luego corren los policías a apagarlo. Al otro día, como sanción, los presos revoltosos son trasladados.Al escuchar el griterío, los policías abandonaron la Guardia ubicada en la puerta del Módulo VI y corrieron hacia el Sector Boxes. Se encontraban a siete metros del lugar. Debieron cruzar dos portones con cerrojos hasta llegar al celdario.Al llegar al lugar, los policías constataron que estaba a oscuras. El sistema eléctrico había colapsado por las llamas. Debieron regresar a la Guardia a buscar linternas y elementos para cubrirse el rostro para enfrentar el humo y el calor. Dos guardias sufrieron intoxicaciones.En una primera instancia, los guardias abrieron la puerta de las celdas contiguas a la incendiada y evacuaron 14 reclusos. Luego munidos de cinco extintores apagaron el fuego de la celda desde el pasillo.El calor había dañado la cerradura de la puerta y destruido los vidrios del pasillo. Ello obligó a los policías a retornar por segunda vez a la Guardia para buscar herramientas para romper la puerta.De adentro de la celda sacaron a un recluso que estaba cerca de la puerta. Su cuerpo sin vida quedó en el pasillo. Los otros cuatro perecieron por asfixia dentro de la celda. El fuego carbonizó sus cuerpos.Según fuentes médicas, lo máximo que resiste una persona en un escenario similar al vivido por los reclusos son seis minutos."Los productos de la combustión que generan elementos tóxicos son el óxido y el monóxido de carbono. En este caso en particular, los colchones, además producen cianuro, un elemento tóxico que en un corto período determina una intoxicación fulminante", dijo el director de Bomberos, Raúl Perdomo. Agregó que su experiencia como bombero dice que, en estas circunstancias, "un 75% de las personas que mueren en el incendio es como consecuencia de los productos de la combustión; sólo 25% por efecto directo del fuego".AJUSTE. En la mañana de hoy, el Comisionado Parlamentario para el Sistema Carcelario, Álvaro Garcé presentará un informe al Parlamento sobre lo sucedido en el Comcar.El lunes 24, Garcé arribó a ese penal poco después de la muerte de los presos. Al mediodía de ayer, regresó al Comcar para dialogar con autoridades del penal."Vi la escena tal como estaba. Observé a un cuerpo sin vida en el corredor y cuatro cuerpos calcinados dentro de la tercer celda del Sector Boxes", indicó.Consultado sobre si el incidente podría haber sido el resultado de un ajuste de cuentas entre los reclusos, Garcé desestimó esa versión."A mi juicio es muy difícil que haya sido un problema entre presos", señaló el comisionado.Por su parte el director de Cárceles, Horacio Zaugg afirmó que todas las celdas del Sector Boxes "estaban trancadas" antes del incendio. De esta forma, el jerarca policial descartó cualquier posibilidad de que el foco ígneo se hubiera originado fuera de la celda y luego propagado dentro de la misma.El juez penal Luis Charles no encontró elementos o pruebas que vinculen el episodio como una venganza entre presos.GRAVEDAD. En la mañana de ayer, en una conferencia de prensa, el ministro del Interior, Jorge Bruni calificó de "desgraciado suceso" las muertes de los cinco encarcelados.Por su parte Zaugg señaló que, además de la instancia judicial, se está realizando en el Comcar una investigación interna para tener más detalles de lo ocurrido en el Sector Boxes.La demora en abrir la puerta de la celda fue reconocida por el director interino de la Policía Nacional y titular de Bomberos, Raúl Perdomo. Una cárcel, agregó, es un edificio particular muy diferente de un edificio de apartamentos o un liceo."En un penal el componente de la seguridad es importante. Hay que abrir portones y rejas. Ante una situación como un incendio, ello conspira con la velocidad de evacuación", dijo a El País el director de Bomberos.Según Perdomo, los policías debieron abrir puertas y celdarios porque, de otra forma, los reclusos "no tienen posibilidades" de autoevacuación.Familiares de presos muertos criticaron reacción de la guardiaAyer (27/08/09), a unos 20 metros de la entrada del penal de Santiago Vázquez (Comcar), tres familiares de uno de los reclusos fallecidos en el incidente del lunes 24 se quejaban de la presunta omisión policial en abrir la puerta de la celda. "La guardia los dejó morir, porque estaban haciendo una protesta. Acá lo sabe todo el mundo", afirmó uno de ellos.El padre de uno de los reclusos fallecido responsabilizó a las autoridades que custodiaban el módulo y afirmó que llegará a las últimas consecuencias, según consignó ayer radio El Espectador.La esposa de otro de los fallecidos dijo que no había podido reconocer a su marido. "Vine a buscar los papeles para tramitar su entierro, porque está calcinado. No lo puedo reconocer; tengo que ir a la morgue a levantar el cuerpo", dijo.Ayer el malestar era generalizado en el Comcar. Varios presos señalaron a El País que los guardias demoraron en brindar asistencia y agregaron que los pedidos de auxilio no son atendidos con celeridad. También se quejaron del hacinamiento en que se encuentran alojados donde, en piezas de tres por tres metros, conviven nueve internos.Las críticas de los presos también apuntan a la calidad de la alimentación del "rancho". "Casi nunca vemos algo de carne. Pero los guardias comen asados casi diariamente", se quejó un interno.Los policías a su vez se quejan de los horarios extendidos y el elevado estrés generado por la convivencia con reclusos. También señalan que el régimen laboral -una semana de trabajo por otra de asueto- afecta sus relaciones familiares.Los hitos del INCENDIOLos fallecidosLos reclusos que perecieron en el incendio en el Sector Boxes fueron Jorge Peñaloza (23), Romeo Garín (28), Adrián Salaberry (27), Christian Alemán (30) y Robert Correa (28).Por qué estaban allíTres de los cinco reclusos muertos se encontraban sancionados en el Sector Boxes por un incidente. Los otros dos pidieron su traslado al Penal de Libertad por problemas de convivencia.Reacción oficialEl ministro del Interior calificó de "desgraciado" el episodio ocurrido en el Comcar. La Dirección Nacional de Cárceles inició una investigación interna para dilucidar si los guardias actuaron en forma rápida o no.Informe al ParlamentoEl comisionado parlamentario descartó que el incidente haya sido el resultado de un ajuste de cuentas entre presos. Hoy presentará un informe sobre el hecho fatídico al Parlamento.La resolución judicialA pedido de la fiscal Dora Domenech, el juez Luis Charles archivó el expediente que indagó los hechos. Concluyeron que no hubo omisión de los guardiacárceles, ya que intentaron socorrer a los reclusos.Comcar: la cárcel más hacinadaEl Comcar cuenta con 3.000 reclusos, siendo que su capacidad original es de 1.624 plazas, lo que lo transforma en el centro penitenciario más superpoblado de todo el país. El hacinamiento en el centro es del 70%, según lo estableció el comisionado parlamentario para el sistema carcelario, Álvaro Garcé en su último informe elaborado en el pasado mes de abril. Si bien en los últimos meses el Ministerio del Interior habilitó 750 nuevos cupos -lo que permitió un leve descongestionamiento- esa cantidad se tornó insuficiente en poco tiempo debido a que mensualmente el Comcar suma un promedio de 70 nuevos reclusos, en virtud de que el Penal de Libertad también está "topeado" y prácticamente no puede recibir internos, según indicó en los últimos días el Círculo Penitenciario, asociación que reúne a la gran mayoría de los guardia cárceles de todo el país. A fines del pasado mes de marzo, durante una visita a Uruguay, el relator de Derechos Humanos de la ONU, Manfred Nowak, cuestionó duramente las condiciones de reclusión en los centros penitenciarios uruguayos. En particular, sostuvo que el Penal de Libertad es una de las peores cárceles que visitó en el mundo. En relación al Comcar, el experto internacional dijo que si bien la situación no es tan dramática, existen algunos módulos donde es igual a Libertad, y puso como ejemplo el módulo 2, en el que fueron alojados más de mil presos cuando su capacidad es para 120.

**……………………………………………………………………………………**

5-A

**"El Comcar es un pequeño pueblo, pero en condiciones terribles"**

En un día de visitas, cerca de 4.000 personas se congregan en el predio que ocupa el Complejo Carcelario Santiago Vázquez. "Esto es igual a la población que tienen algunos pequeños pueblos del interior, pero en condiciones terribles", dijo el senador blanco Carlos Moreira.
Esto es porque esa masa de personas vive en medio de un peligroso hacinamiento, sin habilitación de Bomberos y sin un protocolo de evacuación ante una emergencia, agregó el legislador a EL PAÍS digital.
La tragedia ocurrida a principios de semana, donde cinco reclusos perdieron la vida tras incendiar un colchón en la celda donde estaban recluidos, reavivó la polémica sobre el caos que reina en el Comcar.
Además, los informes presentados ante el Parlamento por el Comisionado Parlamentario para el Sistema Carcelario, Álvaro Garcé y las autoridades del Ministerio del Interior mantienen claras discrepancias que, dijo Moreira, merecen ser investigadas.

El ministro Jorge Bruni dijo ayer ante la Comisión de Seguimiento del Sistema Carcelario que todavía estaba en proceso una investigación administrativa y aclaró que en los testimonios recogidos durante la pericia policial, no había testimonio alguno que denunciara la falla de un extintor.
Pero Garcé afirma que algunos testigos le informaron que los guardias habían demorado y que el primer extintor utilizado no funcionó. "Hay discrepancias en los testimonios. Quedan dudas y hay que seguir profundizando la investigación", dijo Moreira, quien quedó con la impresión de que el ministerio no tenía la intención de averiguar cosas que pudiesen contradecir lo que ellos dijeron.

**HABILITACIÓN**.
La polémica también está en que una dependencia estatal de alto riesgo como es una cárcel no cuente con una habilitación de Bomberos. Moreira se preguntó cuándo había sido la última vez que se habían revisado los extintores, ya que no había coordinación alguna para una emergencia.

El legislador dijo que esto no es una luz amarilla, sino ya roja, que alerta sobre la necesidad de tomar medidas sobre una inmensa población que convive con la droga y el hacinamiento.
"Ojala nunca vuelva a pasar. Pero se encierran siete o diez personas en un lugar que es para uno. Falta que alguien se vuelva loco, prenda fuego un colchón y mate a todos los que están con el. El tema del hacinamiento tiene mucho que ver con esto", puntualizó Moreira.
Otro problema es la falta de criterio a la hora de mezclar a la población reclusa. En ese bloque de celdas, que tampoco contaba con un baño, Moreira afirmó que había presos que estaban procesados por cometer rapiñas con otros que lo estaban por hurto.
El director de cárceles, Horacio Zaugg, respondió ante la comisión que a cada preso se le pregunta si no tiene problemas en compartir una celda con tal o cual persona.
Para Moreira esta metodología no es una verdadera clasificación y que tampoco se recomienda en ningún manual internacional. "Eso es un gran caos. Yo me imagino que el director hace lo que puede, pero es una situación muy compleja, casi imposible", opinó.
El camino parlamentario será esperar un poco por el avance de las investigaciones que siguen en curso. Moreira pedirá, además, que se habilite la comparecencia de Garcé para que pueda ampliar sobre lo presentado en su informe y enfrentarlo a las contradicciones que se generaron tras la reunión con el ministro Bruni.

**…………………………………………………………………………………………………………………………………**

**6-A**

**Video**

El Comcar por dentro

Historias de Cárcel

**…………………………………………………………………………………………………………………………………**

**7-A**

**CÁRCELES**

# Libertad 2002 y Comcar 2009, dos mojones en la historia

Abril 11, 2011 19:03

La rebelión de hace siete años dejó deshecho el Penal; el motín del lunes fue el primero con trágico desenlace

La muerte de cinco reclusos este lunes en el Comcar, marcó un mojón en la historia carcelaria de Uruguay. El motín en el penal de Libertad ocurrido en marzo de 2002 marcó otro.

Nunca antes una cárcel de Uruguay sufrió semejantes destrozos ni tampoco un establecimiento estuvo en poder de los presos durante cuatro días. Así lo señala la historia carcelaria uruguaya de las últimas cinco décadas. Pero pese a las proporciones del hecho y la tensión generada, nadie resultó lastimado de entidad.

A partir de allí el sistema comenzó a sacudirse a menudo con motines de mayor y menor intensidad pero en su casi totalidad motivados por un nuevo ingrediente: el hacinamiento.

El escenario del pasado lunes fue muy diferente. Le tocó al Comcar, un establecimiento donde el hacinamiento es impactante y del que siempre se esperaba una rebelión en masa.

Curiosamente, el motín no fue de proporciones. Cinco internos alojados en un área especial del módulo 6 denominada boxes -donde como máximo hay 25 presos- comenzaron el incendio. El presunto reclamo tampoco era frecuente: exigían un rápido traslado al Penal de Libertad. No hubo violencia, ni rehenes.
Pero el saldo fue de cinco presos muertos atrapados entre las llamas y los gases tóxicos producto de la quema de los colchones.
Por primera vez en un motín morían cinco presos. Un hecho que quedará marcado a fuego en la historia penitenciaria uruguaya.

“Tengo muchos años en esto y ya lo he hablado con policías que han trabajado en cárceles por años. Nunca vimos algo así. Es una verdadera tragedia que quedará grabada desgraciadamente en la historia uruguaya”, señaló a Observa el Comisionado Penitenciario Alvaro Garcé.

Maria Noel Rodríguez, asesora en temas carcelarios del Ministro Jorge Bruni y con una larga experiencia en temas penitenciarios, también señaló a Observa que un hecho así, con cinco muertes en un motín, “no registra la historia carcelaria”.

Indicó que pese a la tragedia que significa perder cinco vidas, pudo ser peor. “No es consuelo pero también es cierto que se salvó la vida de otros 19”, reflexionó.

Recordó la rebelión en la cárcel La Magdalena de la provincia de Buenos Aires. En octubre de 2005 murieron 32 presos por asfixia como consecuencia de la quema de colchones.

LIBERTAD 2002

En el Penal de Libertad se registró el mayor motín que conozca la historia carcelaria uruguaya. Los 336 presos allí alojados mantuvieron el control del establecimiento durante cuatro días y tomaron como rehenes a 10 policías, quienes fueron liberados sanos y salvos.

Tres años antes (1999) el Penal también vivió un intento de motín pero fue rápidamente neutralizado y los destrozos fueron menores. Pero fue una señal.

Pero en marzo de 2002 a partir de la noche del 1º de ese mes, Mario “Marito” Soria –hoy fallecido- y Néstor Peña Otero, más conocido como el popular “Rambo”, encabezaron la revuelta reclamando mejores condiciones de reclusión y denunciando golpizas y corrupción por parte de la guardia policial.

El motín cobraba vigor y entonces el Ministerio del Interior solicitó apoyo a su par de Defensa. La presencia de militares en el predio exasperó más los ánimos de los revoltosos y se temió lo peor.

Finalmente, un grupo especial de asalto de la Policía irrumpió en el Penal y redujo a los presos. Quedó destrozado y la opción para alojar rápidamente a los internos fueron los ahora cuestionados módulos de acero. Recién a mediados de 2008 culminaron las obras de reacondicionamiento del penal tras los destrozos del año 2002. Los daños fueron estimados en US$1,3 millones.

El hecho marcó un antes y un después en la vida carcelaria uruguaya ya que el complejo carcelario fue lisa y llanamente destruido ocasionando una pérdida al Estado cercana a los US$ 1,5 millones.

Algo de razón tenían los reclusos cuando en la revuelta del año 2002 denunciaron corrupción. El director del Penal de Libertad fue procesado por “peculado”. José Sande Lima vendió en provecho propio piezas de sanitario y todo tipo de escombros que dejó el motín.

En los meses siguientes y cuando el Penal recobró la normalidad, se sucedieron varios crímenes. Detrás de ellos estaban “Rambo” y “Marito” pasando facturas a aquellos internos que no colaboraron con el motín.

Desde 2007 y en lo que va de 2009, como consecuencia del hacinamiento que padece el sistema carcelario, los motines se transformaron en moneda corriente. Sin embargo, nunca hubo muertos hasta este lunes.

No obstante en marzo de 2009 la cárcel departamental de Canelones se vivió un hecho similar. Tres reclusos estuvieron al borde de perder de la vida de no mediar la rápida intervención de los policías, quienes entraron a la celda en llamas. Pese a la intoxicación y quemaduras en todo el cuerpo, los tres peligrosos delincuentes están con vida.

LO MOTINES MÁS RELEVANTES:

JUNIO 2007. Motín de proporciones en la cárcel departamental de Cerro Largo que culmina con una decena de heridos, entre policías y presos. El establecimiento quedó destrozado. Todo comenzó cuando un interno agredió al director de la cárcel.

MAYO 2008. Casi toda la población carcelaria del establecimiento de reclusión de Rivera se amotinó. La tensión fue tremenda porque algunos internos estaban armados. Hubo intercambio de disparos pero tras cuatro horas, el motín fue dominado. Dos policías y tres internos resultaron heridos.

NOVIEMBRE 2008. Motín de proporciones en la cárcel departamental de la ciudad de Mercedes. Policías y presos resultaron heridos.

MARZO 2009. Motín en la cárcel departamental de Canelones. Tres peligrosos reclusos realizan una quema de colchones dentro de la celda. Fueron rescatados por los guarda cárceles. Dos de ellos corrieron riesgo de vida por inhalación de gases tóxicos y quemaduras de entidad. El motín fue controlado.

Abril 2009. Motín en el establecimiento penitenciario de Las Rosas (Maldonado). Un recluso resultó herido.

MAYO 2009. Motín en la Cárcel Cabildo de mujeres en Montevideo. Unas 10 mujeres fueron dominadas por la Policía.

JUNIO 2009. Motín protagonizado por 50 presos de la cárcel departamental de Rivera. No hubo heridos.

………………………………………………………………………….

**8-A**

**Relator sobre la tortura dijo que está más hacinada que la peor cárcel de áfrica
ONU recomienda inmediato cierre del Penal de Libertad**

Sábado de marzo de 2009

|  |  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- | --- |
|

|  |  |
| --- | --- |
|  |  |
|  “Las condiciones de reclusión en el Penal de Libertad son peores que en la cárcel de Black Beach”. Así definió el relator de la ONU sobre la tortura, Manfred Nowak, la situación en la cárcel uruguaya en comparación con el presidio de la dictadura de Guinea Ecuatorial. |

|  |  |
| --- | --- |
|

|  |
| --- |
| Manfred Nowak fue nombrado relator especial de las Naciones Unidas el 1° de diciembre de 2004 por la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas. En calidad de tal, es independiente de cualquier gobierno y trabaja a título individual, realizando visitas "sorpresivas" a los centros de detención, reclusión y asistencia psiquiátrica de los países, en donde mantiene entrevistas personales con los internos. Nowak fue miembro del Grupo de Trabajo sobre las Desapariciones Forzadas o Involuntarias, trabajó como experto de la ONU sobre esta materia en la antigua Yugoslavia y como juez de la Cámara de Derechos Humanos para Bosnia y Herzegovina. Es profesor de Derecho Constitucional y Derechos Humanos de la Universidad de Viena. |

 |

Tras concluir ayer su visita oficial iniciada el 21 de marzo por invitación del gobierno uruguayo, Nowak señaló que el penal de Libertad es "una de las peores cárceles que ha visto" en su recorrida por diferentes centros de reclusión del mundo. En declaraciones exclusivas a Ultimas Noticias, el emisario internacional aconsejó que ese Penal "debe ser clausurado lo antes posible". El representante de la ONU dijo en conferencia de prensa que la situación con que se encontró en Uruguay en materia de reclusión y violación de derechos humanos es "peor de lo que imaginaba". Si bien recibió "pocas denuncias de tortura" probadas con exámenes forenses, sí "numerosas y creíbles" de malos tratos y uso excesivo de la fuerza por parte de la Policía en las cárceles, comisarías y centros de detención de adolescentes.Durante su misión, Nowak visitó el Comcar, el penal de Libertad, Cárcel Central, el Pabellón de Mujeres de la cárcel departamental de Canelones, la Colonia Berro y los hogares del Inau Piedras, Ser y Puertas, la Jefatura de Policía de Montevideo, las seccionales policiales 1ª y 15ª, el hospital psiquiátrico Vilardebó y la colonia de asistencia psiquiátrica Dr. B. Etchepare.Nowak señaló que las condiciones en los módulos de acero de Libertad conocidos como "las latas", "son un insulto a la dignidad de los reclusos, así como de los guardias que tienen que trabajar ahí, corriendo riesgo de vida". Además, criticó que la denominación "Libertad" es "cínica" para un centro de reclusión "reconocido en el mundo como un sitio donde se practicó sistemáticamente la tortura durante la dictadura. Lamentablemente este penal sigue existiendo y con el mismo nombre", se quejó.El relator calificó de "shock" lo que le provocó la visita a "las latas" y dijo que "nunca estuvo en un sitio donde tantos reclusos le dijeran que los tratan peor que a los animales" e invitó a que los uruguayos lo visiten y lo comprueben con sus propios ojos. Nowak definió esos módulos de acero como "pequeñas jaulas donde los presos pasan años, no por 48 horas".Al referirse al Comcar, el especialista austríaco reconoció que las condiciones comparativamente son mejores, pero subrayó la existencia de algunos módulos como el 2 diseñado inicialmente para 120 reclusos, que hoy aloja "tres veces más: 584 internos". También indicó que en celdas construidas para 2 o 3 presos duermen hasta 11, con pésimas condiciones higiénicas, con acceso restringido al agua que fuerza a los reclusos a tomarla del inodoro y, como resultado, a usar botellas de plástico o bolsas para hacer sus necesidades fisiológicas. El acceso médico es limitado, por lo que "los presos tienen que infligirse cortes en el cuerpo para poder ver a un doctor", informó Nowak. Según las conclusiones preliminares de su informe, la situación de violencia intercarcelaria es "alarmante" ya que durante 2009 tres personas murieron dentro del penal de Santiago Vázquez. De hecho, durante su visita a ese recinto el jueves, tuvo lugar un altercado entre dos grupos de presos que determinó la suspensión de las visitas de los familiares. Nowak se lamentó de que el régimen "liberal" de visitas se vea "socavado" por las "requisas humillantes" a las que se las somete. De todos modos remarcó como positivo el hecho de que la custodia policial esté salvaguardada por el habeas corpus y que los detenidos sean llevados ante el juez en un plazo de 24 a 48 horas. Pero criticó la inexistencia de separación entre los presos procesados y los condenados en las cárceles, como marcan las normas internacionales. Además, denunció el "altísimo porcentaje" de detenidos aún sin juicio y estimó que "debería aplicárseles la presunción de inocencia". Nowak alertó que los niveles de criminalidad van en aumento y los problemas que enfrenta el sistema penitenciario y sistema de Justicia juvenil son resultado de "la falta de una política penal integral", lo cual impide a los reclusos reinsertarse en la sociedad una vez que son liberados. Consideró que la ley de Humanización del Sistema Carcelario fue "un paso importante que dio este gobierno", pero aún se necesitan "algunos cambios fundamentales al sistema de Justicia penal". En cuanto a la Colonia Berro, el relator expresó que la privación de libertad de los adolescentes se utiliza "como primer recurso y no como el último". Informó que los menores tienen sólo dos horas de patio y permanecen encerrados durante las otras 22 horas, situación que "llama a la rebelión".Según sostuvo Nowak, en la mayoría de estos chicos de entre 15 y 17 años hay problemas de adicción y muchos "reciben sedantes como sustituto a las drogas". Además, en entrevistas personales le manifestaron que son víctimas de golpes, aunque reconoció la vulnerabilidad de los funcionarios de los hogares que deben "huir" cuando se producen los motines.Caducidad no debe existirEn un mano a mano con Ultimas Noticias, el relator de la ONU sobre la tortura afirmó que la ley de Caducidad "no debe existir". "No debe haber amnistía, pero se debe luchar contra la impunidad", señaló Manfred Nowak. Sin embargo, dijo que la campaña para anular la ley 15.848 es "un tema que debe resolver la sociedad uruguaya". El emisario entiende que el gobierno dio "un gran paso" al conducir ante la Justicia a los militares que cometieron delitos de lesa humanidad durante la dictadura, pero destacó la necesidad de que reciban "un juicio justo, dentro de un plazo razonable". Para Nowak, enfrentar el pasado es "una materia altamente difícil" y entiende que hasta el momento las víctimas y los victimarios no lograron comprenderse mutuamente. Calificó el proyecto de ley de reparación como "una buena posibilidad" de procurar una reconciliación para la cual "debe haber voluntad de ambas partes". También llamó a preservar la memoria de los desaparecidos y muertos. Por otra parte, Nowak recomendó establecer un Ministerio de Justicia, como en otros países y ampliar el mandato del comisionado.El informe GarcéEl informe que días atrás elevó al Parlamento el Comisionado Álvaro Garcé señaló que "de mantenerse la tendencia comprobada en 2008 se prevé que el año próximo habrá 1.500 personas recluidas más que en 2005". "En Libertad se constató que la reclusión en los celdarios metálicos es incompatible con las disposiciones internacionales y nacionales. Lo mismo sucede en los módulos III, IV y V de Comcar. El panorama en estos casos se mantiene inalterado con relación a lo expuesto en el informe anual anterior", señaló. Asimismo añade que "el hacinamiento es un rasgo negativo de nuestra realidad penitenciaria. Sus consecuencias deprimen las condiciones de vida de los internos e internas y la seguridad en el trabajo del personal”. Garcé sostiene que la higiene es deficiente en las cárceles con sobrepoblación y entre aceptable y buena en las que no presentan un hacinamiento crítico. Sostiene que el aumento constante en la población reclusa es consecuencia de la falta de una política criminal racional y equilibrada.LAS PEORES CÁRCELES (en base a informe de la revista Foreign Policy)**Francia: La Santé.** Es la única cárcel que queda en París y fue construida en 1867. Tiene 1.200 plazas pero llegó a albergar a 1.800 presos. Plagas de ratas, colchones infestados de piojos y múltiples violaciones fueron denunciadas en 2000. En 2008 un informe del Comité de Derechos Humanos de ONU señaló que tales condiciones no cambiaron demasiado.**Black Beach.** Para el relator de ONU el Penal de Libertad tiene peores condiciones de hacinamiento. Sin embargo, este penitenciario de Guinea Ecuatorial fue descrito por Amnistía Internacional como "una sentencia de muerte lenta y prolongada". Allí los presos son víctimas de torturas, palizas, violaciones y fusilamientos e incluso muerte por inanición.**Prisión de Vladimir.** Se encuentra en Rusia y fue concebida originalmente para encerrar a presos políticos. Hacinamiento y abusos son continuos entre los presos. Muchos tienen sida y tuberculosis. Es un centro abierto a los visitantes pero ha sido reiteradamente condenado por violaciones a los derechos humanos.**Haengyong.** Está en Corea del Norte y aloja a más de 50.000 presos de la dictadura de Kim Jon II. Hay familias enteras encerradas por los crímenes cometidos por uno de sus miembros. Es difícil saber qué ocurre allí dentro ya que los organismos de DD.HH. no pueden entrar. Se sabe que algunos de los reclusos viven en condiciones infrahumanas.  |

…………………………………………………………………………

**9-A**

**El video que delató a un preso mostrando cortes en el Comcar**

Marzo 13, 2015 18:21

**La Policía requisó varias armas blancas y un celular en módulo 11, donde están los primarios, a raíz de las imágenes difundidas**

La Policía logró incautar una serie de cortes carcelarios y un celular a raíz de la divulgación la semana pasada de un video grabado por un preso del módulo 11 del Comcar, donde están recluidos los presos primarios, los que nunca antes habían estado en cárceles. En el video, difundido a través de Whatsapp, se puede ver cómo un preso le muestra a otro siete cortes carcelarios y se los ofrece.

Cuando el video llegó a las autoridades del Instituto Nacional de Rehabilitación, las autoridades revisaron las celdas e incautaron las armas y el celular.

“Y te voy a mostrar lo que tengo pa’ vo’. Mirá, escuchá, pará un cachito, ñeri. Elegilas, sabé. ¡Mirá cómo está este! Pura púa”, dice el recluso en referencia al filo de uno de los cortes. “¿Precisás alguno más? ¿Avisame, ta, ñeri?. Con este quiero pelear y con este quiero estrenarlo. Imaginate”, agrega el preso.

………………………………………………………………………….

**10-A**

**INVESTIGAN**

**Un recluso de 28 años fue asesinado ayer en el Comcar**

Estaba preso desde abril de este año y fue uno de los reclusos trasladado de módulo luego del motín ocurrido días atrás. Lo encontraron muerto con una puñalada, pero aún desconocen quién fue el autor de la agresión.

Estar preso es una situación extrema que no se olvida. En Uruguay hay 28 cárceles y más de 8.500 reclusos. ¿Cómo llegaron ahí? ¿Qué hacen para pasar el tiempo? ¿Qué piensan hacer cuando salgan?

……………………………………………………………………….………………………………….

**Fuentes**

(1)

http://2.bp.blogspot.com/\_iharoUHGx80/TRoCs4oH7TI/AAAAAAAAIKY/79X8YMRQA0I/s1600/carceles-uruguay-2.jpg

(2)

[www.elpais.com.uy](https://www.google.com.ar/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAYQjB1qFQoTCIyhsPajiMgCFcSNkAod6G8FIg&url=http%3A%2F%2Fwww.elpais.com.uy%2Finformacion%2Fobras-en-el-comcar.html&psig=AFQjCNG2DU2CNElnF12op3sVkZcCyGjokg&ust=1442930170194232)

(3 y 4)

[www.elpais.com.uy](https://www.google.com.ar/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAYQjB1qFQoTCIyhsPajiMgCFcSNkAod6G8FIg&url=http%3A%2F%2Fwww.elpais.com.uy%2Finformacion%2Fobras-en-el-comcar.html&psig=AFQjCNG2DU2CNElnF12op3sVkZcCyGjokg&ust=1442930170194232)

(5)

 <http://www.univie.ac.at/bimtor/uruguay/1263>

(6)

[fedelosa.com](https://www.google.com.ar/url?sa=i&rct=j&q=&esrc=s&source=images&cd=&cad=rja&uact=8&ved=0CAYQjB1qFQoTCNKLvMStiMgCFcSLkAodS8AM_w&url=http%3A%2F%2Ffedelosa.com%2Fcarceles-en-uruguay-carceles-en-el-mundo%2F&psig=AFQjCNF7ADJjiTtUb_TM5MmoxW0PfsPOJQ&ust=1442932550208825)

1-A

<http://www.montevideo.com.uy/auc.aspx?260602>

2-A

<http://www.elobservador.com.uy>

**https://www.youtube.com/watch?v=Ytm4I5qx3JI**

3-A

www.elpais.com.uy/informacion/absuelto-cinco-anos-preso-perdi.html

4-A

EDUARDO BARRENECHE

<http://mundopenitenciario.blogspot.com.ar/2009/08/uruguay-sobrepoblacion-y-muerte-en.html>

www.elpais.com.uy - viernes, 28 de agosto de 2009
5-A

Alejandro Mendieta (amendieta@elpais.com.uy)
6-A

www.youtube.com/watch?v=wp9m--p8ecQ

7-A

http://www.elobservador.com.uy/libertad-2002-y-comcar-2009-dos-mojones-la-historia-n84753

8-A

<http://www.ultimasnoticias.com.uy/hemeroteca/280309/prints/act01.html>

9-A

<http://www.elobservador.com.uy/el-video-que-delato-un-preso-mostrando-cortes-el-comcar-n300360>

10-A

http://www.elpais.com.uy/informacion/recluso-asesinado-comcar-policia.html